

SALVACIÓN POR FE Y TU VOLUNTAD

Autor: Morris Venden

Año: 1978

jesusyyo.com

ÍNDICE

SALVACIÓN POR FE Y TU VOLUNTAD	1
Prefacio	3
Capítulo 1: Una Parábola Moderna.....	6
Capítulo 2: Lo Que Puede Hacer El Hombre	27
Capítulo 3: La Libertad Del Amor.....	54
Capítulo 4: ¿Somos Buenos Porque No Somos Malos?	79
Capítulo 5: En Busca Del Enemigo Donde No Está..	114
Capítulo 6: Bajo El Control De Dios. La Vida De Jesús	137
Capítulo 7: ¿Cómo Vencer La Tentación?	167
Capítulo 8: Una Cosa Es Necesaria	184

PREFACIO

En mis años de ministerio, me he encontrado una y otra vez con este interrogante. “¿Cómo debo usar mi voluntad y su fuerza, al vivir la vida cristiana? ¿Qué pasa si peco conscientemente? ¿Dónde termina mi esfuerzo humano, y dónde comienza el poder de Dios?”.

Algunos de nosotros, hemos estudiado durante años esta pregunta, que tiene el potencial tanto de frustrar, como de recompensar. Hay veces, que hasta nos hemos sentido tentados a abandonar su estudio, pero siempre hemos vuelto a él, debido a las preguntas que se quedan sin contestar.

El tema de la voluntad contiene una extraña paradoja. Es sencillo, y sin embargo, para muchos es difícil. En los días de Cristo, la gente “buena” rechazaba su impacto, pero los “pecadores” le daban gozosos la bienvenida. A los que no comprenden correctamente este tema, les espera la muerte espiritual. Por su parte, quienes lo comprenden, descubren el secreto de la vida cristiana victoriosa.

Si bien es cierto que diversos filósofos, teólogos y psicólogos, a través de los siglos, han discutido, debatido y

teorizado acerca de la naturaleza del hombre y de la voluntad libre, en oposición al determinismo, han colocado muy poco énfasis, en la operación de la voluntad después de la conversión. Sin duda, esto ha ocurrido debido a la popularidad de dos doctrinas: La de la predestinación, y la de la "gracia libre", puesto que ninguna de ellas, le asigna importancia alguna a la voluntad del hombre.

Lutero y Erasmo, en el siglo dieciséis, dialogaron acerca de la libertad o la esclavitud de la libertad, pero se enfocaron, primariamente, en la voluntad del individuo antes de su conversión.

Nuestra denominación ha escrito muy poco acerca de este tema, y nuestra iglesia aparentemente no ha llegado a un consenso relativo a él. Algunos de nosotros, hemos procurado estudiar la voluntad en los escritos de Elena G. White, pero nos hemos encontrado con paradojas o contradicciones aparentes. Un párrafo nos dice que no podemos hacer nada para salvarnos o para santificarnos, excepto persistir en ir a Cristo tal cual somos. Por su parte, otra cita nos amonesta a realizar grandes esfuerzos, ejerciendo hasta la última migaja de energía y autodisciplina, en vez de sentarnos a esperar que Dios haga lo que nos corresponde hacer a nosotros. Y hemos

debatido la pregunta: ¿Espera Dios que confiemos completamente en Él, en una relación personal, o desea que además de ello, nos esforcemos al máximo por cuenta propia?

Durante los últimos años, algunos de nosotros hemos estado estudiando semanalmente este tema, esperando que llegue el día cuando nos sintiéramos suficientemente confiados, como para presentar una serie de temas acerca de la voluntad. Los capítulos siguientes son el resultado, y están basados en diversos sermones presentados en la Iglesia Adventista de La Sierra, de la Universidad de Loma Linda. Catalina Ching, de dicha institución, ayudó a prepararlos para su publicación. Ella fue quien editó y transformó los sermones grabados, en capítulos de libro.

Esta obra, se dedica especialmente a quienes han nacido de nuevo en Cristo, a quienes están experimentando los gozos y las luchas de la vida cristiana, y a quienes se sienten desanimados y listos para abandonar enteramente toda religión, debido a sus continuas derrotas y fracasos en la vida diaria. Es mi oración, que una comprensión cabal de este tema nos lleve a todos a buscar la compañía personal más estrecha con Dios, cada día.

CAPÍTULO 1: UNA PARÁBOLA MODERNA

En este libro, analizaremos diversos conceptos que parecieran ser intangibles y difíciles de comprender. La práctica de usar correctamente la voluntad humana, en el marco de una relación constante con Cristo, es una experiencia progresiva. No es de la noche a la mañana, como se llega a comprender tanto la teoría, como la experiencia. Más bien, todos los días debemos aprender a depender de Dios constantemente, y no de nuestros propios recursos, para obtener fortaleza y poder.

Debido a que es muy difícil explicar los grandes principios de la justificación por la fe, en términos sencillos, sin enredarse uno en un debate acerca de semántica, procuraré en primer lugar, describir la experiencia de “permanecer en Cristo”, recurriendo a una parábola moderna.

Mi base para adoptar esta táctica descansa en el propio ejemplo de Jesús. “Entonces, vinieron los discípulos, y le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a ustedes les es dado el

saber los misterios del reino de los cielos, pero a ellos, no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden". (Mateo 13:10-13)

En algunas ocasiones, Jesús usó parábolas para esconder una verdad, y en otras, para revelarla. Por cuanto se dirigía a sus oyentes usando imágenes y términos que ellos podían comprender, creo que si nos hablara en persona hoy, lo haría refiriéndose a caminos, rutas, automóviles, aviones y electricidad. Por eso, me propongo describir en forma de parábola, la vida del cristiano en este mundo, a medida que crece en su relación con Dios.

Me encontraba en el edificio Empire State, subiendo en ascensor hasta el último piso, para admirar desde allí las brillantes luces de la gran metrópoli neoyorquina. En el piso número 66 se abrió la puerta, y entró un famoso multimillonario. Me sorprendió verlo, porque pensé que estaba en algún lugar fuera del país. Si bien lo reconocí, no quise que se diera cuenta, porque podría ponerse nervioso, y temía que decidiera desaparecer. Como estábamos solos en el ascensor, yo miraba en forma alternada a las paredes y a él. Mientras continuábamos subiendo, evidentemente

se dio cuenta de que yo lo miraba, porque de pronto quebró el silencio para decirme:

- ¿Sabes quién soy?

- No estoy seguro, pero eres muy simpático. (Quería darle una impresión favorable).

Llegamos al último piso, y al abrirse la puerta, me aseguré de cederle el paso. Caminamos juntos hasta el borde del mirador, y contemplamos la calle allá abajo. Evidentemente, mi comportamiento lo había impresionado, puesto que se volvió hacia mí, y me dijo:

- Tengo una proposición para ti.

- "¿De verdad?". Mi esperanza era que tuviese que ver con dinero.

- Sí, tengo un millón de dólares que quiero dártelos.

- "¿Quieres regalarme un millón de dólares?". A pesar de estarme preguntando donde estaría la trampa, temía ofenderlo si se lo preguntaba.

Además, había estado deseando tener suficiente dinero para comprarme un automóvil deportivo nuevo, y pensé que su oferta cubriría ampliamente el costo. La posibilidad me ponía feliz.

Pero entonces, el hombre continuó diciendo:

- Quiero darte el dinero, con dos condiciones. La primera es que me prometas que gastarás todo el dinero en un año.

Bien, hubiera preferido gozar del dinero por más tiempo, pero también razoné que sería mejor tener un millón de dólares para gastar en un año, que no tener nada. De modo que accedí.

- Bueno. Ahora, aquí está la segunda condición. Al fin del año, y no importa dónde te encuentres, ya sea en el Lejano Oriente o los mares del sur, en Acapulco o el Caribe, debes prometer que te encontrarás conmigo en la cumbre del Empire State.

- ¿Eso es todo? ¿Qué sigue?

- Te encontrarás aquí conmigo, y luego debes saltar desde la cumbre y estrellarte allá abajo, en la calle.

- "¿Cómo dices?". Pensé que había escuchado mal.

- Si no saltas (y no hay manera de que puedas escapar de mí, no puedes usar este millón para escaparte), entonces, yo mismo te voy a empujar desde este lugar en donde estamos, y morirás de todos modos, al fin del año.

No necesité mucha deliberación para decidir enfrentarme con “mi benefactor”, y decirle:

- “¿Sabes una cosa? ¡Eres desagradable!”. Di media vuelta y me dirigí al ascensor.

Durante el descenso, pensé en la oferta ridícula que había escuchado, y me pregunté si alguna vez alguien la aceptaría. En el piso número 77, se unió a mí, un hombre vestido de blanco. Pensé que alguna vez lo había visto antes, quizás en fotografías. Sonrió y me saludó, pero yo no me sentía cómodo para hablar con él, porque ya no confiaba en la gente que uno se encuentra en los ascensores.

Me dio la impresión, de que no se preocupaba por mi actitud desconfiada.

- Veo que has estado admirando las luces de Nueva York.

- Sí, se ven muy bonitas.

Entonces, mi compañero comenzó a describir una ciudad maravillosa que era aún mejor. Parecía increíble. Era 20 por ciento mayor que el Estado de Óregon, y un río maravilloso corría por en medio de ella. Al escuchar la descripción que hacía de sus árboles frutales, me parecía

estar viendo y probando la fruta. Podía imaginar perfectamente la belleza de la escena.

- ¿Cómo puedo llegar allá?

- Yo soy el único que conoce el camino, me gustaría mucho llevarte allá.

- ¿Cuán lejos está de aquí?

- Ciento cinco trillones de kilómetros.

- ¡Ciento cinco trillones de kilómetros! ¿Cómo podría llegar allá, aunque pasara la vida entera viajando?

En ese mismo momento, el ascensor se detuvo en el piso número 66, y entró otro individuo. Parecía un mago, con su traje negro, su barba y bigote también negros, y un sombrero que parecía tratar de ocultar algo. A medida que mi amigo del piso 77 continuaba describiendo su ciudad, el recién llegado me observaba con ojos penetrantes, y finalmente, interrumpió rudamente nuestra conversación. Cortésmente, mi amigo de blanco le permitió hablar.

- "Yo también tengo una ciudad fabulosa. Hay que ver las luces que tiene. En la noche, la belleza del lugar es casi increíble. Y los goces y diversiones que allí se pueden obtener, comienzan en cuanto uno llega. No hay que esperar nada".

- Bueno, ¿Cómo puedo llegar allí?
- Yo te puedo mostrar el camino.
- ¿Cuán lejos queda?
- Se puede llegar en cuatro horas.
- ¿Cuatro horas?
- Sí.
- Y entonces, ¿Qué esperamos? ¡Vámonos ahora mismo!

Seguimos bajando hasta el nivel de la calle. El hombre de blanco desapareció calle abajo, y el de negro, me llevó al aeropuerto donde abordamos un avión, cuyo destino era Las Vegas, Nevada.

Llegamos allí por la noche. Todas las luces estaban encendidas, y me divertí más de lo que hubiera sido posible imaginar. Luego, dormí hasta las doce del día siguiente. Finalmente, cuando por fin me desperté lo suficiente como para salir a caminar, comencé a recorrer las calles sin rumbo.

Para mi sorpresa, vi una agencia de automóviles deportivos, que ofrecía un nuevo Jaguar por un dólar de

pago inicial, y un dólar por semana. Esos términos me parecieron simplemente increíbles.

Durante un mes, recorrí Las Vegas en mi nuevo automóvil, pasándolo muy bien. Pero lo extraño, era que después que se terminaba la diversión, no quedaba nada. Y descubrí, para mi gran sorpresa, que todo lo que hacía para divertirme era agradable mientras duraba, pero que nada duraba demasiado. En poco tiempo, de hecho en 30 días, me sentía aburrido de todo. Quería obtener felicidad, algo más profundo y durable, y sintiéndome profundamente decepcionado, abandoné la ciudad.

Al llegar a las afueras, miré los letreros indicadores de caminos, y en uno de ellos, descubrí el nombre de la misma ciudad que me había descrito mi amigo del piso número 77, del edificio Empire State. Por cierto, que la distancia marcada eran ciento cinco trillones de kilómetros. Esta vez, sin embargo, no me importaba cuán lejos estuviera. Estaba decidido a llegar allá, no importaba cual fuese el costo. Pisé el acelerador, y me lancé por la carretera en dirección contraria a Las Vegas, hacia la ciudad maravillosa. La carretera era muy hermosa, y tenía cuatro sendas, si bien no había división en el centro. Decidí correr tanto como pudiera, para llegar pronto a mi destino.

Pero poco más allá, descubrí algo terrible. Todo el tránsito se movía en el sentido equivocado, por una calle de una vía.

Sólo de vez en cuando, se veía algún vehículo que parecía ir en mi dirección. De hecho, y debido a todos los autos que iban en dirección a Las Vegas, no pude llevar a cabo mi plan original, de viajar a 140 kilómetros por hora. En vez de hacer eso, me vi obligado a salirme del pavimento y viajar a un lado, ya que algunos de los vehículos pasaban muy desviados hacia mi lado. Y mientras seguía por la orilla sin pavimentar, tuve que continuar disminuyendo la velocidad a 110, 100, 70, 50 y por último, 30 kilómetros por hora. Todos sabemos, que nadie puede llegar a un destino que se halla a 105 trillones de kilómetros de distancia, si sólo puede viajar a 30 kilómetros por hora.

Para empeorar las cosas, cierto día en que iba conduciendo al lado del camino, por una curva que quedaba delante, apareció un enorme camión diésel, un Peterbilt cargado de troncos. A toda velocidad, se pasó a mi lado de la carretera y se salió del camino, viniendo derecho hacia mí, e ignorando mis desesperados bocinazos. Ahora bien, no me gustaba la idea de sufrir una colisión frontal con un camión diésel. De modo que justo

antes de chocar, abandoné el terreno parejo en que manejaba, y me lancé a la zanja. Se levantó una nube de piedras y polvo, luego me detuve, pero los lados de mi automóvil quedaron muy raspados. Por un tiempo permanecí allí, muy desanimado por lo remota que parecía la posibilidad de llegar a esa distante ciudad, pero la descripción de su belleza, que había hecho mi amigo, persistía en mi mente. “Debo probar otra vez”, me dije, de modo que salí como pude de la zanja, y me dirigí nuevamente al camino, esperando que ahora me fuese mejor.

Pero el tránsito era todavía imposible, y una vez más, tuve que salirme y seguir a 30 kilómetros por hora. Cada pocos días, me encontraba con otro de esos camiones diésel. El siguiente llevaba un cargamento de heno, y venía derecho hacia mí. De nuevo fui a parar a la zanja. Así continuó el viaje, una constante pesadilla de caer al foso y salir de él. Cierta día, mientras me hallaba en la zanja pensando en abandonar mi proyecto definitivamente, listo para olvidarme de la ciudad, oí un golpe en mi ventana. El sonido me sorprendió, porque no había visto ningún transeúnte en el camino. Cuando miré para ver quién era, vi con mucha alegría que se trataba de mi amigo de blanco,

al que había conocido en el piso número 77. Abrí la puerta y lo saludé cordialmente. Él me dijo:

- ¿Quieres que maneje?

No estando seguro de si conocía o no, todos los obstáculos del camino, le pregunté:

- ¿Has pasado por este camino antes?

- Sí, he viajado por aquí anteriormente.

- Bueno, este viaje me está resultando terrible. Me gustaría mucho que manejaras.

Cuando me pasé al lado del acompañante, Él se sentó y tomó el volante. Al entrar a la carretera, una de sus mangas se corrió hacia atrás, y vi bajo ella un brazo fornido y musculoso.

- ¿A qué clase de trabajo te has dedicado?

- He trabajado en una carpintería.

En pocos segundos, nos hallábamos viajando por la carretera a 140 kilómetros por hora. Y mi conductor, no manejaba por el costado del pavimento. Sin poder creer lo que veía, permanecí sentado, inmóvil en mi puesto. Los Datsun, los Volkswagen, los Honda, los Lincoln Continentales, los Chrysler Imperiales, todo el tránsito

parecía hacerme el quite. “¡140 kilómetros por hora!”, me dije, creo que después de todo, vamos a llegar a esa ciudad.

Lleno de gozo, sentía deseos de abrir la ventanilla y gritar a todo pulmón: “¡Fíjense en mi conductor!”. Me sentí lleno de un deseo espontáneo, de que toda la gente lo conociera.

Cierto día, mientras viajábamos, vi delante nuestro en una curva, otro de esos imposibles camiones diésel. No importaba quién fuese al volante, el camión se dirigía derecho a nosotros. Como no me gustaba la idea de chocar de frente a 140 kilómetros por hora, con un camión diésel, me lancé a sujetar el volante antes que chocáramos. Mi conductor no se opuso cuando me vio tomar el volante. Se corrió lo más que pudo hacia la izquierda. Con todas mis fuerzas, di vuelta el volante, las llantas chillaron estrepitosamente, y nos fuimos de cabeza a la zanja.

Salirse del camino a 140 kilómetros por hora, no es recomendable. De hecho, el vehículo casi se dio vuelta, y con los bamboleos, los guardabarros se abollaron y rasparon, pero de algún modo evitamos chocar con el camión.

Y cuando por fin se disipó la nube de polvo, descubrí que mi compañero, todavía estaba en el automóvil conmigo. Me tocó en el hombro y me dijo:

- ¿Te gustaría que yo volviera a manejar?

- ¿Cómo vamos a poder manejar esto? Los guardabarros se han atrancado contra las llantas.

- No te preocupes. Yo sé cómo arreglarlos.

Para mi gran sorpresa, resultó ser un experto en la reparación de carrocerías. Ahora bien, no tengo idea cómo pudo aprender esa clase de trabajo en una carpintería.

Pronto terminó las reparaciones, y nuevamente entramos en la carretera, a 140 kilómetros por hora. Mientras Él manejaba, pensé: "Es cierto que me dijo que había pasado antes por este camino. Sin duda se debe haber encontrado con estos camiones en sus otros viajes". Y comencé a preguntarme, qué haría si nos encontrábamos con otro de esos diésel.

Viajamos por varios días. Aprendí que mi conductor nunca me obligaba a que lo dejara conducir. En cualquier momento yo podía encargarme de la tarea. Pero cada mañana, al comenzar el viaje del día, me preguntaba si yo

deseaba que Él manejara, y mi respuesta siempre era: "Sí, por favor".

Cierto día, otro camión diésel cargado de heno apareció en una curva. "Un momento, ¡Mantén la calma!", me dije.

"No hagas ninguna cosa estúpida. Ni te atrevas a tocar el volante. Él sabe cómo enfrentar los camiones diésel. ¡No vayas a estorbarlo!". Pero no me sentía cómodo, sin hacer nada. Quería estar activo por mí mismo. Sin embargo, como me había dicho que ya conocía el camino, pensé: "Dejaré que se encargue de la situación".

Cerré mis ojos y volví a abrirlos, me mordí las uñas. Me ajusté el cinturón de seguridad. Lo que hizo que la situación fuera todavía peor para mí, fue que a medida que mi conductor se acercaba al camión, aceleró a 200 kilómetros por hora. Para quedar allí, inmóvil, necesité hasta la última gota de fuerza de voluntad, autodisciplina, energía y esfuerzo humano que poseía. ¿Has escuchado alguna vez la expresión: "¿Por qué estas allí parado? ¡Haz algo!"? Es realmente difícil cambiarla y que diga: "¿Por qué estas allí, haciendo algo? ¡Párate, y quédate quieto!".

De algún modo, me las arreglé para dejarlo seguir manejando, y justo antes que chocáramos de frente, el

camión diésel se fue a la zanja. ¡Yo no podía creerlo! Al pasar, logré echarle un vistazo al conductor del camión. Era el hombre del piso 66, el que me había llevado a Las Vegas, y tenía a su lado una horqueta, sin duda para cargar el heno.

Muy excitado, le agradecí a mi conductor. Ahora tenía aún mayor razón para gritar “¡Vean a mi conductor! ¡Puede dominar cualquier vehículo que se encuentre en esta carretera!”. Hasta me dieron deseos de conseguir un letrero para poner en el auto, que dijera: “Si conoces a mi conductor, toca bocina”.

Continuamos, día tras día, la jornada. Por un tiempo fue una experiencia maravillosa. Pero luego, y para mi sorpresa, comencé a sentirme aburrido del paisaje, frustrado por no estar manejando. Me impacienté y comencé a cansarme del viaje. Naturalmente, no me gustaba admitir que no era capaz de manejar. Le hacía daño a mi ego. Y quería protestar: “Yo sé manejar. Soy ahora un adulto. He ido a la escuela de conductores”. La experiencia de permitirle a mi conductor que siguiera al volante, se volvió una cruz. Me sentía cansado del esfuerzo que se necesitaba hacer, para permitirle conducir en lugar mío. Además, allá adelante, vi un parque de diversiones al

lado izquierdo de la ruta. ¡Parecía un lugar fabuloso! Tenía cosas como toboganes acuáticos, viajes en bote por la selva, y muchas otras atracciones. Si bien yo quería detenerme, estaba seguro de que mi conductor no tomaría ese camino. De modo que le di un golpecito en el hombro, y le dije: “Disculpa. ¿Puedo manejar yo?”.

Mi compañero nunca me impidió manejar, nunca me quitó mi derecho de escoger, y nunca expresó ninguna objeción, cuando le pedía que me dejara conducir. Se hizo a un lado, y tomé el volante. Para mi sorpresa, los Datsun y los Volkswagen se mantuvieron fuera de mi camino. Disminuí la velocidad, me aparté a la izquierda y tomé el camino que llevaba al parque de diversiones. De pronto me encontré con una curva que no había anticipado, y me salí del camino, cayendo a un barranco. En el fondo, cuando recobré el conocimiento, y mientras alrededor mío caían tornillos y partes del motor, mi compañero me tocó en el hombro y dijo: “¿Quisieras que yo siguiera manejando?”.

Y yo le respondí: “A decir verdad, se me acababa de ocurrir la misma idea”.

No sé cómo lo hizo, pero de alguna manera armó nuevamente mi automóvil, y logró hacer andar el motor.

En poco rato, habíamos salido de allí y estábamos viajando por la ruta a 140 kilómetros por hora, nuevamente. Fue entonces, cuando tomé la decisión de no volver a tocar el volante. Mi conductor nunca me reprochó por mi estupidez.

Pero a medida que avanzamos en el viaje, día tras día, de pronto me encontré en el asiento del conductor, sin siquiera darme cuenta de que había cambiado lugar con Él. No sé cómo sucedió. De hecho, en los primeros momentos, ni siquiera me di cuenta de que yo estaba manejando, porque los otros automóviles pequeños se apartaban de mi camino. Pero luego, vi otro camión que venía rugiendo por una curva adelante nuestro, y en cuanto lo vi, me pregunté quién iba al volante. Dándome cuenta de que yo estaba manejando, por la mente me cruzó el siguiente pensamiento: "Tú viste cómo lo hizo. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo? Aumenta la velocidad a 200 kilómetros por hora, y lánzate derecho contra el camión. ¡Eso lo hará caer al foso!".

El desafío me entusiasmó, porque después de todo, había recibido excelentes lecciones acerca de cómo enfrentar los camiones diésel. De modo que me aferré al volante, y aceleré a 200 kilómetros por hora.

No necesito decirles qué pasó. Habría perdido mi vida en la terrible colisión, pero justo antes del impacto, mi amigo se lanzó delante de mí, y Él terminó magullado y sangrante.

Una vez que los escombros habían terminado de caer alrededor nuestro, me dijo:

- ¿Quieres que maneje?
- ¿Manejar qué?

Pero para mi sorpresa, descubrí nuevamente que no sólo era carpintero y reparador de carrocerías, sino también un experto mecánico. Una vez más, nos pusimos a viajar por la carretera hacia la lejana ciudad, con mi conductor al volante. Al ver las heridas y magulladuras que le causé, me sentí acongojado y le pedí que me perdonara.

Poco a poco, a medida que continuamos viajando juntos, me voy dando cuenta de que fracaso cada vez que procuro ayudarlo a realizar, lo que Él ya me ha prometido hacer: Conducir en mi lugar y llevarme hasta esa ciudad. Mis fracasos siempre se producen, no porque yo no procuro con insistencia manejar, sino porque a veces no le permito hacerlo en lugar mío. Siempre que se acerca un diésel, cargado sea con troncos, heno o carbón, si por

equivocación o por elección propia, yo me encuentro en el asiento del conductor, entonces me arrepiento y le permito que rápidamente se haga cargo del volante. Me he dado cuenta de otra cosa que ha estado sucediendo. He descubierto que los otros vehículos, también comienzan a parecer camiones diésel.

La jornada aún no ha terminado, pero el otro día llegamos a una encrucijada. Un camino se apartaba hacia la izquierda, y terminaba en un jardín maravilloso, de belleza indescriptible, con flores, campos de golf, verdes prados, fuentes, lagos y arroyos, y frondosas palmeras. A él, se llegaba por una ancha carretera de ocho vías. Pero el camino de la derecha se salía del pavimento, y se convertía en un sendero pedregoso. Más adelante, pude ver que subía una montaña, y que el trayecto estaba lleno de baches.

¿Qué camino siguió mi conductor? El de la derecha, que estaba lleno de baches. Le di un golpecito en el hombro y le dije:

- ¿Viste el otro camino?
- Sí.

- ¿Estás seguro de que éste es el camino correcto? El de la izquierda se parecía más a la descripción que hiciste de la ciudad lejana.

- Estoy seguro de estar en la ruta correcta. Pero si no lo crees, puedes manejar.

- No, gracias. Ten la bondad de seguir conduciendo.

A medida que continuábamos subiendo y pasábamos curva tras curva, más y más alto, eché un vistazo a los hermosos jardines que habían quedado atrás, y vi que junto a ellos, y muy cerca, surgían grandes nubes de humo, que parecían provenir de camiones Peterbilt, de horquetas y de heno.

Ahora me siento decidido a dejar que mi conductor siga al volante, a medida que continuamos subiendo por el estrecho camino lleno de baches. Pero ha comenzado a suceder algo que me llena de entusiasmo. Del otro lado de la montaña, resplandece una luz gloriosa. Me siento impaciente por ver de qué se trata. Es un resplandor maravilloso, y a medida que nos acercamos, lo puedo distinguir con mayor claridad. Me parece que debe ser un reflejo de esa distante ciudad. Mientras tanto, si bien mi interés en esa ciudad no ha disminuido, estoy disfrutando mucho de la oportunidad de llegar a conocer mejor a mi

conductor. A medida que se profundiza nuestra amistad, siento que me inspira cada vez mayor confianza y amor.

CAPÍTULO 2: LO QUE PUEDE HACER EL HOMBRE

Si bien en la superficie puede parecer rutinaria y sin importancia, la operación de la voluntad humana después de la experiencia inicial de conversión es el punto central alrededor del cual gira, en su totalidad, la comprensión de la justicia impartida por la fe. A pesar de esto, al estudiar el tema, descubrimos que constituye uno de los aspectos del gran tema de la justificación por la fe, que con mayor facilidad se comprenden mal. Además, es probablemente uno de los tópicos cuyo estudio produce más frustración, debido a que así lo hemos establecido, sin proponérselo. Sin embargo, si perseveramos en su estudio, terminaremos descubriendo que es una de las verdades más simples y básicas de la vida cristiana práctica.

En mi caso, la frustración comenzó hace varios años, cuando me propuse leer de tapa a tapa el libro "El Camino a Cristo", con la determinación de descubrir todas las respuestas a mis dudas. Leí la siguiente declaración: "La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero no tienen poder para salvarnos". (CC 18). No comprendí el contexto

con la claridad que hubiera querido, pero me dio la idea de que la voluntad y el esfuerzo humano, tenían poder muy limitado.

Continué leyendo, y llegué donde dice: **“Lo que debes entender, es la verdadera fuerza de la voluntad”**. (CC 47). Y me dije: “¿Cómo es esto? No lo comprendo. Primero, leo que la voluntad no tiene poder, y ahora se me dice que necesito entender su fuerza. ¿Cómo puede tener fuerza una voluntad impotente?”.

En mi ignorancia, me puse a tratar de desarrollar más fuerza de voluntad, razonando que si la fuerza es importante, era necesario que mi voluntad tuviera más fuerza. Así que traté de desarrollar más fuerza de voluntad, obligándome a mí mismo a hacer cosas que no quería, o que me parecían muy difíciles, como levantarme a las tres de la mañana, beberme dieciséis vasos de agua sin parar, no destapar la caja de las galletas, o no comer nada entre comidas. Estaba seguro, de que mi fuerza de voluntad se iba desarrollando notablemente. Pero tras mucho luchar, para mi gran preocupación, me di cuenta de que todos mis esfuerzos habían sido en vano.

Mi frustración me llevó a estudiar más profundamente el tema de la voluntad. Algunas personas me decían: “No

lo hagas. Te vas a volver muy analítico, demasiado detallista. Todo lo que necesitas es recordar que Dios te ama. Eso es todo lo que interesa". Nuestra tendencia usual, es dejar que el típico cristiano que lucha descubra accidentalmente cómo usar su voluntad, y eso, suponiendo que alguna vez dé con la solución. Pero hacer eso no ayuda a nadie.

En un punto de mi estudio, decidí abandonarlo definitivamente, porque me parecía que nunca iba a descubrir las respuestas a mis preguntas. Pero me lo impidió la lectura de pasajes como éste: "Lo que debes entender, es la verdadera fuerza de la voluntad". (CC 47). "Estarás en constante peligro, hasta que comprendas la verdadera fuerza de la voluntad". (5TPI 513). "Mediante el debido uso de la voluntad, cambiará enteramente la conducta". (MC 131)

Me dediqué, por lo tanto, a procurar comprender la relación correcta que debe existir, entre el poder divino y el esfuerzo humano. Al hacerlo, me fui convenciendo más y más, de que el asunto de la voluntad es el centro y eje del gran tema de la salvación por la fe. Una cosa es comprender sus principios generales, en teoría, otra muy distinta, es entender el concepto relativo a la parte que la

voluntad humana desempeña, en nuestra experiencia diaria.

Comencé mi nuevo estudio refiriéndome a la Biblia. Con gran asombro de mi parte, descubrí que aun los personajes bíblicos, soportaron muchos años de problemas y dificultades, hasta que llegaron a entender en qué consiste el uso correcto de la voluntad.

Después del diluvio, Dios prometió que nunca más destruiría el mundo por el agua. Algunos creyeron en su promesa, otros no. Los que dudaron de la palabra divina, comenzaron a construir una torre, en caso de que Dios no cumpliera lo que había prometido. El proyecto de construcción fracasó.

Abrahám tuvo una experiencia similar. Dios lo condujo a la tierra que iba a recibir como herencia, y además le prometió que iba a ser el padre de una gran multitud. Cuando tras una larga jornada, llegó a Canaán, la gente lo habrá saludado de la siguiente manera:

- Bienvenido a nuestra tierra. ¿Cómo te llamas?
- Mi nombre es "Padre de una multitud" (ya que eso es lo que su nombre significaba).
- ¿Cuántos hijos tienes?

- "No tengo hijos". Y la gente habrá sonreído al oírlo.

Luego fueron a saludar a Sara:

- Bienvenida a Canaán. ¿Cómo te llamas?

- Mi nombre es "Madre de naciones".

- ¿Ah, sí? ¿Y cuántos hijos tienes?

- Bueno, no tengo ninguno.

Entonces, algunos de ellos se fijaron en Sara con mayor atención, y le preguntaron:

- A propósito de los hijos, ¿Cuántos años tienes?

- Sesenta y cinco (y tener que admitir su edad, le habrá resultado todavía más penoso).

Finalmente, Abrahám decidió que Dios le había hecho una promesa que no podría cumplir. "Hay que ayudarlo", pensó. Abrahám y Sara, analizaron juntos el problema, y elaboraron un plan, que según las costumbres de su tiempo, parecía aceptable. Pronto se desarrolló una trágica situación familiar. Sólo después de haber sufrido durante años, aprendió Abrahám por fin, la lección que le daría derecho a llamarse: "Padre de una multitud".

Dios le dijo a Moisés que sacara a Israel de Egipto, y lo llevara a la tierra prometida. Moisés se dijo: "Bueno, si yo

soy el hombre que tú necesitas, para qué esperar más? Me pondré en acción enseguida". Sacó su espada y mató a un solo egipcio. Luego, debió huir al desierto, en donde por cuarenta años, aprendió la lección de la fe y la voluntad, cuidando ovejas. Al fin de los cuarenta años, Dios le recordó que él era quien debía sacar a Israel de Egipto.

Moisés replicó: "No puedo hacerlo. Nací para ser pastor de ovejas. Es imposible que yo pueda librar a Israel". Pero ahora, Dios sabía que Moisés estaba listo, porque por fin estaba dispuesto a depender del poder divino.

Ahora bien, a pesar de tener un dirigente excepcional, que había aprendido a través de las dificultades, el pueblo de Israel debió pasar por la misma experiencia. Tenían la promesa: **"No le teman, que Jehová su Dios, Él es el que pelea por ustedes"**. (Deuteronomio 3:22). Pero durante cuarenta años, Israel debió vagar por el desierto, procurando absorber la misma lección que Moisés había tenido que aprender antes que ellos, a saber, que cuando Dios hace una promesa, tiene el poder necesario para cumplirla, y no necesita que le ayudemos. Nuestra intrusión, sólo le sirve de estorbo en el cumplimiento de Sus propósitos.

Recordamos cuando Pedro le dijo a Jesús: **“Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo”**. (Mateo 26:35). Pedro hizo la elección correcta, pero no tenía poder para implementarla.

Tan sólo unas horas después, se encontraba derrotado, huyendo de la turba. No comprendía la función correcta de la voluntad.

Cuando leí Romanos 7, me sentí reconfortado y animado, porque me di cuenta de que aun el apóstol Pablo, con su profunda comprensión espiritual y su intelecto gigantesco, tenía dificultad para entender lo relativo a la voluntad. Las frustraciones que experimentó al procurar vivir la vida cristiana, las describe en estas palabras: **“Ya que lo que hago, no lo entiendo, ya que no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, eso hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí (esto es en mi carne) no mora el bien, ya que el querer está en mí, pero el hacer el bien no. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, éste hago”**. (Romanos 7:15-19). Pablo sabía cómo escoger lo correcto, pero en la práctica, no podía llevar a cabo sus decisiones. Evidentemente, en su vida

cristiana sufría derrotas y fracasos. Dice: “¿Qué es lo que anda mal conmigo? Tengo el deseo de hacer el bien, pero no puedo ponerlo en práctica”. Desde luego, algunos argumentan que Pablo habla de su vida antes de la conversión inicial, cuando por primera vez conoció a Jesús, pero ¿Es que hay alguna diferencia en la operación de la voluntad, antes y después de la conversión? **“Por tanto, de la manera que han recibido al Señor Jesucristo, anden en Él”.** (Colosenses 2:6). “El Camino a Cristo”, página 69, nos dice que debemos “permanecer” en Cristo, del mismo modo como lo recibimos al comienzo.

De este modo, si bien estoy tomando la posición de que Pablo describe las frustraciones del converso, los mismos principios se aplicarían a la operación de la voluntad, antes de la conversión. La voluntad trabaja de la misma manera, tanto en la justificación, como en la santificación.

En Filipenses, Pablo hace esta conocida declaración referente a la voluntad: **“Por tanto, amados míos, como siempre han obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocúpense en su salvación, con temor y temblor”.** (Filipenses 2:12). Si nos detuviéramos aquí, este texto parecería apoyar

a quienes procuran llegar al cielo, por medio de sus buenas obras. Pero Pablo continúa diciendo, en el siguiente versículo: “Porque es Dios, el que en ustedes obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

¿Contradice esta declaración, algo de lo que dijo en Romanos 4? “Ahora bien, al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda. Pero al que no obra, pero cree en Aquél que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. (Romanos 4:4-5). En un pasaje dice que debemos trabajar, pero en otro, dice que lo que nos salva es la fe, y no las obras. Y la única manera de hacer que ambos estén en armonía, es concluir, que si bien es cierto que en la vida cristiana hay algo por lo cual debemos trabajar, también hay en ella, algo por lo cual no debemos trabajar.

El texto de Filipenses 2:13, parece indicar que Dios obra en nosotros. Pero en este punto se levanta un problema, porque podemos leer este versículo en diferentes formas. Notemos las posibilidades:

1. “Porque **Dios**, es el que en ustedes produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

2. "Porque Dios, es el que en **ustedes** produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad".

3. "Porque **Dios**, es el que en **ustedes** produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad".

¿Captamos la diferencia? ¿Cuál de estas tres versiones está en lo correcto? ¿Cuál ha sido nuestra propia experiencia? ¿Es Dios el que está obrando en nosotros el querer como el hacer, si se lo permitimos? ¿O además de lo que Él hace, nosotros también necesitamos querer y hacer, además de nuestra relación con Él? Aquí se encuentra la tenue línea que divide la fe y las obras. Y si no tenemos cuidado, se convierte en un abismo insondable.

Por muchos años en nuestra iglesia, la posición mayoritaria, aparentemente, ha sido: Justificación sólo por la fe, y santificación por una combinación de fe y obras. Hemos adquirido la idea, de que la vida victoriosa requiere que nosotros hagamos algo, además de tener fe. Pero ¿Es correcta esta posición?

Notemos otro texto referente a la santificación, también escrito por el apóstol Pablo: "Y el mismo Dios de paz, los santifique enteramente, y que todo tu espíritu, alma y cuerpo, sean guardados irrepreensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que los llama,

el cual también lo hará". (1 Tesalonicenses 5:23-24) Permítaseme sugerir en este mismo momento, cual es la forma correcta de leer el pasaje de Filipenses 2:13: "Porque Dios es el que **en ustedes produce así el querer como el hacer**, por su buena voluntad".

Ahora bien, algunos resistirán esta conclusión y se opondrán a ella, debido a que amenaza destruir su falsa seguridad, y empequeñece su ego. Pero recordemos que la justificación por la fe, "es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre, lo que éste no puede hacer por sí mismo". (TM 456).

Alguien podría preguntar: "Pero ¿Qué es lo que nosotros tenemos poder para realizar, y qué es lo que no podemos hacer?". Es crucial entonces, que comprendamos tanto nuestras capacidades, como nuestras limitaciones. ¿No sería trágico, que gastáramos todo nuestro tiempo y energía, en procura de algo que nunca podremos alcanzar, a la vez que dejamos de lado, lo que bien podríamos lograr? Esta es la razón por la cual tantos cristianos se desaniman. Fracasamos, porque no hemos comprendido correctamente la operación de la voluntad humana. Como resultado, la iglesia cristiana se ha ido llenando de gente,

que tiene fuerza suficiente como para conformarse exteriormente, y ser moral en lo externo.

De algún modo, hemos obtenido la idea, de que si podemos tener una conducta razonablemente buena, entonces somos cristianos. Pero la vida cristiana, involucra en primer lugar, el hombre interior. Si somos "buenos" por dentro, entonces los actos exteriores de bondad se manifestarán naturalmente en nuestra conducta.

Según el diccionario Webster, la moralidad consiste en "conformarse a principios correctos de conducta, práctica o acción". La misma obra define el término "moralismo", como "la práctica de la moralidad separada de la religión". Notemos que coloca la religión y la moralidad en dos campos diferentes. Cabe citar aquí, una declaración similar de la pluma inspirada: **"Muchos de los que se llaman cristianos, son meros moralistas humanos"**. (PVGGM 256).

Desde luego, esto no significa que la vida religiosa nos lleva a la inmoralidad. En verdad, la verdadera espiritualidad es lo único capaz de producir una vida genuinamente moral. Pero el mundo tiene un sustituto de la verdadera moralidad, un producto falso que la reemplaza, llamado "conformidad con la conducta correcta y con sus principios".

¿Qué puede hacer el hombre? ¿Cuáles son sus capacidades y limitaciones inherentes? Es posible que la clave para comprender la voluntad esté en la correcta comprensión de la naturaleza humana. La Biblia nos ofrece numerosas descripciones: "Todos son injustos". (Romanos 3:10), y "Toda injusticia es pecado". (1 Juan 5:17).

Romanos declara: "Todos se desviaron del camino, a una se hicieron inútiles, no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. ... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". (Romanos 3:10-12 y 23).

Otros textos presentan puntos de vista semejantes. "Porque la mente carnal es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". (Romanos 8:7). "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". (1 Juan 1:8). "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre". (Salmos 51:5). "Por naturaleza, hijos de ira". (Efesios 2.3). "Todas nuestras justicias [o moralidad] son como trapo de inmundicia". (Isaías 64:6). Estamos llenos de "herida, hinchazón y podrida llaga" (Isaías 1.6). "En mi carne, no mora el bien". (Romanos 7.18). "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿Quién lo conocerá?". (Jeremías 17.9).

Lo que es pecaminoso en nosotros, es nuestro corazón, no necesariamente nuestras acciones externas. Es nuestra naturaleza inherente, la que se halla en un estado de pecado. Y recordemos que **"...Jehová mira el corazón" (1 Samuel 16.7)**. Todos nosotros hemos nacido participando de una naturaleza pecaminosa, separados de Dios. Somos pecadores de nacimiento. Es cierto que un bebé no siente el deseo de robar, fumar, beber, ni de ser inmoral. Los infantes no cometen los actos que llamamos "pecados", pero sí tienen el problema, que es la base de todo pecado: El egoísmo. Y los adultos, nos arreglamos para enseñarles a ser todavía más egoístas.

Es por eso, por lo que Jesús dice que **debemos nacer de nuevo (Juan 3.3)**, porque algo anduvo mal con nuestro nacimiento original.

Ahora que sabemos que somos pecadores por naturaleza, ¿Qué debemos hacer para librarnos del pecado? ¿Hay algo que podamos hacer? **"Es imposible que escapemos por nosotros mismos, del hoyo del pecado en el que estamos sumidos. Nuestro corazón es malo, y no lo podemos cambiar". (CC 18)**. Ninguno de nosotros, débiles o fuertes, podemos transformar nuestras naturalezas. Ni el débil, ni el fuerte, poseen ventajas cuando se trata del

hombre interior. Ahora bien, he aquí el contexto de la primera declaración que encontré, mientras leía "El Camino a Cristo", en busca de respuestas. "El ánimo carnal es enemistad contra Dios... La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero no tienen poder para salvarnos". (CC 18). ¿Por qué son impotentes? "Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón, no pueden purificar las fuentes de la vida". (CC 18). El pensamiento positivo, los cambios auto inducidos, y todo el resto de los trucos de origen humano que el hombre ha inventado, son inútiles cuando se trata de cambiar el corazón de un individuo. Si no recurre al poder renovador de Dios y su Espíritu, el hombre no puede alterar la naturaleza de su corazón. Sólo puede crear un tipo de justicia externa, aparente.

Si bien es cierto que algunas personas pueden producir una conducta externa correcta, hay otros que no pueden hacer ni siquiera eso. Los que no pueden conformarse con las leyes de la sociedad, terminan en la cárcel ("justificación por aprisionamiento"). Recuerdo que en el colegio, tuve un compañero así. Se metió en graves problemas, los cuales persistieron por años, hasta que eventualmente, pasaba más tiempo en la prisión que fuera

de ella. Como yo vivía cerca, procuré ayudarle, y pasé muchas horas visitándolo en su celda. Pero en cuanto lo dejaban en libertad, volvía a sus antiguos hábitos. Finalmente, le dije desesperado: "Amigo, me parece que tú eres uno de esos individuos, que si han de ir al cielo, Dios tendrá que sacarlos directamente de la cárcel". No sé cómo pude decirle eso. No debe haber sido muy animador para él. Pero años después, me sentí feliz cuando recibí una carta suya, en la cual describía cómo había llegado, por fin, al lugar al que a tantos de nosotros nos gusta llegar, el punto en que se dio cuenta, de que solo no podía hacer nada, y por consiguiente, entregó su vida a Dios.

Por fin, este hombre permitió que Dios lo alcanzara, después de haber llegado al límite de sus recursos humanos, los cuales, para empezar, ya eran miserablemente escasos. Se había casado con una excelente cristiana, y ahora era un dirigente de la congregación a la que asistía. Todavía me parece increíble, pero es verdad. Es maravilloso saber que Dios, puede salvar los casos más desprovistos de esperanza, los que parecen más imposibles.

Y deseo añadir, que sin duda no comprendió el poder que Dios tenía para cambiarlo, hasta que comprendió, por experiencia, no en teoría, la acción correcta de la voluntad.

Hay otros que nunca se hallarán ni cerca del punto en que se los tuviera que encerrar en una cárcel. Son personas extremadamente morales, con su fuerza de voluntad hecha de acero, pero no son necesariamente cristianos, porque como recordamos, los moralistas pueden exhibir una corrección externa, sin estar bajo el control de Dios. “Es cierto que puede haber una conducta externa correcta, sin el poder renovador de Cristo. El amor a la influencia, y el deseo de ser estimado por los demás, pueden producir una vida bien ordenada. El respeto propio puede impulsarnos a evitar las apariencias de mal. Un corazón egoísta puede realizar actos de generosidad”. (CC 58).

¿De qué medio nos valdremos entonces, para saber de parte de quién estamos? Por cierto, que no podemos confiar exclusivamente en la calidad de nuestro comportamiento. Por ejemplo, yo podría irme a vivir a una comunidad religiosa, con el fin de poner una zapatería. Al darme cuenta de que la mayoría de mis clientes potenciales, son miembros de cierta iglesia, sería sabio de mi parte, tratar de conformarme a sus principios, y quizás

hasta unirme a su congregación. ¿Por qué? Ya que así puedo mejorar mi negocio. En general, podemos seguir buenos principios, por toda suerte de razones malvadas o egoístas, esperando ganar alguna ventaja. Podríamos hacer todo lo correcto, por motivos equivocados, y sólo Dios sabría dónde tenemos el corazón. Otros podrían considerarnos cristianos de verdad, pero Dios sabe cuál es nuestra verdadera condición.

Si ni siquiera la persona más fuerte del mundo, la que posee mayor autodisciplina, puede verdaderamente cambiar su corazón en lo más mínimo, entonces, ¿Qué beneficios se obtienen, al portarse de acuerdo con lo que es moral? Por cierto que hay algunos, pero entre ellos no se cuenta la salvación, ni tampoco la condición de cristiano. **El ser morales o buenos exteriormente, nunca podrá salvar a nadie, puesto que algunos pueden lograr esto, sin establecer una relación con Dios (Filipenses 3:6).**

Pero aunque alguien pueda mantenerse fuera de las cárceles de este mundo, se enfrenta inevitablemente con otra prisión, de la cual no puede escapar, y cuyo guardián jamás abre voluntariamente las puertas. Es otro quien debe soltar a los presos. En el Evangelio según San Marcos, aparece un ejemplo de esto. Cuenta de un suceso

impresionante, que se desarrolló cierto día en la sinagoga. ¿Te gustaría estar en la iglesia, y ver que un individuo viene corriendo por el pasillo, dando alaridos, sacudiendo el puño, echando espuma por la boca, y luego revolcándose en el suelo? Ha sucedido más de una vez, y en esta ocasión, sucedió en la presencia misma de Jesús.

“Y entraron en Capernaúm, y luego en el día sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Y había en la sinagoga de ellos, un hombre con un espíritu inmundo, el cual dio voces, diciendo: ¡Déjanos! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Y Jesús le reprendió, diciendo: ¡Enmudece, y sal de él! Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él. Y todos estaban maravillados, de tal manera que se preguntaban entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (Marcos 1.21-27).

Muchas veces me he preguntado, qué diferencia habrá entre la posesión demoníaca y la demencia, ya que me he encontrado con algunos enfermos mentales, que exhibían

todos los síntomas de posesión diabólica. En diversas ocasiones, he preguntado a médicos, psicólogos y psiquiatras, si no es posible que toda enfermedad mental cuyo origen no sea fisiológico, constituya posesión demoníaca, pero no todos están de acuerdo en ese punto. Sin embargo, en este caso, la demencia y la posesión diabólica, eran una y la misma cosa. Los ojos del hombre **“despedían fulgores de locura”**. (DTG 221).

¿Existe la posibilidad de que muchos de nosotros, estemos poseídos del demonio o enfermos de la mente, aun cuando nadie nos haya internado en una institución? Sin duda, hemos escuchado o aun usado, la expresión: **“Creo que todo el mundo está “tocado”, menos tú y yo, y a veces dudo de ti”**. Sin duda, éste es el epítome del orgullo. Sin embargo, toda persona que vive una vida apartada de Dios se enfrentará con el problema de la posesión o control por parte de Satanás. **“Cada hombre está libre para elegir el poder que quiera ver dominar sobre él”**. (DTG 224). ¿Quiere esto decir, que no podemos evitar que sobre nosotros haya un poder que nos gobierne? Así es. ¿No podemos mantenernos en un terreno neutral? No. **“A menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno”**. (DTG 290). No hay tal cosa como un terreno neutral.

En cierta ocasión, sostuve una conversación con una muchacha, que había sido librada de la posesión demoniaca. Se había dejado atraer, poco a poco, por el ocultismo, y por su propia elección voluntaria, había ido cayendo, más y más profundamente, en las redes satánicas. Por un tiempo, le pareció que gozaba con las emociones y el placer, que obtenía de sus actividades. Cierta día, se despertó en ella la conciencia de que había caído en las garras de algo o alguien, y deseó librarse. Pero su propósito, no era librarse para estar bajo el control de Dios. Me dijo que millares de otros jóvenes y señoritas, quizás inocentemente, han caminado por los tenebrosos senderos del ocultismo, buscando ese terreno neutral, en el cual puedan sentir que están a cargo de su propio destino, independientes tanto de Dios, como del diablo. Pero al fin, debió admitir que tal cosa no era posible.

“Busqué y busqué ese terreno, aunque fuera un centímetro cuadrado de independencia entre Dios y Satanás, pero nunca lo hallé. Finalmente, decidí que necesitaba con urgencia, ponerme bajo el control de Dios, porque ese punto medio que imaginaba simplemente no existía”.

El endemoniado había caído bajo ese mismo control satánico, pero en la presencia de Jesús, todavía había esperanza para él. "Nadie ha caído tan bajo, nadie es tan vil, que no pueda hallar liberación en Cristo. El endemoniado, en lugar de oraciones, no podía sino pronunciar las palabras de Satanás, sin embargo, la muda súplica de su corazón fue oída. Ningún clamor de un alma en necesidad, aunque no llegue a expresarse en palabras, quedará sin ser oído". (DTG 224).

¿No es maravilloso notar, que si bien el hombre entró al templo maldiciendo a Dios, Jesús podía mirar en el interior de su corazón, y comprender lo que estaba tratando de decir? Aún hoy, hay esperanza para el que maldice a Dios, porque Jesús puede ver el interior de su corazón, y saber si no estará, en realidad, diciendo: "¡Socórreme, Señor, necesito tu ayuda!". ¿No es maravilloso saber, que el Espíritu Santo traduce nuestras oraciones, y a veces, hasta nuestras maldiciones, y las convierte en los clamores, en procura del socorro que realmente estamos tratando de expresar?

El hombre recibió la liberación, porque Jesús vino y libertó a los cautivos. Anteriormente, había creído que podría jugar con el pecado, hasta que en el futuro distante,

ante alguna crisis o necesidad, se volviera de sus caminos, abandonando el mal. Pero de pronto, se encontró en esclavitud bajo otro poder, y descubrió demasiado tarde, que estaba en las garras de alguien que no lo iba a soltar, encadenado por una fuerza que no podía vencer. Únicamente, el gran poder de Dios lograría liberarlo, y colocarlo bajo el control divino. Ahora, Dios podría reinar en su corazón.

En este punto, el orgullo de nuestro corazón empieza a sentirse inquieto, puesto que resiste el control de cualquiera que no sea nuestro yo, y esto incluye a Dios. Pero, **“Dios no domina nuestra mente sin nuestro consentimiento”**. (DTG 224). Si podemos aceptar esta declaración, también podemos volverla al revés. Al hacerlo, descubriremos, que si se lo permitimos, Dios está dispuesto a gobernar nuestra mente.

“¡Un momento!”, alguien podría objetar. “No destruyas la dignidad humana. No nos transformes en títeres. Recuerda que hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios”.

Ya hemos demostrado, que la falsa dignidad humana no tiene cabida en el plan de redención. Además, el control divino no es lo mismo que el control que se ejerce sobre

un títere, puesto que el títere, jamás será otra cosa. No puede ser más que un muñeco, sin vida ni voluntad. En cambio, el hombre que se somete a Dios siempre tiene la opción de escoger el poder que gobernará su conducta.

Esta situación preserva la dignidad del hombre, y reconoce el hecho de que hemos sido creados a imagen de Dios. Si no escogemos aceptar la conducción de Dios, caemos automáticamente bajo el control de Satanás, aunque nuestra conducta no sea tan extrema, como la del endemoniado.

¿Quiere esto decir, que el miembro de Laodicea, que asiste cada semana a la iglesia, el buen moralista que procura acumular mérito, poniendo cada día sus propias acciones, en lugar de la comunión con Cristo, se halla bajo el dominio de Satanás?

Así es. No hay terreno intermedio. "El que depende de su propia sabiduría y poder, se separa de Dios. En vez de obrar al unísono con Cristo, cumple el propósito del enemigo de Dios y del hombre". (DTG 180).

"Debemos estar, inevitablemente, bajo el dominio del uno o del otro de los dos grandes poderes, que están contendiendo por la supremacía del mundo. No es necesario que elijamos deliberadamente el servicio del

reino de las tinieblas, para pasar bajo su dominio. Basta que descuidemos de aliarnos con el reino de la luz. Si no cooperamos con los agentes celestiales, Satanás se posesionará de nuestro corazón, y hará de él, su morada". (DTG 291).

"Todo aquel que rehúsa entregarse a Dios, está bajo el dominio de otro poder. No es su propio dueño. Puede hablar de libertad, pero está en la más abyecta esclavitud. No le es dado ver la belleza de la verdad, porque su mente está bajo el dominio de Satanás. Mientras se lisonjea de estar siguiendo los dictados de su propio juicio, obedece la voluntad del príncipe de las tinieblas". (DTG 431).

Jesús describió esta situación, cuando dijo: "El que no es conmigo, contra mí es, y el que conmigo no recoge, desparrama". (Mateo 12.30), porque "ninguno puede servir a dos señores". (Mateo 6.24). Si no hemos hecho de Jesús nuestro Amigo personal, estamos contra Él. Podemos hacer buenas obras, y los demás pueden considerarnos santos, pero si confiamos a sabiendas en nuestra propia moralidad para ser salvos, estamos perdidos.

Quisiera cerrar este capítulo, con la premisa y la conclusión, de que está en nuestras manos escoger qué poder ha de gobernar nuestra conducta, y que eso es lo

único que podemos hacer. Si este concepto me pone nervioso, es simplemente la rebelión de mi ego y mi orgullo, la reacción instintiva que me impulsa a arrastrar los pies, y resistir el divino poder de atracción. Y si temo que voy a perder mi libertad, necesito continuar estudiando la naturaleza del control divino, hasta comprender lo que incluye, y lo que no abarca.

En vez de terminar en la nota depresiva, que produce la condenación de la naturaleza e impotencia inherente del hombre, quisiera recordar al lector, que Dios ha provisto una salida para nosotros. No nos ha dejado solos, para que le sirvamos lo mejor que nos permita nuestra condición defectuosa. Tampoco hace demandas irrazonables, imposibles, sin solución.

Hoy me siento agradecido a nuestro Señor Jesucristo, que cierto día se puso de pie en la sinagoga de Nazaret, y anunció su misión: **“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres, me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón, para predicar libertad a los cautivos, y a los ciegos vista, para poner en libertad a los quebrantados”**. (Lucas 4.18).

Recordemos, que Jesús libertó cautivos en la iglesia hace dos mil años. Echó fuera demonios en la sinagoga, no

sólo en los antros del vicio y la maldad. Del mismo modo, es capaz de hacer lo mismo por nosotros hoy, y está enteramente dispuesto a realizarlo. Si en este momento no estoy bajo el control de Dios, si no he aprendido a entregarme completamente a Él, entonces estoy bajo el control del maligno. Pero Jesús tiene poder para darme libertad, y lo hará si se lo pido. Él es el Libertador, ésa es su misión. Agradezco porque puedo ser libertado, porque puedo saber en qué consiste la liberación de la cautividad del pecado, por la gracia de Dios. Y en este proceso, que Dios lleva a cabo, puedo gozar de la mayor libertad posible en todo el universo.

CAPÍTULO 3: LA LIBERTAD DEL AMOR

¿Actúa **Dios** en nosotros para cumplir su buena voluntad? ¿O lo correcto es decir que Dios actúa en **nosotros** para cumplir su buena voluntad? La obediencia en la vida cristiana, ¿Es natural o forzada? ¿Debo obligarme a ser un buen esposo, o esa cualidad se manifiesta naturalmente en mí? Si tengo que esforzarme por serlo, ¿Significa eso que mi bondad es falsa? Y si debo obligarme a conformarme a la vida cristiana, ¿Significa eso que no poseo lo que Dios se propone desarrollar en mí? Estos son algunos de los interrogantes prácticos, que estamos estudiando en lo que concierne al tema de la voluntad.

En el capítulo anterior, aprendimos que hay cosas que podemos hacer sin tener una relación con Dios, es decir, que por cuanto el poder de Dios nos mantiene vivos, podemos hacer muchas cosas exteriormente. Pero cuando se trata de limpiar o renovar la vida interior, todos nosotros estamos en la misma situación. No podemos lograr absolutamente nada. Por cuanto todos somos pecadores, nadie puede cambiar su corazón, o la fuente profunda de sus acciones. Jesús se refiere a la vida interior, cuando dice

que sin Él (es decir, sin mantener una relación con Él), “nada pueden hacer”. (Juan 15.5).

Recordamos además que Jesús dijo: “El que no es conmigo, contra mí es”. (Mateo 12.30). Para estar en contra de mi esposa, no es necesario que me oponga a ella o la maltrate. Si no estoy en favor de ella, estoy en su contra.

Recordemos que “En el gran conflicto por el alma del hombre, no hay término medio, la neutralidad es imposible... Cada ser humano es un patriota o un traidor. El que no se halla enteramente del lado de Cristo, está enteramente del lado del enemigo... Estar casi enteramente, pero no del todo, con Cristo, es estar, no casi enteramente, sino del todo en su contra”. (5CBA 395).

De manera inevitable, nos hallamos bajo el control de uno u otro de dos grandes poderes. No existe una tercera opción. No podemos escoger entre estar bajo Dios, bajo Satanás, o bajo el control de nosotros mismos y nuestra mente brillante. Es uno u otro de los dos grandes poderes. O nos domina Cristo, o lo hace el enemigo. Algunas personas se sienten nerviosas ante esta realidad. Dicen: “Estamos buscando libertad. La Biblia, ¿No habla de libertad? ¿Quieres decir, que si dejamos a Satanás, sólo

podemos estar bajo el control de Dios?" Sí, así es. "Entonces, ¿Dónde queda la libertad en la vida cristiana?"

Para que podamos aceptar voluntariamente el control de Dios, necesitamos comprender mejor, la clase de conducción que Dios usa con nosotros. ¿Qué hace que el dominio de Cristo sea legítimo? ¿Cómo puede el acto de entregarnos a su gobierno, ser aceptable, agradable y deseable? ¿Cómo puede traernos libertad la entrega a Dios?

Jesús declaró: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres, me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón, para predicar libertad a los cautivos, y a los ciegos vista, para poner en libertad a los quebrantados". (Lucas 4.18). Entonces, ¿Cómo puede "libertarnos" y a la vez controlarnos, sin colocarnos bajo compulsión u obligarnos a obedecer por fuerza?

En primer lugar, Romanos provee una clave. Allí Pablo dice: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte". (Romanos 8.2). De modo que la vida en Cristo implica una libertad que no existe en la vida de pecado y de muerte. ¿Cómo logra esto el Señor? "Jehová se manifestó a mí, hace ya

mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado, por tanto, te prolongué mi misericordia". (Jeremías 31.3). Jesús usa el poder del amor. La "misericordia", o amorosa bondad divina, constituye la diferencia entre la repugnante dominación satánica, y la anhelada libertad que viene a raíz del control de Cristo.

Si tienes un matrimonio feliz, no te costará nada entender este punto. Cuando hay amor, estamos dispuestos a hacer por nuestro cónyuge, cosas que nunca haríamos bajo ninguna otra circunstancia, ni por nadie más, por ejemplo, nuestro vecino. ¿En qué consiste la diferencia? En el amor, la mayor fuerza del mundo. Nada se le iguala, ni siquiera la fuerza de las armas. Napoleón comprendió esta verdad al fin de su historia.

Así lo expresó al decir: "Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos fundado imperios. Pero ¿En qué apoyamos las creaciones de nuestra mente? En la fuerza. Jesucristo fundó su imperio en el amor, y en esta misma hora, millones de personas estarían dispuestas a morir por Él". Los generales no pueden realmente hacer verdaderas conquistas por la fuerza de las armas. El amor vence toda resistencia, y trae libertad.

Una analogía útil podría ser la de dos diferentes países del mundo. Uno, tierra de libertad, sus ciudadanos son seres libres y pertenecen al "mundo libre", no a un estado totalitario. Pero cuando su gobierno les dice: "Te necesito", ellos obedecen, y se disponen a servir, aun cuando al hacerlo, pierden su libertad y se vuelven "esclavos". En caso de un conflicto armado, millares de ellos se lanzan a la batalla, desafiando una lluvia de balas, o caminan en medio del lodo, de la nieve y de la sangre, dispuestos a todo. ¿Por qué lo hacen? Porque son ciudadanos de un país libre. Por eso se hicieron esclavos.

Ahora bien, supongamos que somos ciudadanos de algún otro país, que no es considerado parte del "mundo libre". Somos ciudadanos, pero no estamos libres. De hecho, aunque no haya guerra, somos esclavos. ¿En qué consiste la diferencia? ¿Amo a mi país, o soy víctima de un sistema que usa la compulsión y la fuerza? Si tuviera la oportunidad, ¿Me sacudiría ese yugo de encima sin pensarlo dos veces? ¿Preferiría ser un individuo sin patria? ¿Cómo se aplica esto a nuestra relación con Dios?

Cuando una persona se desprende de la tiranía del maligno, lo cual puede lograr únicamente por el poder de Dios, entonces comienza a disfrutar de libertad. **"En el**

cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad... La única condición bajo la cual es posible la libertad del hombre es que éste llegue a ser uno con Cristo". (DTG 431-432).

El pueblo que vivía en los días de Cristo no sentía la necesidad de obtener esta libertad. Cierta día, Jesús les dijo: "Así que, si el Hijo los libertare, serán verdaderamente libres". (Juan 8.36). Ellos replicaron: "¿Quién es esclavo? Nunca fuimos esclavos de nadie". Pero "el mismo espíritu que tentó a Cristo en el desierto, y que poseía al endemoniado de Capernaúm, dominaba a los judíos incrédulos". (DTG 222). ¿Puede esto suceder hoy? ¿Lucho por sentir una sensación de libertad, que hoy no poseo? ¿Te pasa esto? Tu experiencia de vivir la vida cristiana te resulta sólo una carga, un peso constante sobre tus hombros? ¿Sufres frustraciones, al procurar ajustar tu conducta a requerimientos externos, y vivir de acuerdo con ciertas expectativas que se hallan lejos de tu alcance?

Watchman Nee en su obra titulada "No yo, sino Cristo", ha expresado su convicción enfáticamente, y con certidumbre. En el primer momento, su declaración podría parecernos extraña, pero me atreveré a citar algunas declaraciones, extraídas de un capítulo de su obra.

Veamos si se ajusta, en algún sentido, a nuestro caso en lo que concierne al quebrantamiento de nuestra esclavitud, y nuestra búsqueda de libertad. Afirma el autor citado, que el camino a la libertad se halla en la vida de Cristo, que sustituye la nuestra. Es decir, que Cristo es nuestro sustituto, no solo por haber muerto en lugar nuestro, sino también por vivir en nuestro lugar.

“Al comienzo de nuestra vida cristiana, vimos cómo el Señor Jesús cargó nuestros pecados en la cruz, de tal modo, que por su muerte, fuimos librados de la muerte, nuestros pecados fueron perdonados, y ya no fuimos condenados. Hoy, Pablo me dice que por cuanto Cristo vive en mí, he sido liberado de la necesidad de vivir”. (páginas 110 y 111).

Suena extraño decir que hemos sido liberados de la necesidad de vivir. ¿Acaso no se nos ha dicho siempre, que debemos vivir para Cristo? El autor explica, que por cuanto Cristo vive en mí, yo ya no necesito vivir. Por cuanto Él murió en la cruz por mí, ahora vive en mí, en lugar mío. Este es el secreto de la victoria. Este es el secreto de Pablo. El apóstol no dice: “Espero que no necesite vivir”, o “espero que pueda dejar vivir a Cristo”. Simplemente, declara: “Ya

no vivo yo, por cuanto le he permitido vivir a Él [Cristo]. Ahora ya no vivo yo, sino Cristo, que vive en mí”.

“Oremos con insistencia para que Dios nos ilumine, hasta ver que el hombre no necesita vivir por sí mismo, porque Cristo puede vivir en él. El día que oímos decir que no necesitábamos morir, sentimos que este evangelio era magnífico. Hoy, en otro día, oímos que no necesitamos vivir. Este también es un evangelio magnífico”. (páginas 110 y 111).

“Muchos procuran resistir el pecado, pero no poseen la fortaleza necesaria. Por otra parte, si no resisten, no gozarán de paz interior. Muchos quieren ser pacientes, pero no pueden. Cuando pierden la paciencia, sienten que sus corazones se llenan de inquietud. Sus corazones no tienen fuerza para amar, pero si odian, esos mismos corazones los condenan. Sienten de veras que ser cristiano es una carga pesada. Les produce la sensación de estar subiendo una cuesta, llevando sobre sus hombros un gran peso. Mucha gente dice que antes de creer en el Señor Jesús, se sentían pesadamente cargados con el peso del pecado, y que ahora, tras haber creído, están pesadamente cargados con el peso de la santidad. Todo lo que han

hecho es sustituir una carga por otra, ambas son pesadas y cansadoras". (páginas 111 y 112).

¿Quién dijo: "Vengan a mi... y yo los haré descansar"? Al decir esto, ¿Se refería Jesús sólo al descanso de nuestra servidumbre al maligno? ¿O aludía también al descanso que produce la libertad de la que disfrutamos, al ser controlados por Dios? La carga de la santidad, ¿Es más liviana que la del pecado?

El autor continúa con su explicación: "Si la situación de algún cristiano es como la que hemos descrito, ciertamente quiere decir que no ha sido instruido como es debido. Es malo que procuremos vivir la vida cristiana. No se nos pide que hagamos eso. La Palabra del Señor dice: "Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí". Este es el secreto de la vida cristiana. El Señor en mí, y no yo, es quien vive la vida cristiana. Si yo he estado tratando de vivir como un cristiano, con paciencia, amor, bondad, humildad, pesar o llevando mi cruz, me será muy penoso. Pero si es Cristo el que vive en mí, con paciencia, amor, bondad, humildad, pesar o llevando su cruz, mi experiencia será gozosa". (páginas 111 y 112).

Pareciera una exageración. Algunos cristianos de la vieja guardia estarían dispuestos a lanzar el libro a las

llamas. Pero, un momento. Pensemos en lo dicho. Simplemente, está comentando lo que dijeron Jesús y Pablo. Obedecemos en Cristo, no porque nos esforzamos por obedecer, sino porque tendríamos que esforzarnos para no hacerlo. En otras palabras, la obediencia en la vida cristiana es algo natural, para quien goza de una amorosa relación de confianza en el Señor Jesús.

De modo que cuando alguien dice: "Por tres años no he expresado mi mal genio, pero sólo durante tres días no he deseado hacerlo", ¿Ha logrado una victoria espiritual, o en vez de ello, se ha mantenido sentado sobre una cubierta de conformidad, procurando contenerse para no hacer lo que realmente desearía hacer? Si me estoy obligando a no hacer ciertas cosas, simplemente porque alguien me ha dicho que no debo hacerlas, ¿He ganado alguna victoria?

El legalista, que para su salvación confía en la conducta exterior, diría que sí, pero Dios tiene un plan mejor. Él quiere librarme hasta del deseo mismo de hacer el mal. Si yo con mi vida, produzco en los demás la impresión de que vivir la vida cristiana consiste en esforzarse por obedecer, ¿Estoy representando correctamente el plan divino? ¿O me hallo simplemente proclamando el hecho de que soy un

cristiano inmaduro, que no ha comprendido todavía el gran plan divino de salvación por la fe?

Ahora bien, con el fin de evitar cualquier malentendido, definamos lo que es la obediencia natural. No me refiero a la persona que permanece el día entero sentada en una mecedora, y que deja que Cristo trabaje en su lugar, y le provea el sustento. Jesús no nos pasa por alto. En cambio, vive en nosotros. Pablo dijo: **“Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí”**. (Gálatas 2.20).

Quizá pueda explicar mejor esta realidad, recurriendo a una ilustración. Cuando mi hermano asistía al Colegio de La Sierra, se enamoró de una joven con la cual planeaba casarse cuando terminara sus estudios. Cierta fría y neblinosa noche de sábado, se encaminó hacia Glendale para visitar a su novia. No tenía cómo llegar allí desde La Sierra esa noche, son casi 100 kilómetros, pero anhelaba visitarla, de modo que se puso a caminar. ¡El muchacho estaba verdaderamente enamorado! Los alumnos de nuestra sección del dormitorio lo sabían, y ninguno de nosotros pensó que mi hermano se hubiera vuelto loco, cuando lo vieron encaminarse a Glendale en la oscuridad.

Todos pensamos que hacer eso era lo más natural. Caminó, entonces, haciendo dedo en la ruta, con la

esperanza de que alguien se detuviera para llevarlo. ¡Pero los conductores que pasaban en sus autos, ni siquiera le veían el pulgar! Llegar a Glendale le costó un gasto tremendo de energía, pero el amor lo controlaba, impulsándolo a seguir. Habría sido sumamente extraño, que se hubiese quedado en casa, tirado en un sillón, leyendo un libro. En otras palabras, si bien es cierto que tuvo que esforzarse, su acción fue el resultado natural de su amor. Fue su propia elección, eso era lo que más deseaba hacer. El amor fue más fuerte que los problemas, y dificultades que pasó caminando entre la niebla en la oscuridad.

Cuando hablamos de la obediencia natural en la vida cristiana, es a esto a lo que nos referimos. Requiere esfuerzo, pero es natural. No hay otra fuerza en el mundo, que se pueda comparar con esto. El impulso que se origina en el amor hace que sintamos el deseo de obedecer. Ya no sentimos que tenemos que obedecer por temor. En cambio, queremos hacerlo por amor. El amor de Cristo nos motiva a hacer cosas, que anteriormente habrían sido contrarias a nuestra naturaleza. De modo que, si para vivir la vida cristiana me estoy forzando a obedecer, y he estado luchando durante años por contener mis pasiones que

hierven en mi corazón, es evidente que hay algo que anda muy pero muy mal.

Permítaseme sugerir varias razones de peso, por las cuales la obediencia en la vida cristiana debe ser natural, y en efecto lo es.

1. En primer lugar, y tal como lo hemos visto en el capítulo anterior, debido a que la naturaleza inherente del hombre es pecaminosa, éste es incapaz de exhibir bondad real, si no tiene fe en el poder de Dios, y no mantiene una conexión vital con Él.

En algunas ciudades, todavía se ven autobuses eléctricos (trolebuses) que transportan pasajeros. Del techo de esos vehículos, salen dos largos tomacorrientes que se mueven a lo largo de los cables eléctricos. Siempre que por cualquier razón estos tomacorrientes se separan de los cables, el vehículo no puede moverse. Si yo fuera el conductor de un trolebús desconectado, podría aplicar mis esfuerzos en dos formas. O me pongo a trabajar para restaurar la conexión interrumpida, o me pongo a empujar el vehículo. Hacer esto último, sería malgastar mi capacidad de elección, puesto que por más que empujara, no lograría hacer funcionar el autobús. Pero si decido restaurar la

conexión con la fuente de energía, el vehículo volvería a funcionar naturalmente.

Nosotros somos semejantes a esos trolebuses, que pueden funcionar solamente estando conectados con la fuente de energía eléctrica, y que en cuanto dicha conexión se interrumpe, dejan de moverse. En la vida cristiana, no podemos crecer si no estamos unidos con Dios. Permitirle a Dios que domine nuestras vidas, por el poder de su amor, es para nosotros una necesidad constante. Si en cualquier momento nos separamos de nuestra dependencia de Cristo, se levantan en nosotros los mismos clamores del corazón pecaminoso con que nacimos, mayormente expresiones de egoísmo.

Nunca podemos rendirnos parcialmente, porque cuando Dios hace algo, lo termina completamente. (Filipenses 1.6). En cualquier momento dado, o estamos totalmente rendidos a Cristo, o estamos dependiendo completamente de nuestro poder. **Si confiamos en Dios, entonces nuestra obediencia será el resultado espontáneo de nuestra entrega (CC 60, PVGM 69-70).**

2. La obediencia es natural, porque en la vida cristiana, los frutos, al igual que los de una plantación, son el resultado normal y automático del crecimiento. **Y el fruto**

del Espíritu, incluye la obediencia de amor y fe (Gálatas 5.22-23).

A propósito, ¿Sabías que las dos grandes necesidades de la iglesia de Dios son la fe y el amor? Ambos son frutos del Espíritu, pero **el Espíritu mismo es un don** (1 Corintios 12.1, 7). Alguna vez, hagamos una lista de todas las cosas que en la vida cristiana recibimos como regalos de Dios. Entre ellas encontraremos **la fe en Efesios 2.8**, **la justicia en Romanos 5.17**, **la victoria en 1 Corintios 15.57**, **la gracia en 1 Pedro 5.5**, **la paz en Juan 14.27**, **la gloria en Juan 17.22**, **la vida eterna en Juan 3.16**, y **1 Juan 2.25**, **vestiduras blancas en Apocalipsis 3.5**, **Jesús en Juan 3.16**, **el agua de la vida en Apocalipsis 21.6**, **la corona de la vida en Apocalipsis 2.10**, **el pan de vida en Juan 6.26-35**, **51**, **la conversión en Juan 3**, **el arrepentimiento en Hechos 5.31**, y **el amor en 1 Juan 3.1**, **4.7**, **2 Timoteo 1.7**. Todas estas cosas son dones. Y nadie puede recibir nada si Dios no se lo da. (Juan 3.27).

Con razón, Jesús dijo: "Porque al que mucho le es dado, mucho le será demandado, y al que encomendaron mucho, más le será pedido" (Lucas 12:48). Hemos recibido multitud de regalos, incluyendo todo lo que necesitamos en nuestra vida cristiana.

3. No necesitamos trabajar a cambio de algo que es regalado. Todo lo que tenemos que hacer, es establecer una relación con la persona que lo ofrece, y recibiremos el regalo de sus manos. Después de eso, en la vida cristiana, la obediencia sigue naturalmente.

4. En la vida cristiana, la obediencia es también natural por causa del amor. **El amor nos motiva, (2 Corintios 5.14).** El amor que mi hermano sentía por su novia, lo impulsó a caminar hasta Glendale para verla. El amor controla.

El plan de Dios es controlarnos, pero nunca en contra de nuestra elección, o nuestra voluntad. Es debido a esto, que el Señor se opone tan diametralmente al hipnotismo. "No es propósito de Dios, que ser humano alguno someta su mente y su voluntad al gobierno de otro, para llegar a ser instrumento pasivo en sus manos. Nadie debe sumergir su individualidad en la de otro. Nadie debe considerar a ser humano alguno... Sólo debe depender de Dios. En su dignidad varonil, concedida por Dios, debe dejarse dirigir por Dios mismo, y no por entidad humana alguna". (MC 186).

¿Puede una persona, mantener su dignidad de individuo creado a la imagen de Dios, a pesar de estar

controlado por Dios? Eso es lo que dice el pasaje que hemos citado.

¿Por qué se opone tan firmemente Dios, al hipnotismo? Porque en la hipnosis, la persona escoge colocarse bajo el control de un mero ser humano, y el hacer eso, coloca al hombre en el nivel que sólo le corresponde a Dios.

Prosigamos este razonamiento, hasta su conclusión lógica. La teoría del hipnotismo es que yo elijo colocarme bajo la autoridad de otro, el cual procede a elegir en lugar mío, pero a través de mí mismo, es decir, usándome como su instrumento. Falta en esta situación la fuerza del amor. La hipnosis se transforma, de este modo, en el perfecto ejemplo del control que Satanás ejerce, porque no contiene libertad. Una vez que caigo en el trance hipnótico, no puedo librarme de él, hasta cuando, o a menos que el hipnotista elija sacarme de dicho trance. Lo mismo sucede en el reino de Satanás. Sus víctimas caen bajo su control, y no pueden zafarse de él. Esta era la situación del hombre que estaba en la sinagoga de Capernaúm. Lo dominaba un poder que no estaba dispuesto a entregar su dominio. Aunque escogiera ser libre, no podía liberarse de sí mismo. Pero Jesús escuchó su clamor, y lo libró de su cautiverio.

Hagamos una paráfrasis de la declaración relativa al hipnotismo, volviéndola del lado positivo, de modo que revele la manera como Dios quiere que vivamos. Es el propósito de Dios, que todo ser humano entregue su mente y voluntad al control de Dios. Cuántas veces hemos cantado: "Toma, oh, Dios, mi voluntad, y hazla tuya, nada más". Al cantarlo suena bien. ¿Pero lo decimos en serio? Lo que nos molesta, es la pasividad que parecieran implicar esas palabras. Pero no olvidemos, cuán activa puede ser la pasividad.

"Es propósito de Dios, que todo ser humano someta su mente y su voluntad a su gobierno, para llegar a ser instrumento pasivo en sus manos... Nadie debe considerar a ser humano alguno... Sólo debe depender de Dios. En su dignidad varonil, concedida por Dios, debe dejarse dirigir por Dios mismo".

Notemos que la última parte no la hemos parafraseado. Dios mismo debe controlarme. Pero no necesito sentirme nervioso, porque el amor hace que todo este plan sea legítimo, libre y maravilloso. Puedo confiar en Dios, para que preserve mi dignidad, mi individualidad y mi personalidad. Si antes de la conversión yo era famoso por mi testarudez, ¿Cambiará Dios mi individualidad? No.

Seguiré con mi tendencia a la obstinación, pero en vez de aplicarla a fines egoístas, la veré convertirse en determinación en el servicio a Dios, y a su causa. ¿Qué produjo la diferencia? El amor. Y es diferente del hipnotismo, ya que cuando permito que Dios me controle, mantengo la libertad de impedirle, en cualquier momento, que siga conduciendo mi vida. Si así lo deseo, puedo decidir abandonar a Dios, y someterme al poder de Satanás. Pero no quiero hacer eso. ¡Basta ya! Prefiero la libertad, que viene con el control por amor.

5. Jesús nos dio un ejemplo, de cómo se vive la vida de obediencia natural, al permitir que **su Padre celestial dirigiera su vida, (Juan 14.10)**. En un capítulo posterior, lo analizaremos en detalle. Dios hasta planeaba sus actividades en su lugar (MC 380, DTG 179). Y en Juan 14.10, Jesús declaró: **“El Padre que mora en mí, Él hace las obras”**.

En esencia, Jesús estaba diciendo: “Ya no vivo yo, sino que el Padre vive en mí”. ¿Cómo? ¿Por medio de alguna peligrosa dominación? No, por cierto. Por su propia elección, hecha al comienzo de cada día, por una relación de amor. Si tuviéramos una mínima idea del amor que existe entre Dios y su Hijo, nos asombraríamos. **El corazón de Jesús se quebrantó en la cruz, porque sintió que su**

Padre lo había abandonado, (Mateo 27.46, DTG 701, 2TPI 210).

6. La obediencia natural, expresa también la intención de Dios para con nosotros en la vida cristiana, por el ejemplo que provee nuestra experiencia inicial de conversión. **Nos invita a caminar en los pasos de Jesús, de la misma forma como llegamos a ser cristianos originalmente, (Colosenses 2.6).** No hay diferencia entre vivir la vida cristiana, y llegar a ser cristiano. En el proceso de convertirme, todo lo que puedo hacer es ir a Cristo. Eso es lo único que podía hacer antes de ser cristiano, y es lo único que puedo hacer ahora para continuar siéndolo.

7. La última razón de la obediencia natural, es el argumento relativo a la fe y las obras. Por poco que lo hayamos estudiado, está claro que la fe en Cristo es enteramente la causa de nuestro cristianismo y salvación, mientras que las obras de obediencia son en su totalidad el resultado de dicho cristianismo. Si la premisa de la justificación por la fe es verdadera, entonces la obediencia en la vida cristiana tiene que ser natural.

Pero ¿Qué clase de libertad trae esto? Muchas variedades. Me libera permitiéndome ser yo mismo, en vez de pretender ser lo que no soy. Si no conozco lo que

significa mantener con Jesús una relación de entrega, aunque sea un cristiano miembro de iglesia, estoy aparentando las 24 horas del día. Estoy haciendo un papel, y eso es esclavitud. ¡Con razón la juventud se desentiende de eso! Pero cuando la motivación de amor ha despertado una respuesta en mi corazón, y amo porque Dios me amó primero, ya no tengo que continuar aparentando. Puedo ser quien soy, porque el control de Dios no destruye mi voluntad, ni mi personalidad.

Ahora poseo otra libertad que antes nunca gocé. En cualquier momento, puedo decirle “no” a Dios, pero puedo hacerlo en dos formas distintas. Como estoy manteniendo una relación diaria y significativa con Él, puedo llegar al punto en que le diga: “No, gracias, ya no deseo estar bajo tu control”. También, al llegar a los momentos que me exigen decisiones relativas a tentaciones, o problemas específicos, puedo decir: “No, gracias. No quiero escuchar los consejos del Espíritu Santo, en este punto específico. Haré lo que me parezca mejor”. Por lo tanto, tengo dos libertades: Puedo interrumpir la relación diaria, o puedo escoger tomar el control y depender de mí mismo, en cualquier momento dado. El propósito de Dios para mí, en mi condición de cristiano en desarrollo, es enseñarme la constante dependencia de Él, en todas las cosas y en todo

tiempo. A veces, aprendo solo a través de duros golpes. Pero la libertad viene por intermedio del control de Dios, y con ella vienen el gozo y la paz, al escuchar su invitación en cada punto y decisión.

Tengo además libertad en otro aspecto. Ni el hombre, ni el diablo, me pueden manipular. Un ejemplo clásico de esto aparece en la vida de Pablo. Como resultado de su testificación, recibió palizas, apedreamientos y prisiones. Por fin, solo en una mazmorra, escribió: **“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”**. (Filipenses 4.11). Pablo había aprendido, a no dejar que ninguna situación, circunstancia o las acciones de quienes lo rodeaban, determinara sus sentimientos o su conducta. Su seguridad descansaba únicamente en Dios.

Cuando me encuentro libre en Cristo, la gente ya no puede influir indebidamente sobre mi conducta. Ya no necesito preocuparme de las presiones del conformismo. Y si alguien asume una actitud hostil para conmigo, no necesito reaccionar de la misma manera. La gente ya no puede herir mis sentimientos.

Por cuanto mi seguridad, ya no depende de mi poder para manipular o empequeñecer a los demás, me encuentro también libre de la compulsión a dominarlos. La

base de mi seguridad está formada por mi relación con el Señor Jesús.

Soy libre de amar a otros, aunque no me devuelvan mi amor. Ya no necesito llevar cuenta de los favores recibidos, para saber cuánto devolverles. ¿No sería terrible, sentirse esclavo de tener que mandar regalos de Navidad, y al día siguiente, sentirnos obligados a hacer un inventario cuidadoso de lo que recibimos, para ver si los regalos que nos dieron tienen valor semejante al de los que nosotros hicimos?

¿No sería triste amar sólo a quienes nos aman? Este es el dilema paralizador, en que se encuentra el corazón no regenerado. Esa clase de amor es barata y sintética. Me restringe, por cuanto mi libertad se reduce a amar a quienes ya me amaban. Pero Jesús amó a un mundo que no lo amaba, y continúa amando a los que son indignos de ser amados.

Tengo libertad para perdonar, porque Dios me ha perdonado. Y lo que perdono, a pesar de ser poco en proporción al perdón que me ha sido otorgado, me parece fácil, debido al amor de Cristo. Ya no necesito seguir envenenándome la mente, con rencores dirigidos a

quienes me han hecho mal. Mi mente está libre de odio, resentimiento o deseos de venganza.

Las libertades que gozo en Cristo son interminables e infinitas. Ya no tengo que pisotear las prerrogativas de Dios, al tratar de salvarme a mí mismo, para luego ver cómo fracaso una y otra vez. Al concederme la vida eterna, Cristo me elimina la compulsión a colmar de experiencias, mis años de vida aquí, por temor a perderme algo. **Y la vida eterna, no es una promesa de cumplimiento futuro. Es una realidad que comienza tan pronto, como entro en relación con Dios (DTG 352, Juan 17.3).**

¿Cómo puedo experimentar el control del amor? ¿A través de alguna clase de manipulación mental auto inducida, por la cual decido de una vez por todas, que quiero estar bajo el control de Dios? No. Lo único que puedo hacer, es admitir al comienzo de cada día, que no soy suficiente, que la vida es demasiado grande para mí.

Y luego, puedo pasar una hora tranquila de oración y contemplación de la vida de Cristo. **Todo lo que necesito, es elegir cada día, que mantendré la relación devocional donde se encuentra el amor, (1 Corintios 13.4-7).** Mi crecimiento cotidiano en esa relación constituye lo que llamamos santificación. Jesús cumple su promesa de traer

liberación. Al estar bajo su control, obtenemos la mayor libertad. La dominación de Dios, siempre como resultado de mi libre elección, se aplica con amor, y eso elimina el peligro.

Lo único que me puede transformar en un individuo leal, y mantenerme en esa condición, es el amor. **“Sólo este elemento puede hacer estable al cristiano. Sólo esto puede habilitarlo para resistir la prueba y la tentación”** (PVGM 30). Aceptemos la invitación de Jesús, a mantenernos libres de la dictadura que ejercen los poderes de este mundo, y gozar de la libertad sin límites, que se obtiene al someternos voluntariamente al amor de Dios.

CAPÍTULO 4: ¿SOMOS BUENOS PORQUE NO SOMOS MALOS?

Al estudiar el papel que el ser humano juega en el proceso de vivir la vida cristiana, hemos descubierto que la obediencia de fe es el producto natural de una experiencia cristiana válida. La fe salvadora, por su parte, es en cierto sentido deliberada, esto es, la escogemos conscientemente al buscar la relación diaria con Jesucristo. Los resultados de esa fe salvadora, hacer lo correcto, vivir una buena vida tanto en lo exterior como en lo interior, no son forzados. Cuandoquiera que debo obligarme a mí mismo a obedecer, procurando conformarme a los principios de conducta propios de la vida cristiana, estoy simplemente reconociendo que soy un cristiano inmaduro.

Este concepto, podría sonar peligrosamente similar a una "religión de mecedora", o una "fe sin fuerza de voluntad", si no fuera porque hay una cosa que debemos hacer nosotros, de forma deliberada, esto es, ir a Cristo, buscar diariamente a Dios, para llegar a conocerlo personalmente. Dios no puede hacer esto por nosotros, porque nos ha concedido libertad de elección. Si bien es cierto que está dispuesto a usar su Espíritu, a los ángeles, y

a todos los poderes del cielo para atraernos, somos nosotros los que debemos elegir responder, buscándolo y permitiéndole controlar nuestras vidas. **“El Señor no puede hacer nada para sanar al hombre, hasta que convencido éste de su propia debilidad, y despojado de toda suficiencia propia, se entrega al dominio de Dios. Entonces, puede recibir el don que Dios espera concederle. De nada es privada el alma, que siente su necesidad. Ella tiene acceso sin reserva, a Aquel en quien mora toda la plenitud”.** (DTG 267).

Ahora bien, no faltará quien pregunte si es malo “ser bueno”, si uno realmente no tiene deseos de portarse bien. Muchos jóvenes de ambos sexos han expresado esta pregunta. “Comprendemos, en teoría, el concepto de la salvación y la relación por fe en Cristo”, explican. “Pero si hemos estado forzándonos a hacer lo correcto, por preservar la salvación que es únicamente por fe en Cristo, ¿No debiéramos dejar de ser buenos, con el fin de hacer que en nuestras vidas abunde la gracia? ¿Qué se espera que hagamos, mientras nuestra fe crece hasta el punto ideal, en que produce la obediencia natural constante? Si nos esforzamos por obedecer deliberadamente, ¿No lo echaremos todo a perder? O si tenemos deseos de

cometer adulterio o de fornicar, ¿No daría lo mismo caer entonces?”

Aun cuando desde el punto de vista de Dios, el ser buenos evitando exteriormente el mal proceder, no constituye la verdadera bondad, no cabe duda de que desde el punto de vista humano, hacer esto se considera deseable. Si tengo deseos de matar a alguien, pero me las arreglo para contenerme y no hacerlo, cosecharé ciertos beneficios muy reales. Evitaré ser echado en la cárcel, y no mancharé mis manos con la culpabilidad de un asesinato. Pero sin duda, me apropiaré el crédito por tener suficiente fuerza de voluntad, como para controlar mis acciones. Por cierto, que la moralidad ofrece toda clase de ventajas desde el punto de vista humano y legal. Pero ante los ojos de Dios, la bondad externa no contiene ninguna justicia verdadera. De hecho, puede provocar en nosotros, un sentimiento de seguridad, separados de Dios.

Para ilustrar esta premisa, recordemos el dilema en que se encuentra Laodicea: **“Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Quisiera que fueses frío o caliente! Pero porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de nada, y no conoces que tú eres**

un desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo". (Apocalipsis 3:15-17)

La mayor dificultad de Laodicea, es su autosuficiencia y la consecuente justicia externa. Se la conoce por su moralidad, pero no por su genuina justicia o por su fe. La justicia de Laodicea es forzada, y Dios le dice lo que piensa de su bondad calculada: "¡Ojalá fueses frío o caliente!". Dios considera que la bondad exterior no vale nada, en términos de la salvación y la santificación. Mas aún, declara que rechazará a los que sean buenos sólo en lo exterior, porque no tiene lugar para ellos. Terminarán siendo fríos, o calientes.

Otro pasaje bíblico, Mateo 23, describe la bondad de los fariseos de los días de Cristo. Aparentemente, su condición era la misma que imperaba en Laodicea. ¡Cuánto ha perdurado este problema! Cuan grande es el peligro de depender de nuestra moralidad, o nuestra ética exterior, para que nos recomienden ante Dios. **"¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorren mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, lo hacen dos veces más hijo del infierno que ustedes"**. (Mateo 23:15). Con esto, Cristo enseña que quienes se empeñan en hacer que otros sean exteriormente buenos, como ellos son, sólo

consiguen ponerlos en una posición doblemente mala que la de ellos mismos.

El libro "El Camino a Cristo", usa palabras aún más claras, y un idioma un tanto más moderno: "Hay quienes profesan servir a Dios, a la vez que confían en sus propios esfuerzos para obedecer su ley, desarrollar un carácter recto, y asegurarse la salvación. Sus corazones no son movidos por algún sentimiento profundo del amor de Cristo, sino que procuran cumplir los deberes de la vida cristiana, como algo que Dios les exige para ganar el cielo. Una religión tal no tiene valor alguno". (CC 44).

Quisiera además recordar aquí, la definición que hace Webster de la moralidad, y el comentario que hemos citado anteriormente, de "Palabras de Vida del Gran Maestro": "Muchos de los que se llaman cristianos, son meros moralistas humanos". (PVGM 256). La misma autora ha dicho también, que "nadie es un cristiano viviente, a menos que tenga una experiencia cotidiana en las cosas de Dios". (2TPI 505). Y de paso, la expresión "las cosas de Dios", se refiere a lo que se obtiene en la búsqueda de Dios, por medio de una relación personal mutua, diaria, y por el conocimiento, la compañía y la comunión con Él.

“¡Un momento!”, objetará alguien. “¿Acaso la moralidad no tiene algún valor? Quizás con el tiempo me lleve a Dios”. El apóstol Pablo dijo: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado... porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. (Romanos 3:20). Nuestras buenas obras no nos llevan a Dios. Todo lo que hace la ley, es mostrarnos nuestros pecados, con el fin de que busquemos a Dios.

De hecho, el apóstol advirtió que si alguien procura alcanzar la justicia por sus propios esfuerzos, terminará cayendo en la peor trampa de todas, a saber, el sentir orgullo por su bondad exterior. (Romanos 9:30-33, 10:1-4). Recordemos, que el evangelio no tiene cabida para la jactancia o el orgullo humano. “¿Dónde, entonces, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, entonces, que el hombre es justificado por fe, sin las obras de la ley. (Romanos 3:27-28).

Según el registro bíblico y las propias declaraciones de Jesús, el plan divino de salvación no contempla la posibilidad de ser exteriormente buenos, separados de Cristo, simplemente por abstenernos de hacer el mal. Nunca ha sido ése el plan de Dios, y nunca lo será. La única

obediencia legítima que existe en la vida cristiana se produce como un resultado espontáneo de nuestra relación con Cristo.

Si nuestro método consistiera en ser buenos, absteniéndonos de ser malos, nos encontraríamos usando nuestra voluntad en una forma equivocada. Nunca se propuso Dios, que la usáramos para intentar producir buenas acciones. Lo que si desea es que la usemos para conocerlo mejor cada día.

“Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedecemos, estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirlo. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo, y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso”. (DTG 621). En otras palabras, debemos emplear nuestro poder de elección, enteramente en llegar a conocer a Dios, por medio de una

relación personal y cotidiana con Él. Y al hacer eso, ya no seguimos usando nuestro poder de elección en dirección de las cosas terrenales y humanas, como producir buenas obras por cuenta propia, o evitar por nuestro esfuerzo el mal proceder.

“Pero”, dirá el lector, “¿No llevaría esta manera de pensar, a la vida licenciosa?” ¡No! En vez de enseñar licencia e inmoralidad, la justificación por la fe en Cristo es lo único que permite la existencia de algo que no sea licencia o inmoralidad, por cuanto la justicia por la fe en Jesús es la única justicia verdadera que existe.

Así entonces, en la experiencia cristiana de la salvación sólo por fe, debemos canalizar nuestro poder de elección, y el poder de nuestra voluntad, hacia una relación continua de conocimiento de Dios, en vez de dirigirlos a nuestra conducta.

Podemos hacer esto sin peligro, porque cuando escogemos la relación, entonces Dios obra en nosotros, tanto el querer (la elección), como el hacer (la conducta). No quiere decir esto que no podamos retirar de sus manos, en cualquier momento, nuestra elección y nuestra voluntad. Sin embargo, no podemos menos que habernos dado cuenta, de que por haber experimentado lo

suficiente, vemos cuán necio es confiar en nosotros mismos, y en nuestras propias decisiones, y así, pronto llegamos al punto, en que ya no queremos pedir que se nos devuelva nuestro poder de elección. ¿Te has equivocado, tan a menudo y con tan malos resultados, al usar la voluntad y tu fuerza, que ya no quieres volver a usarlas por ti mismo?

Veamos un sencillo ejemplo. Algunos años atrás, me vi en la necesidad de adquirir un automóvil, y un amigo de mi iglesia que vendía vehículos usados, me dijo que tenía un Cadillac muy bueno para vender. Tenía sólo cinco años de antigüedad, y había pasado los dos últimos, estacionado en un garaje. Además, costaba la mitad de un Chevrolet nuevo. Bueno, la verdad es que siempre quise tener un Cadillac. Y no es que yo buscara el prestigio que se asocia con la posesión de un Cadillac, por lo menos así me parecía. Lo que me gustaba, era la manera cómo funcionaba. Con sólo tocar el acelerador, el auto parecía deslizarse silenciosamente, sin esfuerzo. Ni siquiera podía oír el ruido del motor. Desde el mismo momento, mi esposa se opuso a que lo comprara, pero tras mucho argüir acerca de la calidad del vehículo, y señalarle que esos autos “nunca se gastan, son confortables, los motores

mejoran con el uso, y gastan menos que un Chevrolet", por fin se rindió, y tuve mi Cadillac.

Me sentía orgulloso de él, y pronto se convirtió en mi ídolo, Sin embargo, pronto descubrí que los miembros de mi iglesia tenían otras ideas, ya que empezaron a hacerme bromas y observaciones algo burlonas, hasta el punto en que, cuando hacía alguna visita, me pasaba tres cuadras, luego doblaba y manejaba otras dos antes de estacionarme. Luego caminaba de vuelta las cinco cuadras, para asegurarme así, de que no vieran mi automóvil.

Cierto día, no mucho después de haberlo comprado, en un viaje a San Francisco, el radiador se recalentó. Parece que lo de haber pasado dos años en un garaje, era cierto. Se había oxidado, y eso hizo que la cabeza del motor se quebrara. Al día siguiente, cuando traté de hacerlo arrancar, actuó como si la batería estuviera descargada. Lo que yo no sabía, era que uno de los cilindros se había llenado de agua, y se había pegado fuertemente. Entonces, fui a ver a mi vecino, y le pedí que empujara mi auto con el suyo, para hacerlo arrancar. Al hacerlo, se le rompió la transmisión. Ahora tenía malos el motor y la transmisión, y cuando debido a mis esfuerzos mal dirigidos le arruiné además el tren trasero, decidí que se trataba de un juicio

de Dios. La verdad es que ése era el resultado de mi propio querer y hacer, aparte de su voluntad. Una vez que le hube reparado el motor, la transmisión, el tren trasero, y todo lo demás (incluyendo una alfombra nueva, porque descubrí que la original estaba carcomida por debajo), mi Cadillac quedó como nuevo. Nunca en mi vida me sentí más feliz de deshacerme de algo, aunque fuese a pérdida.

Cuando compré ese auto, yo sabía que no había pedido la conducción de Dios. No deseaba recibirla, porque tenía temor de que me dijese que no lo comprara. En lugar de ello, avancé deliberadamente en mi propia dirección, y lo compré, aun cuando sabía que al hacer esa elección, me estaba separando de Dios. En ese punto, yo quise hacer mi propia elección. Y he tenido suficiente de esta clase de experiencias, como para saber que cuando me encapricho en hacer lo que yo quiero, a menudo causo mi propia ruina. Aun si por casualidad escogiera lo correcto, carezco de poder para implementar mi elección. Si dejando de lado la ayuda divina, hubiera decidido no comprar ese automóvil, probablemente lo habría comprado de todos modos.

Vemos así, que al entregar nuestra voluntad a Dios, no la estamos abandonando para siempre. Podemos

recuperar, en cualquier momento, nuestro dominio sobre ella, y escoger otro amo. Pero si ya nos sentimos hastiados de las consecuencias, que nos sobrevienen como resultado de vivir una vida separados de Dios, lo que menos queremos es hacernos cargo de nuestro propio destino.

En el primer capítulo, me referí a una descripción que aparece en *El Camino a Cristo*, página 47, relativa a la entrega de la voluntad, y ahora quisiera citar, en su totalidad, esta difícil declaración que comienza con grandes esperanzas, y termina en aparente confusión. “Muchos dicen: ‘¿Cómo me entregaré a Dios?’ Desean hacer su voluntad, pero son moralmente débiles, esclavos de la duda, y dominados por los hábitos de su vida de pecado. Sus promesas y resoluciones son tan frágiles como telarañas. No pueden gobernar sus pensamientos, impulsos y afectos. El conocimiento de sus promesas no cumplidas, y de sus votos quebrantados, debilita la confianza que tuvieron en su propia sinceridad, y los induce a sentir que Dios no puede aceptarlos, pero no necesitan desesperar”.

Cuando leí por primera vez este pasaje, pude comprender muy bien el problema que presenta. Me estaba describiendo a mí, se refería claramente a mi propia

condición. ¡Y me daba una vislumbre de esperanza! ‘No necesitan desesperar’. Parecía que la respuesta estaba por serme revelada. Pero cuando traté de leerla, no la pude comprender. Fue en ese punto, cuando comencé a establecer el hábito de saltarme esa parte, y tratar de olvidar lo que allí dice. Finalmente, y ya desesperado, me senté y comencé a leer lentamente esa página. “Lo que deben entender es la verdadera fuerza de la voluntad”. Este mismo párrafo, define la voluntad como “el poder gobernante en la naturaleza del hombre, la facultad de decidir o escoger”.

Según esto, la voluntad es el poder de decidir o escoger, y la fuerza de voluntad, que a menudo hemos confundido con la voluntad misma, es el poder de llevar a cabo lo que nos hemos propuesto. La voluntad es nuestra facultad de elección, y la fuerza de voluntad es la capacidad de poner en práctica nuestras decisiones. En Filipenses 2:13, Dios promete obrar en nosotros tanto el querer (la elección), como el hacer. Si en cada lugar en que aparece la palabra voluntad en este párrafo, la reemplazamos por su definición (facultad de decidir o escoger), leeríamos lo siguiente. “Todo depende de la correcta acción de la facultad de escoger. Dios dio a los hombres el poder de elegir, a ellos les toca ejercerlo. No pueden cambiar su

corazón, ni dar por ustedes mismos sus afectos a Dios, pero pueden escoger servirle” (CC 47).

¿Qué significa este párrafo? En primer lugar, indica que hay una acción de la voluntad que es correcta, y otra que es incorrecta. La acción correcta es buscar a Dios, y la incorrecta es procurar ser bueno por mis propias fuerzas. Además, dice que no puedo cambiar mi naturaleza pecaminosa, aunque me es posible alterar mis acciones externas, para conformarlas a ciertas normas. Notemos la última frase: “...pero pueden escoger servirle”. No dice que podemos escoger hacer lo que es correcto. No se trata de escoger qué hacer, sino a quién servir. Y la palabra servir sugiere servidumbre, una condición de siervo. Cristo es nuestro Amo, nosotros somos sus siervos. Sumisión, entrega. Luego dice que podemos entregarle nuestra voluntad, es decir, nuestra facultad de elección.

Pero alguien puede comenzar a sentirse nervioso. ¿Qué suerte corre la dignidad del hombre? La dignidad del hombre se preserva, mientras mantenga la capacidad de elegir libremente, si continuará dejando que Dios lo dirija, por cuanto mientras retenga esa libertad, nunca podrá ser un esclavo, un autómatas o una máquina.

¿Y qué sucede cuando colocamos nuestra facultad de elección, en las manos de Dios? Entonces, Él obrará **“en ustedes tanto el querer como el hacer, según su voluntad. De ese modo, su naturaleza entera estará bajo el dominio del Espíritu de Cristo, sus afectos se concentrarán en Él, y sus pensamientos se pondrán en armonía con Él”** (CC 47).

Aquí aparece nuevamente la palabra control. Pero recordemos que el control de Dios es seguro y legítimo, porque se origina en el amor. Y cuando estemos bajo la conducción de Dios, nuestros pensamientos estarán en armonía con los suyos. Ahora bien, puede ser que el humanista, el individuo que se cree autosuficiente, el erudito, el que se enorgullece de sus logros, el rico, o el poderoso, no se sienta atraído por este arreglo. Su yo, su orgullo, se sentiría ofendido y amenazado. Pero el apóstol Pablo, era uno de los hombres más grandes, a pesar de lo cual, se sometió voluntariamente a estos requerimientos. ¿Qué razón habría para que no pudiéramos hacerlo nosotros?

En la página siguiente de “El Camino a Cristo”, se describe qué sucede cuando entregamos nuestra voluntad a Jesús. **“Por medio del debido ejercicio de la voluntad, puede obrarse un cambio completo en tu vida. Al dar tu**

voluntad [la facultad de elección] a Cristo, te unes con el poder que está sobre todo principado y potestad. Tendrás fuerza de lo alto para sostenerte firme, y rindiéndote así constantemente a Dios, serás fortalecido para vivir una vida nueva, es a saber, la vida de la fe" (CC 48). En otras palabras, cuando me rindo a Dios, Él escoge y obra su voluntad en mí. Pablo describe esta situación, en estos términos. "Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí". (Gálatas 2:20).

En el caso de que el lector se sienta nervioso, pensando que Dios se propone eliminar su voluntad, quisiera asegurarle que Él no obra así. "Dios no se propone destruir nuestra voluntad, porque es por el ejercicio de ésta, como podemos lograr lo que Él quiere que hagamos". (DMJ 62). En otras palabras, hago uso de mi voluntad al entregársela a Dios. ¿Qué sucede a continuación? "Debemos entregar nuestra voluntad a Dios, para que nos la devuelva purificada y refinada, y de tal modo unida a su Divinidad con lazos de profunda simpatía, que pueda derramar sobre nosotros, las oleadas de su amor y su poder". (DMJ 62).

¿Quiere decir la sierva del Señor, que nuestra voluntad es una entidad en sí misma, que podemos separar de

nosotros, mandar a limpiar y luego recibir de vuelta? No. Cuando se nos devuelve, está bajo el control de Dios.

Probablemente, la descripción más exacta de lo que sucede, aparece en "Palabras de Vida del Gran Maestro": "Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a Él, vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia" (PVGM 253). Recordemos, que podemos escoger dejar su control. Su conducción es por nuestra elección, y nunca porque Él nos presione.

De modo que Dios nunca nos quita nuestra voluntad, o nuestra fuerza de voluntad. Sólo nos pide, nos invita, nos requiere por amor, que usemos nuestra voluntad para escoger mantener la relación con Él, mientras que para todo lo demás, le permitimos usar la voluntad que le hemos entregado. Por esto, Pablo puede decir en un lugar: "Trabajen duro", y en otro: "No trabajen". El tema de la voluntad, o cómo usar nuestro esfuerzo humano en relación con el poder divino, es entonces el punto central en la salvación por la fe.

Pero en este punto, nuevamente nos encontramos con la pregunta: “¿Debemos entonces, dejar de esforzarnos por hacer lo que es correcto? ¿Es malo que luchemos por conducirnos rectamente?” La gente acusaba injustamente al apóstol Pablo, conocido como predicador de la justificación por la fe, de enseñar precisamente esto. “¿Y por qué no decir (como somos difamados, y algunos afirman que decimos): Hagamos males para que vengan bienes? La condenación de los cuales es justa”. (Romanos 3:8).

El apóstol responde diciendo, que quienes lo acusan de promover la vida licenciosa, merecen su propia condenación.

“¿Luego, por la fe invalidamos la ley? De ninguna manera, sino que confirmamos la ley” (Romanos 3:31). La fe nos hace ser más obedientes, no menos. Sólo ella hace posible, que Cristo cumpla la ley en nosotros, y por medio de nosotros.

Pablo ilustra el control que ejerce Dios, en términos de nuestra cautividad o servidumbre bajo un poder superior. “¿Qué, entonces? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡En ninguna manera! ¿No saben que si os someten a alguien como esclavos para

obedecerle, son esclavos de aquel a quien obedecen, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?”. (Romanos 6:15-16)

Si los jóvenes no saben cómo aprender a conocer a Jesús, es peligroso darles la impresión de que deben dejar de esforzarse por hacer lo bueno. ¿Por qué? Porque la única forma segura de dejar de esforzarnos por hacer lo recto, consiste en esforzarnos por conocer a Jesús.

A pesar de lo dicho, todavía podría levantarse en algunos, la objeción de que algunos dejarían de luchar por hacer lo correcto ahora, con el propósito de llegar a conocer a Jesús más tarde, abriendo así la puerta para un periodo intermedio de anarquía.

Este temor es infundado, por lo siguiente. La persona fuerte, que ha logrado portarse moralmente, recurriendo a su fuerza de voluntad, apartado de Jesús, continuará haciendo lo que es correcto por razones egoístas, haya o no escuchado acerca de la salvación por la fe en Cristo. Quien ha logrado vivir sin problemas y sin caer preso durante veinte años, no va a tirar repentinamente su respetabilidad por la ventana. Todavía no he conocido una persona “fuerte” que se haya vuelto inmoral, por haber decidido que la justificación por la fe significa que para que

“la gracia sobreabunde”, puede hacer todo lo que siempre hubiera querido hacer, pero hasta ahora no se había atrevido.

Además, permítaseme sugerir, que la persona débil que no ha logrado hacer lo recto, continuará de ese modo hasta que experimente la fe genuina, por lo cual no estará peor que antes. El único que teme que la justificación por la fe pueda promover la inmoralidad, es el individuo que cree que las personas débiles podrían hacerlo mejor, si tan sólo se esforzaran más. Pero ésa es una falsa esperanza.

O como alguien sugirió hace poco, el verdadero problema podría radicar en que la persona fuerte, al ver que el débil podría encontrar una razón o excusa para continuar en su condición actual, se pone celosa, porque por dentro siempre ha sido débil, y quisiera poderlo ser también por fuera, para gozar así de lo que gozan los débiles. **¿No es posible, que esté en contra de la licencia para los débiles, porque quisiera tenerla él también? (Véase Lucas 15:25-30).** Su reacción prueba, desde luego, su completa hipocresía.

Es también posible, que la persona fuerte sienta que cuando se desenmascara la falsedad de su moralidad, su orgullo sufre tal golpe, que no lo puede soportar.

El temor que produce el pensar, que si se permite que la gente haga lo que verdaderamente quiere hacer dentro de la relación de fe, causará en ellos una conducta licenciosa, carece de pertinencia y de significado. El amor es lo que constituye la salvaguardia contra la licencia. Lo único que cambia tanto a los fuertes, como a los débiles, en lo que se refiere a la limpieza de los resortes interiores de su voluntad, es la experiencia de la fe. Frente a ella, ni el fuerte, ni el débil, tienen ventaja alguna sobre los demás.

A estas alturas, alguien más pregunta: "¿Acaso Dios no usa nunca la justicia por las obras, para conducirnos a la justicia por la fe?". ¿Habrá Dios actuado alguna vez así? ¿Crees que lo hace ahora? De un modo u otro, hemos leído declaraciones del Espíritu de Profecía, separadas de su contexto, y hemos llegado a la conclusión, de que los padres debieran enseñarles a sus hijos, la justificación por hábito, lo cual los mantendrá fuera de la prisión el tiempo suficiente, como para que al crecer, encuentren a Cristo. ¿No hemos escuchado este concepto, o alguna de sus variaciones? En esto, hemos tenido un éxito verdaderamente señalado.

Aceptémoslo, en esto, Laodicea ha hecho un trabajo excelente. ¿Y cuáles han sido los resultados? Nuestra

juventud, ¿es capaz de comprender la justicia por medio de Jesús, la fe y la entrega? No.

Esta teoría, no ha abierto la puerta, en mayor grado, para la fe y la experiencia cristiana. A menudo, ni siquiera pueden ver a Cristo. Cansados de ser morales sólo en lo exterior, abandonan la iglesia. Les molesta cuando descubren que son dos personas distintas, es decir, diferentes en lo exterior, de lo que son interiormente.

Leamos en su contexto, las declaraciones referentes a la manera de instruir a nuestros hijos desde la cuna, en los hábitos correctos de conducta, y descubriremos que dichos consejos, no se pueden separar del énfasis en el poder, el amor y la gracia de Jesucristo. Si se los separa, se los destruye. He hablado con jóvenes de ambos sexos, que son completamente incapaces de vislumbrar siquiera el significado de la salvación por fe sólo en Cristo, por encontrarse profundamente sumergidos en el molde de la moralidad, y la bondad externa. A sus oídos, la justificación por la fe suena como un idioma extraño. Y como resultado de esto, aparentemente no pueden comprender cual debe ser su verdadera relación con Dios, hasta no estar en la universidad, si acaso entonces. ¡Qué lástima! Sus padres debieran haberles ayudado a encontrar a Jesús, y

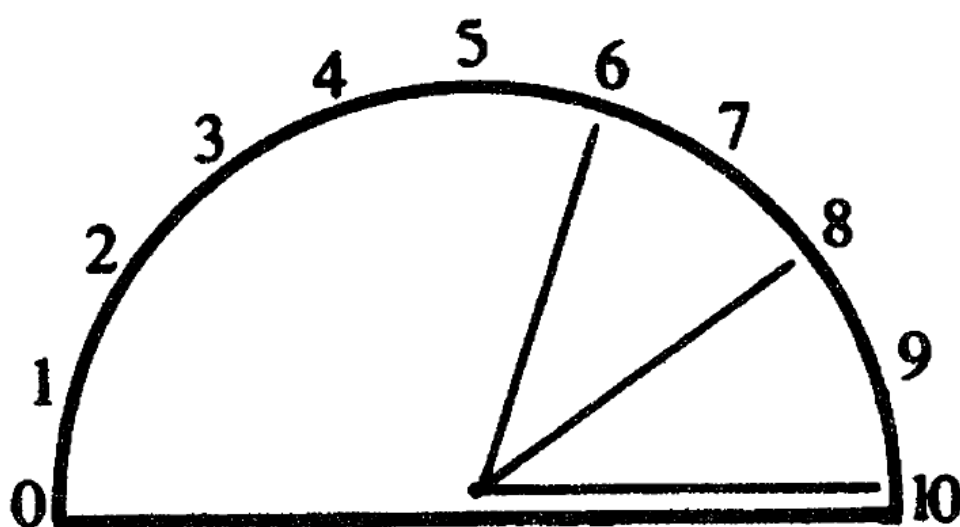
experimentar el poder motivador de su amor y su gracia, tan pronto como los niños estuviesen en condiciones de comenzar a entenderlo.

Así entonces, no usemos el Espíritu de Profecía para enseñar a nuestros hijos a portarse correctamente, sin recurrir al amor y el poder de Dios. En la búsqueda de la justicia, la moralidad, por sí misma, es inútil.

De hecho, quisiera expresar que Dios nunca usa la justicia por las obras, para llevarnos a la justicia por la fe, porque la justicia de obras es antagónica a los principios mismos de su plan de salvación. ¿Cómo podría Dios, para salvarnos, usar un principio o método que se opone a su plan? Somos nosotros, los que hemos caído en la trampa de pensar de esa manera. Dios nos muestra cuan inútiles son nuestras obras, únicamente con el fin de que reconozcamos nuestra necesidad de Él. Cristo se encuentra con nosotros donde nos hallemos, y cuando veamos cuán inútil es nuestra justicia exterior, entonces lo buscaremos a Él. (Véase Mateo 19:16-20).

La idea, según la cual Dios espera que nos forcemos a nosotros mismos a obedecer, hasta que alcancemos la experiencia máxima de la madurez cristiana, en la cual nuestra obediencia pasará a ser natural, descansa sobre

otra premisa falsa, esta es, que la obediencia impulsiva es un "blanco" que alcanzaremos eventualmente, cuando tengamos 30 años, o quizás 40, 50, o hasta 80 años. Si representamos el concepto con un diagrama, podría ser parecido al que sigue:



Llamaremos a esto, un "sismógrafo del pecado". Supongamos que antes de ser cristianos, cada vez que perdemos la paciencia, la aguja salta hasta marcar el número 10 en la escala. La idea, es que a medida que comenzamos a vivir la vida cristiana y progresamos en ella, la aguja va bajando gradualmente en la escala. Quizás después de un año o dos, nuestros enojos la harán llegar sólo hasta el 8. Luego, tras varios años más de esfuerzos, en nuestros momentos de tensión o frustración, la haremos

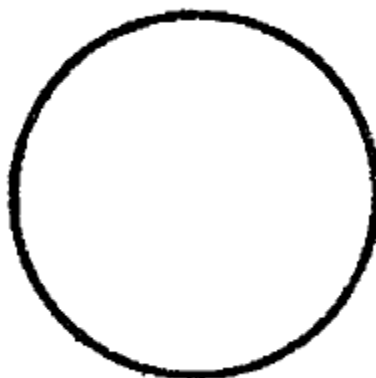
llegar sólo hasta el 6. Así entonces, tras una vida entera de “esfuerzo diligente”, podemos esperar que antes de morirnos, habremos logrado pasar siquiera un día bueno, en el cual las tensiones o tentaciones que nos asaltan no logren hacer que la aguja se mueva siquiera un poquito.

Pero Dios ha provisto una forma mejor, según la cual nuestro crecimiento, depende de la constancia de nuestra entrega o dependencia total de Él. El cristiano, puede experimentar ahora mismo las victorias definitivas de la fe, en sus mayores dimensiones, no importa cuán corta o larga haya sido su vida cristiana hasta el momento. En otras palabras, en alguna porción de cada día, que se espera que sea cada vez mayor, podemos conocer las victorias completas, que provienen de la dependencia total de Dios, de modo que la obediencia natural de que los cristianos maduros disponen todo el tiempo esté, en efecto, disponible hoy, pero el cristiano sin experiencia, o nuevo en la fe, la experimenta sólo parte del tiempo. En ese caso, el “sismógrafo del pecado”, tendría el siguiente aspecto.

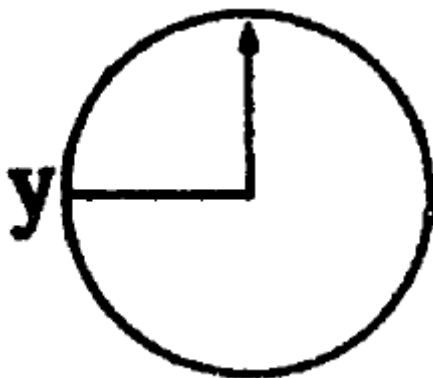


Notemos que ahora tiene sólo dos posiciones en su escala: 0 y 10. No importa si he sido cristiano por una semana, o durante 80 años, siempre que dependo de mí mismo frente al embate de las tensiones y la tentación, cada vez la aguja marca el 10. Por otra parte, siempre que me mantengo absolutamente confiado en el poder de Dios, la aguja ni siquiera tiembla.

Ahora, unamos estos elementos. Por medio de un círculo, representaremos la relación constante que existe entre Dios y el cristiano genuino.



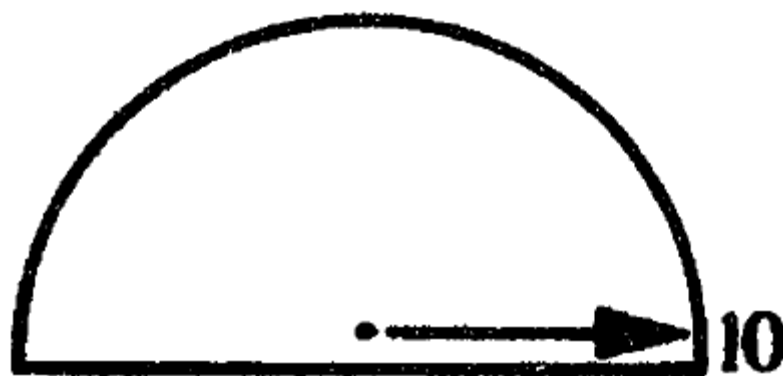
Dentro de él, encontramos la penosa oscilación entre nuestra dependencia del poder de Dios, por una parte, y por la otra, la confianza en nuestro yo:



En toda ocasión, en que al enfrentar problemas o tentaciones, nos apoyamos en el poder divino, la aguja del medidor no se mueve en lo más mínimo.



Pero cuando en cualquier momento de dificultad o tentación, nos refugiamos en nuestra propia fortaleza, la aguja se clava en el número 10:



La constancia creciente del cero indicaría progreso en la vida cristiana. ¿Cuán maravilloso sería entregarnos y someternos con tanta constancia ahora, que pasáramos las próximas 24 horas seguros, y siguiéramos así por el resto de nuestras vidas? Esa es la voluntad del Señor. No pensemos que Dios desea que nos demoremos una vida entera, antes de experimentar la entrega total y definitiva. No creamos que por no haber sido cristianos durante suficiente tiempo, Dios nos permitirá experimentar la victoria sobre los pecados conocidos, sólo por una hora diaria. El plan de Dios es darnos, ahora mismo, una victoria total, absoluta, 24 horas por día.

Pero ¿En qué consiste el problema? En nuestra obstinada resistencia, en nuestro deseo de hacer las cosas por cuenta propia, y vivir en algún sentido separados de Él, en vez de someternos completamente a su control. Por eso es por lo que pasamos por el penoso proceso de crecimiento, por el cual aprendemos a depender

completamente de Dios, con creciente constancia cada día. Nos enseña que la dependencia constante, es obra de Dios, por cuanto **“ningún hombre puede despojarse del yo, por sí mismo. Sólo podemos consentir que Cristo haga esta obra”**. (PVG 123). Nuestra parte es consentir, abriendo, cada día, la puerta al compañerismo y la comunión con Él, al escoger cultivar nuestra vida devocional privada con Dios.

Elena G. White escribe en “El Camino a Cristo”, que **“Si moramos en Cristo, si el amor de Dios está en nosotros, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestros designios, nuestras acciones, estarán en armonía con la voluntad de Dios”** (CC 61). Lo que aquí expresa, sin duda va más allá de la simple moralidad y obediencia externa, puesto que incluye además nuestros sentimientos, pensamientos y motivos. En otro pasaje, declara que **“Mediante el ejercicio de la fe... puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada”**. (HAp 450).

Cristo purificará nuestros gustos, inclinaciones, efectos y motivos (OE 133), nuestros pensamientos y deseos (PR 175), nuestro egoísmo inherente (DTG 632), nuestras

mentes y corazones (DTG 148), nuestros propósitos e impulsos (DTG 621). Cristo cambiará nuestras tendencias (6CBA 1101), subyugará nuestras ambiciones y pasiones (RH 2 de julio de 1889), reformará nuestro espíritu y carácter, lo cual incluye todo el ser, nuestra disposición, nuestros sentimientos y emociones (6CBA 1080), y finalmente, transformará hasta nuestro razonamiento, nuestra imaginación (HAp 384 y 385, 2 Corintios 10:5).

Ahora bien, si el poder renovador y transformador de Cristo, que mora en nosotros, y que desea controlarnos, cambia nuestro ser interior, ¿Cómo podríamos tener, todavía, que luchar arduamente por hacer lo que es correcto? ¿No es propio concluir, que en vez de eso, tendríamos que luchar por no hacerlo? No abaratemos la gracia de Dios y su plan, diciendo o enseñando que lo que hace, es ayudarnos a apretar los dientes y luchar con mayor diligencia para ser buenos, a través de nuestros propios y deliberados esfuerzos.

¿Significa esto, que Dios nos ofrece fortaleza y nos da la opción de usar lo que necesitamos? No. Dios se ofrece a sí mismo, para venir y vivir su vida en nosotros, y por nuestro medio, de modo que sea Él quien obre en nosotros, tanto el querer como el hacer. **“Cuando se abre**

a Jesús el corazón, y la mente responde a la verdad, Jesús mora en el alma. La energía del Espíritu obra en el corazón, y orienta las inclinaciones hacia Jesús. Por medio de una fe viva, el cristiano coloca su dependencia absoluta en el poder divino, esperando que Dios desee y haga lo que se ajuste a su buena voluntad” (ST 4 de junio de 1912).

Si escojo la experiencia de permitir que Dios obre en mí, entonces controlará las demás elecciones que yo haga. Además, apoyará esas elecciones con todo el poder del cielo. De este modo, la victoria es posible. “El hombre caído, puede ser transformado por la renovación de su mente... ¿Cómo? Permitiendo que el Espíritu Santo tome posesión de su mente, su espíritu, su corazón y su carácter... Tal como el buen árbol lleva buenos frutos, así también el árbol que es plantado en el jardín del Señor producirá buenos frutos para vida eterna”. (6CBA 1080).

Notemos lo que sucede como resultado de esto: “Los pecados que nos asedian son vencidos, en la mente no se permiten los malos pensamientos, los malos hábitos son expulsados del templo del alma. Las tendencias que se habían inclinado en una dirección equivocada se orientan en la dirección correcta. Los sentimientos y disposiciones equivocados se cambian, se proveen nuevos principios de

acción, y aparece una nueva norma de carácter. Ahora, el fruto que lleva el árbol cristiano, son temperamentos santos y emociones santificadas. Se ha llevado a cabo una transformación completa. Esta es la obra que se debe realizar” (6CBA 1080).

De modo que hay un trabajo que hacer, pero no suena como que sea obra nuestra. ¿O será nuestro deber, que usemos nuestros esfuerzos humanos, en procura de este blanco? “Por experiencia propia, vemos que en nuestra fortaleza humana, ni las resoluciones ni propósitos sirven de nada. ¿Debemos, por lo tanto, abandonar nuestros determinados esfuerzos? No, si bien nuestra experiencia testifica que de ninguna manera podemos hacer esta obra por nosotros mismos, se le ha dado el encargo de ayudar, a Uno que es poderoso para hacerlo por nosotros. Pero la única forma en que podemos obtener la ayuda de Dios es colocarnos enteramente en sus manos, y confiar en que Él obrará por nosotros. Cuando nos aferramos de Él por la fe, Él hace la obra. Todo lo que puede hacer el creyente es confiar” (6CBA 1080).

“Al hombre, se le da el privilegio de colaborar con Dios en la salvación de su propia alma. Debe recibir a Cristo

como su Salvador personal, y creer en Él. Su parte del contrato es recibir y creer". (RH 28 de mayo de 1908).

Esto es todo lo que puede hacer el hombre. Confiar en Dios y depender de Él. Si después de recibir a Cristo como su Salvador personal, continúa aceptándolo, y creyendo a través de la comunicación personal cotidiana, que Dios puede cumplir su parte, con eso ha cumplido su parte del contrato. Algunas personas llamarían a esto, la mayor herejía en la salvación por la fe, pero creo que es la verdad. Hay una sola cosa que podemos hacer para ser salvos de nuestros pecados, y continuar salvos en la vida cristiana subsecuente. Es la única cosa que muchos de nosotros no hemos hecho, y consiste en dedicar tiempo para estar solos con Cristo, al comienzo de cada día, para mantener un compañerismo, una comunicación y comunión continuos con el Salvador, a través de todo el día. Eso es todo lo que podemos hacer. Y si usamos nuestra voluntad y su poder, en procura de conocer a Cristo como nuestro Salvador personal, nuestro Señor y Amigo, Él hará el resto por nosotros y en nosotros. La razón por la cual hemos fracasado, al usar una técnica basada en "el deber y la obediencia deliberada", es porque no creemos que Dios lo hará por nosotros. Por cierto, que esta idea le asesta a

nuestro orgullo un duro golpe, pero el plan divino de salvación no deja lugar alguno para el orgullo humano.

¿Es importante en la vida del cristiano la voluntad humana? **“No presente nadie la idea, de que el hombre tiene poco o nada que hacer en la gran obra de vencer, ya que Dios no hace nada para el hombre, sin su cooperación. Tampoco se diga, que después de que has hecho todo lo que puedes de tu parte, Jesús te ayudará. Cristo ha dicho: ‘Separados de mí, nada pueden hacer’ (Juan 15:5)”. (1MS 446).**

¿Cuál es entonces, el papel que juega nuestra voluntad en la salvación? A veces, pensamos que hay muchas cosas que nosotros debemos realizar para vivir la vida cristiana, y nos desgastamos tratando de cumplirlas. Pero jamás olvidaré la emoción y el alivio que sentí, al darme cuenta de que lo que Dios verdaderamente esperaba que yo hiciera, en forma consciente y deliberada, era hacer uso de las avenidas que ha provisto, por medio de las cuales puedo mantenerme en contacto con Él, con su justicia y su poder. Estas son: el estudio de la Biblia y la oración. Por estos medios, tan sencillos pero tan a menudo descuidados, el Salvador se pone en estrecha comunión con nosotros, y cumple el ministerio del Evangelio, **“Cristo**

en nosotros", (Colosenses 1:27) (Véase también, 2 Corintios 5:17). La vida devocional no es algo que cumplimos además de ser cristianos. No es opcional, por cuanto es la base misma de la vida cristiana permanente y victoriosa.

¿Cuál es la naturaleza de nuestra vida devocional? ¿La consideramos como una costumbre sin gran importancia ni significado? ¿Sabemos qué significa confiar en Dios? Y por sobre todo, ¿Sabemos por experiencia, lo que significa pasar una hora contemplativa, gozando de comunión personal con Jesucristo, cada mañana, meditando en su vida y sus enseñanzas, y aplicándolas a las situaciones por las que pasaremos durante ese día particular? Si no lo sabemos, nunca conoceremos la victoria.

CAPÍTULO 5: EN BUSCA DEL ENEMIGO DONDE NO ESTÁ

Cerca de la ciudad de Huelva, ubicada en la costa sur de España, se halla la tumba de un súbdito inglés llamado Guillermo Martin. Nunca supo este individuo, la importante contribución que hizo en favor de la victoria durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente en Sicilia, porque murió de neumonía en la brumosa Inglaterra, antes que tuviera oportunidad de ser enviado al frente de batalla.

Los aliados habían hecho un plan para él, obligados por la urgencia de la hora. Mientras se desarrollaba el plan, pusieron a Martin en hielo. Las fuerzas aliadas, habían invadido el norte de África, y su siguiente paso lógico, era avanzar hacia Sicilia, una idea que los alemanes ya habían anticipado. Para llegar a las bases del norte de África, los ingleses enviaban a sus oficiales y las comunicaciones de guerra, usando la costa sur de España, que era neutral. Sabiendo que los alemanes estaban al tanto de esto, los aliados decidieron tenderles una trampa. De modo que procedieron con sus planes para el mayor Guillermo Martin.

Cierta oscura noche, un submarino subió a la superficie cerca de la costa de España, y lanzó el cuerpo de Guillermo Martin al mar. Además, echó al agua un bote salvavidas y un remo. En los bolsillos del muerto, se habían colocado documentos secretos, que indicaban que la siguiente maniobra aliada, consistiría en un ataque a Grecia y Cerdeña. Se trataba de un tiro a ciegas, pero tanto el cuerpo de Guillermo Martin, como el bote salvavidas, llegaron a la playa.

Los espías que el Eje mantenía en territorio neutral pronto descubrieron los documentos, y presumieron que Guillermo Martin había perecido, al caer su avión en el mar. Los documentos pasaron de mano en mano, hasta que llegaron a los cuarteles generales de Hitler. Como resultado, los alemanes transfirieron millares de hombres, desde Sicilia a Grecia y Cerdeña, donde no hubo combate, y las fuerzas aliadas invadieron Sicilia.

He aquí una ilustración del dilema en que se encuentran millares de cristianos. ¿Cuántos de nosotros estamos peleando, donde no hay batalla?

En capítulos previos, hemos presentado la necesidad de permitir que Dios obre en nosotros, tanto el querer como el hacer. Pero esta idea, hace que algunos protesten,

con cierta razón. “Tiene que haber algo en la vida cristiana que implique acción, fuerza de voluntad, esfuerzo y disciplina. No me digas que en la vida cristiana, no tenemos nada que hacer, excepto permitir que Jesús lo haga todo, mientras nosotros nos sentamos en una mecedora”. Quiero decir, que estoy de acuerdo en que la vida cristiana demanda cada onza de fortaleza moral, esfuerzo y disciplina, que una persona pueda aplicar donde está la batalla”.

Necesitamos comprender, claramente, dónde tiene lugar el combate. En la Biblia se nos dice: **“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo eres llamado, habiendo hecho buena profesión delante de muchos testigos”**. (1 Timoteo 6:12).

¿Se espera que luchemos contra el enemigo? ¿O debemos pelear la batalla de la fe? ¿Hay alguna diferencia entre la batalla de la fe, y la lucha contra el mal?

Imaginémonos que hay dos grupos de personas, el A y el B. Todos los componentes del grupo A, participan en la batalla de la fe. Procuran conocer a Dios personalmente, usando tiempo para la oración cada día, y escudriñando las Escrituras con el propósito de comunicarse con Dios. El grupo A, procura establecer una relación definida,

significativa, y creciente, con Cristo día tras día. Esa es la batalla de la fe.

En contraste, todos los miembros del grupo B, se dedican a combatir el mal. Procurando vivir una buena vida a través de sus propios esfuerzos, trabajan duro para vencer sus malos hábitos y prácticas. Su atención esta fija en el enemigo, y luchan con diligencia. Algunos de ellos, fracasan y se desaniman. Otros "triunfan", y se sienten orgullosos. Su lucha está centrada donde la batalla no está.

"Un momento!", dirá alguien. "¿No dice la Biblia: 'Resistan al diablo, y huir de ustedes?'. Sí, lo dice en **Santiago 4:7**. Pero ¿Cómo debemos hacerlo? ¿Poniéndonos a luchar contra el mal y el diablo? No. Sometiéndonos, peleando la batalla de la fe.

La batalla de la fe requiere cada gramo de energía, autodisciplina, y fuerza de voluntad, hasta la última chispa de esfuerzo humano que podamos reunir. Dios requiere de nosotros, que luchemos en esta batalla, pero no espera que nosotros, nos pongamos a combatir el pecado.

Efesios describe la lucha del cristiano. **"Por lo demás, hermanos míos, fortalézcanse en el Señor, y en el poder de su fortaleza. Vístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan estar firmes contra las asechanzas del diablo,**

porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales en las alturas. Por tanto, tomen toda la armadura de Dios, para que puedan resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estén entonces firmes, ceñidos sus lomos de verdad, y vestidos de la coraza de justicia, y calzados sus pies con el apresto del evangelio de paz. Sobre todo, tomen el escudo de la fe, con que puedan apagar todos los dardos de fuego del maligno, y tomen el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica, por todos los santos". (Efesios 6:10-18).

Notemos las expresiones que Pablo usa, para describir la lucha. ¿Se refiere aquí al grupo A, o al grupo B? "Por lo demás, hermanos míos, fortalézcanse...". El grupo B, se levanta de un salto y dice: "¡Amén! Eso es. Aquí hay municiones para nuestro lado. Tenemos que ser fuertes, y luchar contra el enemigo". Pero esperemos un momento. La frase completa dice: " fortalézcanse en el Señor". Y el Grupo A, inmediatamente proclama: "Eso apoya nuestro

lado. Se requiere de nosotros que seamos firmes en Él, y en el poder de su fuerza”.

Continuemos leyendo un poco más. “Vístanse de toda la armadura de Dios”. El Grupo B declara: “¿No ves? Aquí hay un refuerzo para nosotros. Nosotros tenemos que vestirnos de la armadura, de modo que podamos pelear”. Pero Pablo, a continuación describe la armadura de Dios, y dice que consiste en la verdad, la fe, el Espíritu Santo, y la justicia. Existe una sola clase de justicia, y la encontramos en Cristo. ¿Cuál es la armadura de Dios? Es la armadura espiritual, que el Grupo A busca. “Vístanse de toda la armadura... porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra... [espíritus malignos] en las regiones celestes”.

Recuerdo haber conocido un exboxeador, que siguió a Cristo. Me dijo: “Si tan sólo pudiéramos hacer que el diablo saliera de su escondite, estaría feliz de lanzarle un derechazo a la mandíbula. ¡Cómo me gustaría dejarlo tendido en el suelo! Pero eso es lo que me frustra en la vida cristiana. ¡No podemos hacer que el diablo salga de su escondite!”

Ahora bien, si la batalla en la cual estoy empeinado tiene que ver con espíritus, ¿Cuál es mi única esperanza de

victoria? ¿Pueden la carne y la sangre luchar contra los espíritus? ¿Alguna vez hemos tratado de hacerlo? Es como pelear con nuestra sombra. No hay manera de ganar. Si el conflicto es contra espíritus, entonces lo único que puedo hacer, es obtener la ayuda de otro espíritu para que luche en lugar mío. **“Recuerden que únicamente Dios, puede ganarle un argumento a Satanás”.** (5CBA 1083).

La Biblia dice que **“Dios es espíritu”**, (Juan 4:24), que los **ángeles son “espíritus ministradores”**, (Hebreos 1:14), y hablamos mucho acerca del Espíritu Santo. Entonces, ¿En qué consiste mi desafío? En participar en la batalla de la fe, en el esfuerzo por conocer personalmente a Dios, y permitirle encargarse de ganar mis batallas. Dios me invita a pelear la buena batalla de la fe, no el combate contra el pecado. Y sin embargo, pareciera que tanto entre los jóvenes, como entre los ancianos, existiera una fuerte tendencia, a pensar que la vida cristiana consiste precisamente en luchar contra el pecado.

El combate contra el pecado no es el lugar donde se pelea la verdadera batalla, aunque nos parezca haber tenido éxito en nuestros esfuerzos, porque la única manera como podemos lograr victorias en ella es en lo externo, en lo aparente, y eso no significa nada a la vista de Dios. Desde

luego, causa buena impresión en las cortes judiciales, sirve en nuestras relaciones con los semáforos y la policía caminera, y nos mantiene fuera de la prisión, pero no cuenta en nuestro cristianismo o en nuestra salvación.

Como vemos, los integrantes del Grupo B son buenos moralistas. Intencionalmente, nunca harían nada que le causara daño a otra persona. Pero son buenos y morales en su propia fortaleza, por medio de su propia autodisciplina. Por fuera, son cristianos. Pero no confían en Dios, para obtener poder y fortaleza. En contraste, los integrantes del Grupo A saben que la autodisciplina aplicada para dominar exteriormente el mundo material no es donde se pelea la verdadera batalla.

La diferencia entre el combate contra el pecado, y la batalla de la fe, constituye una de las mayores verdades que debe aprender el cristiano desanimado. La persona que ha descubierto este secreto, y ha experimentado la batalla de la fe, y las recompensas que provienen de conocer a Dios, es la que siente deseos de proclamar su descubrimiento, en alta voz y a todo el mundo.

Elena de White, dice que no debemos concentrarnos en la lucha contra el pecado, porque **“no es suficiente un mero cambio externo, para ponernos en armonía con Dios.**

Hay muchos que tratan de reformarse, corrigiendo este o aquel mal hábito, y esperan llegar a ser cristianos de esta manera, pero ellos están comenzando en un lugar erróneo. Nuestra primera obra, tiene que ver con el corazón". (PVGM 69).

Quisiera recordarte otro pasaje que he citado en un capítulo anterior, pero que deseo repetir aquí. "Hay quienes profesan servir a Dios, a la vez que confían en sus propios esfuerzos para obedecer su ley, desarrollar un carácter recto, y asegurarse la salvación. Sus corazones no son movidos por algún sentimiento profundo del amor de Cristo, sino que procuran cumplir los deberes de la vida cristiana, como algo que Dios les exige para ganar el cielo. Una religión tal no tiene valor alguno". (CC 44 y 45). ¿No se me puede adjudicar entonces, ni siquiera una pequeña parte del crédito? No.

Entonces, ¿En qué dirección debo usar mi voluntad, y mi fuerza de voluntad? ¿Hacia el cumplimiento de los reglamentos, regulaciones, y leyes de la salvación? ¿Hacia el combate contra el pecado? No. Mi lucha se concentra en el esfuerzo, por mantener una relación y dependencia constante de Dios, en un plano estrictamente individual.

Elena de White también declara, que “el pecador solo puede encontrar esperanza y justicia en Dios, y ningún ser humano, sigue siendo justo si deja de tener fe en Dios, y de mantener una conexión vital con Él”. (TM 367). Si es así, las armas que Pablo describe en Efesios son las que necesitamos, porque nos permiten pelear la batalla en el lugar correcto.

Notemos a continuación, tres diferentes puntos de vista, relativos a la vida cristiana. Primero, encontramos a la persona que acepta el plan de Dios, o por lo menos así lo cree, pero que se lanza a la lucha contra el pecado, como base de su experiencia cristiana. Segundo, encontramos a un cristiano, que comienza a darse cuenta de que la relación con Cristo es un factor importante. Busca a Dios, mientras por otro lado, continúa procurando luchar contra el enemigo. Su experiencia es mezclada, un estado de transición por el cual pasamos la mayoría de nosotros. El tercer punto de vista es el verdadero plan de Dios, un concepto que debiéramos comprender en teoría, aun sin haber experimentado su aplicación práctica, que consiste en pelear la batalla de la fe, con toda nuestra fuerza de voluntad.

A medida que aprendemos a concentrar nuestros esfuerzos, en hacer que crezca nuestra relación espiritual, Dios se encarga de la batalla contra el enemigo. Dios lucha por nosotros.

Pero este segundo ejemplo, es un problema común. Dios ha prometido pelear nuestras batallas, pero no siempre parecemos creerle. La mayor batalla que tenemos que luchar, es aceptar en nuestra propia mente, que Dios es capaz de cumplir sus promesas.

En el libro "Capitanes de la Hueste" de Arthur Spalding, se analiza algunos de los problemas de la experiencia cristiana. A manera de culminación, dice: "Mucho más sutil, es la convicción que hace presa en las mentes de la mayoría de los cristianos profesos... que el hombre debe luchar por ser bueno y hacer el bien, y cuando ha hecho todo lo que puede, Cristo vendrá en su ayuda, y le ayudará a lograr lo demás. En este confuso credo de salvación, en parte por obras, y en parte con poder auxiliar, muchos ponen hoy su confianza". (página 601).

Elena de White, describe el mismo problema en que caen algunos. "Al paso que piensan que se entregan a Dios, existe mucho de confianza propia. Hay almas concienzudas que confían parcialmente en Dios, y

parcialmente en sí mismas... No hay victorias en esta clase de fe. Tales personas se esfuerzan en vano. Sus almas están en un yugo continuo, y no hallan descanso hasta que sus cargas son puestas a los pies de Jesús". (1MS 415).

"Cada uno deberá librar una violenta lucha, para dominar el pecado en su propio corazón. A veces, será una obra muy penosa y desanimadora, porque al ver las deformidades de nuestro carácter, fijamos nuestros ojos en ellas, en vez de mirar a Jesús, y vestirnos con el manto de su justicia. Todos los que entren a la ciudad de Dios por las puertas de perlas, entrarán allí en calidad de conquistadores, y su mayor conquista, habrá sido la conquista del yo [no de las cosas materiales]". (9TPI 181, 183). En otro lugar, dice el Espíritu de Profecía, que "no debemos mirarnos a nosotros mismos. Mientras más nos fijamos en nuestras propias imperfecciones, menos fortaleza tendremos para vencerlas". (RH 14 de enero de 1890).

El plan de Dios para mí no requiere que divida mi tiempo entre el conflicto con el pecado, y la batalla de la fe. Todos mis esfuerzos deben estar dirigidos a ganar la batalla de la fe. Es allí donde realmente se libra el combate, y la obtención de la victoria, requerirá hasta la última chispa

de energía y autodisciplina, que yo pueda producir. Si soy débil, Dios caminará la segunda milla para encontrarse conmigo. Entonces, combatirá por mí, en mi lucha contra el enemigo.

Por ejemplo, supongamos que quiero volar a Hawái. Me dirijo a una playa occidental del continente, y allí, corriendo tan rápido como puedo, agito fuertemente mis brazos, tratando de elevarme para dirigirme al otro lado. Aunque pase todo el día haciendo eso, nunca podré levantarme del suelo. De hecho, cuando termino de esforzarme por volar sin ayuda, estaré tan cansado, que quizá no tenga fuerza ni para llegar al aeropuerto.

Sin embargo, si elijo no hacer algo que me es imposible, pero en cambio decido hacer algo que, si puedo lograr, es decir, ponerme en manos de un piloto, en un avión cuyo destino es Hawái, será razonable confiar en que llegaré a mi destino. Una vez que yo hago esa elección, el avión y el piloto harán el resto por mí. **“El hombre no puede salvarse a sí mismo, sino que el Hijo de Dios peleará sus conflictos en su lugar, y lo colocará en terreno ventajoso, impartándole sus atributos divinos”.** (RH 8 de febrero de 1898).

Si traducimos esto, a términos de la vida real, ¿Qué está Dios tratando de decirnos? Sencillamente, que **si escogemos pelear la batalla de la fe, con toda nuestra fuerza de voluntad debidamente dirigida a la verdadera fuente de poder de nuestras vidas, lograremos la victoria. (Véase 5TPI 513).** Si concentramos toda nuestra fuerza de voluntad, en el empeño de conocer personalmente a Jesús, y permitirle que viva su vida en nosotros, entonces triunfaremos. Usamos nuestra autodisciplina, para escoger mantener una relación personal y cotidiana con Dios. Más allá de eso, sólo podemos dejarle nuestras batallas contra nuestros pecados, y nuestros problemas. Para los seres humanos, esta es una de las ideas más difíciles de aceptar, probablemente debido al orgullo y autosuficiencia naturales, del corazón humano. Acariciamos el pensamiento, de que si nos esforzamos más, lograremos más.

Mucha gente ha recibido la impresión, de que Elena de White se preocupaba primordialmente de la lucha contra el pecado. Pero la única razón de existir de sus numerosos volúmenes es advertirnos que el enemigo se acerca, y hacernos caer de rodillas para pelear la batalla de la fe. Nunca olvidemos esto. **“Dios reprende a su pueblo**

por sus pecados, con el fin de humillarlos y llevarlos a buscar su rostro". (RH 25 de febrero de 1902).

A la descripción que hace Pablo de la guerra cristiana en Efesios, podemos asociar cierta batalla del Antiguo Testamento, que aparece en **Segunda de Crónicas, capítulo 20**, la cual ofrece ciertos aspectos jocosos e interesantes. Los moabitas y amonitas invadieron Judá para pelear contra el pueblo de Dios. El rey de Judá, en ese tiempo, era Josafat, un buen rey. (De hecho, estaba tan ocupado tratando de ser un buen gobernante, que su hijo Joram fue malo).

El rey Josafat recibió las noticias: "¡Viene el enemigo!". ¿Qué hizo entonces? ¿Llamar a los milicianos? ¿Declarar un estado de emergencia? ¿Mandar que afilaran las lanzas y espadas? ¿Salir a practicar tiro al blanco, con sus arcos y flechas? ¿Prepararse para una confrontación armada con el enemigo?

No. Josafat sabía que la verdadera batalla, no se libraría en los campos de Judá. En cambio, supo cómo pelear en el verdadero lugar del conflicto. Notemos lo que hizo. "Josafat humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá. Y se reunieron los de Judá, para pedir socorro a Jehová, y también de todas las

ciudades de Judá, vinieron a pedir ayuda a Jehová". (versículos 3 y 4). Tuvieron una reunión de oración. ¿No parece esta, una forma poco razonable de defenderse de un ataque? Pero eso fue lo que hicieron.

Es interesante leer su oración. A menudo, nuestras plegarias constituyen un insulto a Dios. Llegamos apresurados a su presencia, llenos de requerimientos, y decimos: "Señor, necesito esto. Necesito lo otro. Tengo un problema con esto, y un problema con lo otro. Haz esto por mí. Dame esto, y dame lo otro". Pero en esta ocasión, Israel no oró así. Se arrodillaron y dijeron: "Señor, tú eres el que lo controla todo. Tu eres el gran Dios, el Dios de Abrahám, Isaac y Jacob. En tus manos está todo el poder". Usaron tiempo, para darle a Dios alabanza, honra y gloria. Y al final de su oración, dijeron: "Ahora Señor, tenemos un problema. El enemigo viene. No podemos oponernos contra sus fuerzas. Pero venimos a ti, en busca de ayuda". ¿Qué clase de lucha era esa? ¿El combate contra el pecado? No. Era la batalla de la fe. **"Allí volvemos nuestros ojos"**. (versículo 12).

¿No tenía el pueblo de Dios siquiera algo de poder? ¿No podrían ellos haber derrotado siquiera algunos enemigos? Por cierto que sí. Podrían haber hecho algo.

Pero Josafat sabía que ese no era el plan de Dios. El Señor nunca se proponía, que ellos salieran a pelear contra el enemigo. Él había prometido combatir por ellos. **“No les teman, porque Jehová su Dios, Él es el que pelea por ustedes”**. (Deuteronomio 3:22).

Cuando estaban orando y decían: “A ti volvemos nuestros ojos”, de pronto un hombre se levantó en medio de la congregación. No era como el endemoniado, que interrumpió los servicios de la iglesia de Capernaúm.

Jahaziel no era ni un fanático, ni un fanfarrón. Evidentemente, era un hombre en el cual descansaba el Espíritu de Dios, puesto que comenzó a profetizar. **“Oigan, Judá todo, y ustedes moradores de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Jehová les dice así: No teman, ni se amedrenten delante de esta multitud tan grande, porque no es suya la guerra, sino de Dios. Mañana descenderán contra ellos... No habrá para qué peleen ustedes, en este caso, párense, estén quietos, y vean la salvación de Jehová con ustedes. Oh, Judá y Jerusalén, no teman ni desmayen, salgan mañana contra ellos, porque Jehová estará con ustedes”**. (2 Crónicas 20:15-17).

Nuevamente, como sucede con la descripción que hace Pablo en Efesios, sería posible tanto para los que

procuran luchar contra el pecado (Grupo B), y los que pelean la batalla de la fe (Grupo A), decir que el mensaje apoya su propio lado.

“No teman ni se amedrenten... porque no es suya la guerra, sino de Dios”. Parece apoyar el Grupo A.

“Mañana descenderán contra ellos”. “¡Muy bien!” dice el Grupo B. “Está claro. Hay que añadir el esfuerzo humano, al poder de Dios”.

¿Pero a qué debían salir las huestes de Judá? “No habrá para qué peleen, en este caso, párense, estén quietos”. **Efesios 6:11 declara: “Vístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan estar firmes”.**

“Estén quietos, y vean la salvación de Jehová”. El rey Josafat no estaba acostumbrado a pelear batallas de esta forma, de modo que procuró encontrar una forma de cumplir la hazaña de estarse quieto, para mirar la salvación del Señor. Finalmente, tuvo una idea feliz. ¡Enviaría el coro a encontrarse con el enemigo!

Ahora bien, esta idea no parece muy buena. En primer lugar, no estoy seguro de que los miembros del coro estuviesen completamente de acuerdo con ese plan. Y, en segundo lugar, el hecho de mandar el coro a encontrarse

con el enemigo haría que éste se enojara mucho. Les parecería tan grave el insulto, que se empecinarían en barrer al pueblo de Dios de la faz de la tierra, empezando con el coro. Pero ése era el plan, y aparentemente el coro estuvo de acuerdo.

Imaginemos la escena que sucedió al día siguiente. Todo el pueblo saliendo de la ciudad, y los miembros del coro con sus túnicas, encabezando la procesión y cantando. Y ni siquiera cantaban cantos guerreros, sino una doxología. **“Glorifiquen a Jehová, porque su misericordia es para siempre”.** (versículo 21).

Al salir el coro, seguido de los guerreros, ¿Qué sucedió? Es fácil imaginar la reacción del enemigo, cuando al rodear un monte allí en el desierto, escuchan los cánticos de alabanza. Se ponen furiosos, y gritan: “¡Apresurémonos a llegar allá! ¡Terminaremos con ellos en poco rato!”.

Mientras tanto, puedo ver en el coro a un hombre que bajo la túnica ha traído su arco y flechas. Es uno de los últimos.

Ahora, quiero que recordemos que esta extraña batalla, requería que los guerreros se abstuvieran de atacar al enemigo, de hecho, no debían ni siquiera pelear con él. Quisiera sugerir aquí, que mucha gente, tanto jóvenes

como ancianos, han descubierto cuan trágica es la trampa que el enemigo ha preparado para nosotros, la cual consiste en derrotarnos al dirigir nuestra atención hacia él, y hacia nuestras reacciones ante su presencia. Eso es lo que lleva a la derrota. Pero aquí, en el Antiguo Testamento, encontramos un ejemplo de la forma en que Dios nos da la victoria, haciéndonos mantener nuestros ojos fijos en Él.

Volvamos al hombre de la última fila. Ve que el enemigo viene rodeando la montaña, acercándose más y más, y en su mente comienza a razonar así. "Si apunto una flecha sobre el hombro del primer bajo, que está adelante de mí, puedo terminar con uno de los moabitas. Y entonces, creo que puedo matar a otro, antes que todos lleguen acá". Es la misma tentación, que nosotros debemos enfrentar hoy, la cual consiste en pelear en el lugar equivocado, donde no está la batalla, en hacer algo por nosotros mismos.

En cambio, ¿Qué sucedió? Evidentemente, logró mantener su arco y sus flechas, debajo de su túnica coral, y cuando empezaron a cantar alabanzas a Dios, el Señor envió emboscadas contra Amón y Moab. Los edomitas, de pronto, hicieron un inesperado movimiento de flanqueo. Los amonitas, los moabitas y las tropas de Edom se

encontraron envueltos en una batalla, antes de que pudieran siquiera acercarse al pueblo de Dios.

Continuaron peleando, hasta que se confundieron completamente. Pronto, los amonitas y los moabitas, se lanzaron unos contra otros en vez de luchar contra los de Edom, y la confusión y el conflicto continuaron, hasta que finalmente, cuando las huestes de Judá llegaron al lugar y contemplaron el campo de batalla, **“he aquí, yacían ellos en tierra muertos, ya que ninguno había escapado”**. (versículo 24).

¿Qué lección debemos obtener de este relato? Simplemente, que debemos depender únicamente de Cristo, para nuestra salvación del enemigo.

Quisiera que fuera posible para mí, cambiarme inmediatamente del Grupo B, es decir, los que dependen de sí mismos, en la lucha contra el enemigo, al Grupo A, es decir, los que dependen de Dios para pelear la batalla de la fe, sin tener que pasar en mi vida por una experiencia mezclada. He descubierto que es común para mí, cambiarme del Grupo A al Grupo B, varias veces aun en un mismo día. Y lo que más necesito, es crecer en mi relación con Cristo, hasta el punto en que le permita a Él hacerlo

todo, en vez de mezclarme en la batalla, y procurar ganar una parte de ella por mí mismo.

Cierto antiguo himnario, tenía un canto que ya no se canta. Cierta día me senté al piano, y descubrí por qué. Tenía una melodía miserable. Pero las palabras son tremendas. Describe el proceso de pasar del Grupo B, al Grupo A. Cuando una persona comienza a volverse a Dios, antes de la conversión, depende de sí misma. "Todo del yo y nada de ti". Entonces, encuentra a Cristo y dice: "Algo del yo, y algo de ti".

Pero a medida que continúa creciendo en su experiencia cristiana, en su relación personal con Dios, canta: "Menos de mí, y más de ti". Y finalmente, concluye diciendo: "Nada de mí, y todo de ti". Eso es lo que necesito en mi propia vida. Una de mis mayores tentaciones en mi calidad de pastor, es que al mirar a mi alrededor y ver los tremendos desafíos, me sienta impulsado a enfrentarlos con mis propias fuerzas.

La única razón para reconocer el formidable desafío de la iglesia y la comunidad no es para que procuremos desarrollar alguna hábil maniobra, o excitante entretenimiento para atraer a las multitudes. Su fin, es hacernos caer de rodillas, orando por un triunfo espiritual

en nuestra comunidad, y en todo el mundo. Dios nos libre de echar mano de artificios humanos, para hacer su obra.

De modo que dondequiera se libre la batalla, ya sea que se trate de un combate contra el enemigo y el pecado, o de terminar la obra de Dios en este mundo, el verdadero desafío no consiste en crear más artimañas novedosas, ni técnicas o métodos humanistas. El desafío de hoy consiste en postrarnos para vivir como lo expresa la plegaria de Josafat. "A ti volvemos nuestros ojos".

CAPÍTULO 6: BAJO EL CONTROL DE DIOS. LA VIDA DE JESÚS

En nuestro estudio de la voluntad, nos hemos concentrado hasta este momento, en la tarea de comprender la teoría del plan de Dios para nuestro esfuerzo, nuestra capacidad de escoger, nuestra fuerza de voluntad. Quizá alguien pudiera objetar, diciendo: “¡Pero esto suena demasiado idealista! ¡Nadie puede vivir de esa manera en su experiencia diaria!”. Sin embargo Jesús, nuestro mayor ejemplo de cómo usar nuestra voluntad y el poder de ella en la vida cristiana, nos ha demostrado que es posible hacerlo.

Juan 14, describe cómo Jesús se reunió con sus discípulos en el aposento alto, impartiendo enseñanzas antes de su crucifixión. Entonces, Felipe le pidió a Jesús que les mostrara al Padre. Quizás, su pregunta expresaba una curiosidad ociosa, o puede haber sido algo más que eso. Jesús replicó: “¿Tanto tiempo hace que estoy con ustedes, y no me has conocido, Felipe?”. [Somos lo mismo. Si me has visto a mí, has visto al Padre] (Juan 14:9). Luego, continuó diciendo: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo les hablo, no las hablo

de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras". (Juan 14:10).

Algunos insisten, en que Jesús tuvo ventajas debido a su divinidad, que usó su naturaleza divina, para vivir su vida perfecta en este mundo. Pero quisiera sugerir, que Jesús podría haber estado en desventaja, porque no usó su divinidad inherente. Y si Jesús vivió su vida victoriosa, confiando únicamente en su Padre, entonces a través de Él, también se coloca todo el poder del cielo a nuestra disposición, y podemos ganar victorias de la manera como Jesús lo hizo.

¿Quién hizo las obras de la vida de Jesús, según su declaración que encontramos en Juan 14:10? Desde luego que fueron las manos, los pies, los ojos y la boca de Jesús, pero de algún modo, su Padre estaba realizándolo a través de Él, en Él. **Ni siquiera sus palabras eran las suyas, (Juan 12:49)**. Probablemente, no es más fácil comprender cómo sucedió esto, que lo que es explicar que Dios desea morar en nosotros, para hacer en nosotros su voluntad. Sin embargo, así es. La declaración de Cristo debiera eliminar cualquier confusión relativa al significado de Filipenses 2:13, que Dios produce en nosotros, tanto el querer como el hacer. Si trasponemos el texto para aplicarlo a la vida de

Cristo, le oiríamos decir: “Mi Padre produce en mí, así el querer como el hacer, Él es quien hace mis obras”.

La vida de Cristo es el mayor ejemplo de una entrega total, absoluta, de una sumisión por su propia elección, colocándose a sí mismo bajo el control de su Padre. Y ya hemos hecho notar en un capítulo anterior, que esta conducción no es peligrosa para nuestra libertad, porque es el control del amor. Cristo se sometió al control del amor de su Padre. Por lo tanto, su Padre fue quien habló las palabras, e hizo las obras que se revelaron en la vida de Cristo.

La voluntad humana debiera operar de la misma forma, en la experiencia cristiana posterior a la conversión. En vez de ocuparse, con hacer o no hacer, esto o aquello, o con decir una cosa u otra, debiera procurar establecer una relación de absoluta dependencia de Dios.

Jesús explicó el plan divino, para cada uno de nosotros. “Créanme, que yo soy en el Padre, y el Padre en mí, de otra manera, créanme por las mismas obras, De cierto, de cierto les digo: El que en mi cree, las obras que yo hago, él las hará también, y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieren al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”. (Juan 14:11-13).

Notemos su promesa: **“Si algo pidieren en mi nombre, yo lo haré”**. (versículo 13). Algunos creen que esto significa, que si nombramos a Jesús, podemos obtener cualquier cosa que deseamos, como el dinero para pagar la escuela, o encontrar los lentes que se nos habían perdido, o recibir un nuevo Lincoln Continental. De este modo, transforman el nombre de Jesús en una fórmula mágica. Pero ¿Qué significa orar en el nombre de Jesús? “El Deseado de Todas las Gentes”, dice: **“Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras”**. (DTG 621).

“Orar en el nombre del Señor Jesús, es más que hacer simplemente mención de su nombre, al principio y al fin de la oración. Es orar con los sentimientos y el espíritu de Él, creyendo en sus promesas, confiando en su gracia, y haciendo sus obras”. (CC 101).

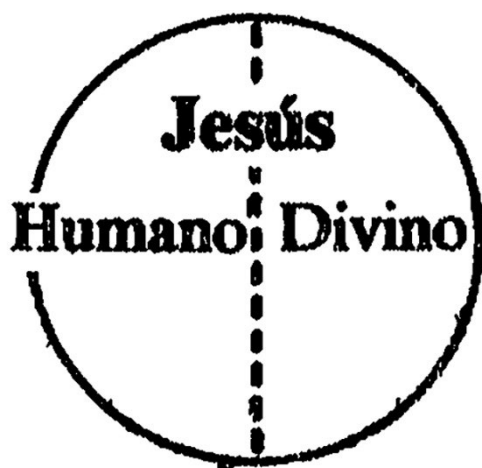
Si estudiamos el contexto de la declaración de Jesús, descubriremos que significa permitir que Jesús ore a través de nosotros, en nosotros, manteniéndonos en sujeción y bajo su control absoluto. Si Jesús guía mi vida, entonces ¿Quién motiva mis oraciones?

Y si Él nos controla, podemos estar seguros de que oraremos las oraciones debidas, y nuestras peticiones

tendrán la motivación correcta. La única persona que puede orar en el nombre de Jesús es la que ora colocándose en una posición de completa dependencia de Jesús, y relación con Él, así como Jesús oraba a su Padre.

Entonces, si esto es verdad, ¿Cómo vivió Jesús su vida en nuestro mundo? Si la vida de Cristo debe ser nuestro ejemplo, tiene que haber vivido de una manera que nos sea posible imitar.

Anteriormente, yo pensaba equivocadamente, que Jesús había disfrutado de ventajas sobre mí, en su esfuerzo por vivir una vida perfecta, por cuanto había nacido inherentemente divino, al mismo tiempo que humano, y el resto de nosotros no podemos tener esa pretensión. Pero me gustaría ilustrar la forma en que vivió su vida perfecta, recurriendo a un diagrama:



Digamos que este círculo representa a Jesús. A continuación, lo dividimos en dos mitades, y llamamos a una su aspecto "humano", y a la otra, su aspecto "divino". Desde luego, no creemos que Jesús tenía una mitad humana, y una mitad divina. Hablamos en términos literales, solo para ilustrar el concepto. La verdad es que Jesús era completamente humano, y a la vez, completamente divino. Si el círculo nos representara a nosotros, no colocaríamos en él, ninguna línea divisoria. Seríamos enteramente humanos, y si algún lector todavía no ha descubierto esto, no es humano.

Desde luego, Jesús nació diferente. Poseía una naturaleza humana exenta de pecado, la misma que Adán tenía antes de su caída, en lo que concierne a la inclinación o tendencia a pecar. Por lo tanto, era natural que Jesús fuese bueno. Yo nací con una naturaleza pecaminosa, y me resulta natural ser malo.

Pero Jesús, al vivir su vida perfecta, no confió en la parte divina de su naturaleza, ni la usó. Recordemos que declaró: "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo". (Juan 5:19). Y en el versículo 30, reiteró este pensamiento: "No puedo yo hacer nada por mí mismo". Si al decir esto, Jesús

se hubiera referido a sus posibilidades o su potencial, entonces esta declaración no habría sido exacta.

En su calidad de Dios, Jesús podría haber hecho muchas cosas, que nosotros nunca podríamos soñar siquiera con realizar, y podría haberlas hecho por sí mismo, separado de su dependencia del Padre. ¿Te ha tocado resistir alguna vez, la tentación de transformar piedras en pan? Yo he tenido que luchar con muchas cosas, pero jamás con una tentación así. ¿Podríamos nosotros decir, alguna vez: **“Yo pongo mi vida para volverla a tomar... tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”**? Jesús lo dijo en Juan 10:17-18, y de hecho, se levantó a sí mismo, en la mañana de la resurrección.

El ángel sólo vino para traerle el permiso de su Padre, (DTG 729). Echemos una ojeada más detenida, a la tentación de Cristo en el desierto, como la presenta Lucas 4. Jesús ayunó allí, durante casi seis semanas, y luego Satanás se le apareció para tentarlo, diciéndole que transformara las piedras en pan. El diablo sabe, que no tiene sentido el procurar inducirme a que transforme piedras en pan, puesto que reconoce que yo no soy capaz de hacerlo. Pero sabía, que Jesús había nacido con el poder necesario para lograrlo, aún sin depender de su Padre

celestial. ¿Qué era lo que estaba en juego? ¿Cometer alguna maldad? No, sino hacer algo correcto. Satanás tentó a Jesús, a transformar las piedras en pan fresco hecho en casa. ¿Es acaso malo comer pan hecho en casa, después de haber ayunado durante 40 días?

Después de haberme abstenido de alimentos, tan solo durante unas pocas comidas, he terminado con medio molde de pan, y no me he sentido muy pecador al hacerlo. No es pecado tener hambre, cuando no se ha comido durante casi seis semanas.

De modo que, ¿Cuál era el objetivo verdadero de esta tentación? A menudo decimos que se trataba del apetito, y desde luego que éste se hallaba implicado, pero la tentación primaria, no era ésa. El punto fundamental, se centraba en la posibilidad de que Jesús hiciera algo, bueno o malo, actuando por su propia cuenta, usando su divinidad inherente, en vez de confiar en Dios. Satanás lo tentó a comprobar su propia divinidad, a obrar por sí mismo, en forma independiente de su Padre.

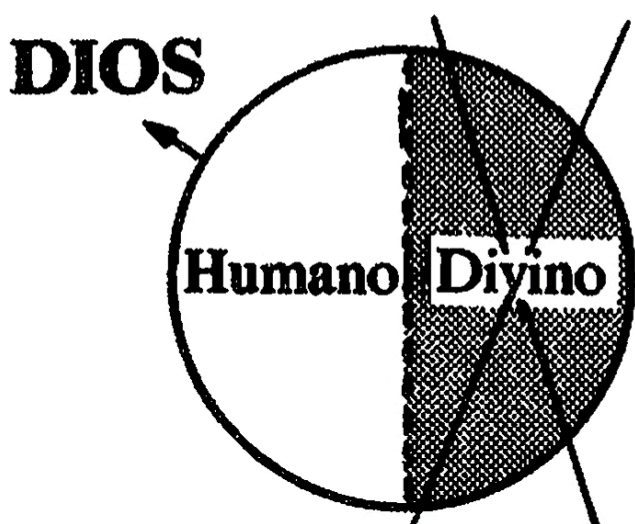
Y Jesús podría haber usado su propio poder, pero vino a este mundo, para mostrarnos cómo rechazar nuestra propia fortaleza, y en su lugar, poner nuestra confianza en Dios. En su total dependencia de su Padre, Jesús dijo, en

efecto, "he venido para demostrar a los hombres, cómo vivir dependiendo de un poder superior. Mi Padre aún no ha visto conveniente proveerme de pan, pero si es su voluntad que yo perezca de hambre, estoy dispuesto. Mientras tanto, y hasta que me envíe pan, seguiré ayunando. No recurriré a mis propios poderes".

Esta experiencia, ofrece el clásico ejemplo de cómo debemos vivir la vida cristiana. Para Jesús, era natural hacer el bien, tanto en lo externo, como en lo interior. No tenía propensiones al mal. El pecado le era repulsivo. Por lo tanto, el "mal" que Satanás lo tentó a realizar, consistía en utilizar sus propios poderes, los cuales no le habrían fallado, para hacer algo bueno. La verdad del caso, maravillosa por cierto, es que Cristo no recurrió a sí mismo, y por lo tanto, todas sus acciones vinieron de Dios. **Así como Cristo vivió dependiendo de Dios, del mismo modo nosotros podemos vivir dependiendo de Cristo. (Juan 17:23).**

Volviendo al diagrama que usamos anteriormente, pongamos una X bien grande, sobre la parte divina de la vida de Jesús, puesto que Él no la usó. A través de su naturaleza humana, en la misma forma como nosotros debemos vivir, confió en la operación del poder divino

desde arriba, en vez de confiar en el poder divino que había dentro de Él. Así entonces, su vida parecería algo así:



La divinidad que demostró la vida de Jesús venía del Padre. No era la suya propia. Y el poder que tenía, está disponible hoy para nosotros.

En su muerte, Jesús no pudo salvarse. Y sin embargo, ¿Qué habría pasado, si nosotros hubiéramos estado en su lugar durante el juicio, cuando sus enemigos, escupiéndole, golpeándolo y burlándose de Él, lo coronaron de crueles espinas? ¿Cuán fácil habría sido decir: “¡Es hora de mostrarles a estos malvados, a quién es que están maltratando!”. Pero Jesús no vino a salvarse a sí mismo, y ni en el Getsemaní, ni en su juicio, ni a su muerte,

hizo uso de su naturaleza divina, para salvarse a sí mismo o para aliviar sus sufrimientos físicos o su angustia.

Cuando los sacerdotes sacudían sus cabezas ante la cruz, diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar", decían la verdad. Era el Evangelio en una frase.

La misma verdad se aplica también a su vida, puesto que era un requisito integral del plan de salvación, que Jesús viviera del mismo modo, como nosotros debemos vivir, sin ventajas sobrenaturales. Por lo tanto, no podía salvarse a sí mismo. En cambio, ¡Cuántos métodos hemos desarrollado, para tratar de salvarnos por nuestra propia cuenta! En vez de ello, podríamos estar siguiendo el ejemplo que dejó Jesús, de dependencia de su Padre. Con razón, se dice que Jesús es el mayor ejemplo de salvación por la fe. De ese modo, "a menos que [Jesús] se encontrara con el hombre como hombre, y testificara por su conexión con Dios, que a Él no se le impartió el poder divino, en forma diferente de cómo se nos concede a nosotros, Cristo no podría ser un ejemplo perfecto para nosotros". (7CBA 925).

"[Cristo] soportó toda prueba a la cual estamos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno, que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la

tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba". (DTG 16).

"Un momento!", puede protestar alguien. "¿Cómo sucedieron los milagros que realizó? De Él salió virtud, cuando la mujer tocó la orilla de su manto. Cristo sanó a muchos, (Mateo 20:9-22, Marcos 6:56). ¿No era eso algo especial y divino?".

A esto contestamos: ¿No has escuchado hablar de Pablo y los pañuelos? Puedes leer acerca de esto, en Hechos 19:12, el Comentario Bíblico Adventista, tomo 6, página 1064, y Sketches From the Life of Paul, página 135.

"Bueno, pero Cristo levantó a los muertos", Lucas 7:1-15, Juan 11:44, observará otro. También lo hicieron sus seguidores, Hechos 9:36-42.

"Cristo leía la mente de las personas", Lucas 7:39-47, Juan 4:29. También lo hicieron sus discípulos, Hechos 5:3.

"¿Y qué de la ocasión en Nazaret cuando Cristo desapareció?", Lucas 4:29-30. Recordemos la historia de Felipe en el desierto, en Hechos 8:39.

Si estudiamos todo lo que generalmente se considera una demostración de la divinidad de Cristo, descubriremos que sus seguidores hicieron las mismas cosas. Abrieron los

ojos de los ciegos, echaron fuera demonios, sanaron a los enfermos, caminaron sobre el agua.

La mayor prueba de la divinidad inherente de Cristo no consiste en lo que hizo, sino que es lo que dijo, y lo que su Padre declaró acerca de Él. Ocasionalmente, Jesús habló como Dios, diciendo a quienes lo rodeaban, que era el Mesías, Juan 4:26, y en ciertas instancias especiales, su Padre testificó desde el cielo, reconociéndolo como su Hijo amado, en Mateo 3:17 y Juan 12:28. Pero Cristo vivió como hombre.

Y todo lo que el Padre hizo en Él, es posible que Jesús lo haga en nosotros, a través de una relación de dependencia.

“Cristo, en su vida terrenal, no se trazó planes personales. Aceptó los planes de Dios para Él, y día tras día, el Padre se los revelaba. Así deberíamos nosotros también depender de Dios, para que nuestras vidas, fueran sencillamente el desenvolvimiento de su voluntad. A medida que le encomendemos nuestros caminos, Él dirigirá nuestros pasos”. (MC 380).

Siempre, “el Hijo de Dios se había entregado a la voluntad del Padre, y dependía de su poder. Tan completamente había anonadado Cristo al yo, que no

hacía planes por sí mismo. Aceptaba los planes de Dios para Él, y día tras día, el Padre se los revelaba". (DTG 178 y 179).

Inmediatamente, podemos ver que Jesús provee un poderoso argumento, en favor de establecer una relación de sometimiento al control de Dios. Cuando se hallaba en el lago, y las olas sacudían el bote, Cristo dormía, pero no por saber que era el Amo de la tierra, el mar y el cielo, a pesar de que en esta ocasión, también podría haber usado su propio poder, sino porque confiaba en el poder de su Padre celestial. Por cuanto Jesús había depuesto su poder infinito, **no podía hacer nada por sí mismo**, (Juan 5:19 y 30). La obra, "El Deseado de Todas las Gentes", nos dice que "Jesús confiaba en el poder del Padre, descansaba en la fe, la fe en el amor y cuidado de Dios". (DTG 302 y 303).

"El poder de la divinidad del Salvador estaba escondido. Cristo venció en su naturaleza humana, confiando en Dios para recibir poder. Este es el privilegio de todos nosotros". (5CBA 1108).

Vemos así, que el poder que estaba disponible para Jesús en su manera de vivir también está a nuestro alcance. Notemos las siguientes expresiones de la Escritura. **Jesús no podía hacer nada por sí mismo**, Juan 5:30. Sin Cristo,

nosotros no podemos hacer nada, Juan 15:5. Cristo estaba en el Padre, Juan 14:10. Nosotros podemos estar en Cristo, 2 Corintios 5:17. El Padre estaba en Jesús, Juan 14:10. El propósito de Jesús es estar en nosotros, Colosenses 1:27. Jesús no habló de sí mismo, Juan 14:10. Nosotros no necesitamos hablar por nosotros mismos, Mateo 10:20. El Padre de Jesús moraba en Él, Juan 14:10. Cristo puede morar en nuestros corazones por la fe, Efesios 3:17.

Aun los milagros de Jesús no fueron hechos con su propio poder. “Los milagros de Cristo, en favor de los afligidos y dolientes, fueron realizados por el poder de Dios, mediante el ministerio de los ángeles”. (DTG 117). “Era por la fe y la oración como hacía sus milagros”. (DTG 493).

Aparentemente, Jesús no usó su divinidad inherente, hasta la mañana de la resurrección. La divinidad fulguró, en ciertas ocasiones en que el Padre permitió que el velo de la humanidad se descorriera brevemente. Pero Jesús no la empleó, ni se confió en ella, y fue la divinidad de lo alto, la que cumplió sus milagros.

“Bien”, diremos. “Todo esto es muy interesante, pero ¿Qué tiene que ver con nosotros? Por lo general, no tenemos que caminar sobre el agua, o desaparecer para

escaparnos de una multitud airada". Es verdad. ¿Cómo se aplica esto, a nuestros esfuerzos por vivir la vida cristiana? Sencillamente, así. Es el poder de Dios, en vez de nuestra propia débil fortaleza, lo que enfrenta con éxito las tentaciones del enemigo. Dios pelea nuestras batallas por nosotros.

Si no comprendemos que el mismo poder que Jesús recibía de lo alto, está también disponible para nosotros, la expectativa de vivir como Jesús vivió podría causarnos insomnio por la frustración y la preocupación.

Pero, "Cristo soportó la tentación, usando el mismo poder del cual los seres humanos pueden echar mano. Se aferró del trono de Dios, y no existe el hombre o la mujer, que no puedan tener acceso a la misma ayuda, por medio de la fe en Dios... Los hombres pueden disfrutar de un poder que resiste el mal, un poder tal, que ni la tierra, ni la muerte, ni el infierno pueden vencer, un poder que los colocará en posición de vencer, como Cristo venció. En ellos, pueden combinarse la divinidad y la humanidad". (RH 18 de febrero de 1890).

"El Salvador anhelaba profundamente, que sus discípulos comprendiesen que Dios se manifestó en Él, a fin de que pudiese manifestarse en ellos. Jesús no reveló

cualidades, ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en Él. Su perfecta humanidad, es lo que todos sus seguidores pueden poseer, si quieren vivir sometidos a Dios, como Él vivió". (DTG 619 y 620).

"La misma vida que Cristo vivió en este mundo, la pueden vivir los hombres y mujeres, a través de su poder y bajo su instrucción. En su conflicto con Satanás, pueden tener toda la ayuda que Él tuvo. Pueden ser más que vencedores, a través de Cristo que los amó, y se dio a sí mismo por ellos" (9TPI 22).

Alguien podría objetar: "Jesús nunca pudo haber enfrentado la tentación, como yo debo hacerlo hoy, porque para Él, era natural hacer el bien. Y cuando a los doce años, llegó a la edad de responsabilidad personal, tenía tras sí, un registro perfecto, mientras que yo ya había formado hábitos pecaminosos. ¿Cómo es posible que Él haya sufrido y pasado por conflictos, de la manera como me toca hacerlo a mí?". En este punto, necesitamos comprender la diferencia entre los conductistas, y los relacionistas, en lo que se refiere al estudio de la vida y naturaleza de Cristo.

El conductista, el que todavía piensa que el pecado y la tentación consisten en hacer cosas malas, debe tener un

señor con la misma naturaleza que él tiene, antes de poder descansar o sentirse satisfecho. Y he escuchado a muchos que insisten en esto. Dicen: "Jesús tenía la mismísima naturaleza que yo tengo, pero sin pecado, exenta de tendencias o deseos pecaminosos". ¡Pero esto es imposible! Es asombrosa, la extensión de las manipulaciones mentales que algunos han realizado, tratando de establecer esta paradoja. Pero el conductista necesita hacer esto, él es el que se queda hasta la medianoche, tratando de analizar y disecar la naturaleza humana de Cristo. Él es el que necesita tener un Salvador, que pasa por todo lo que él ha experimentado. De otro modo, pretenderá que Jesús gozaba de una ventaja injusta sobre nosotros, y que no se puede esperar, que en la actualidad, vivamos vidas victoriosas.

Un estudio cuidadoso, demostrará que Jesús poseía la naturaleza humana, en lo que se refiere a las flaquezas físicas tras cuatro mil años de degeneración, incluyendo el vigor mental, y el valor moral. (DTG 92). Jesús no poseía la resistencia física de Adán. Puede que Adán no se hubiera quedado dormido en el fondo del bote, pero Jesús sí. En sí mismo, Cristo no era tan inteligente como Adán, ni poseía tanta fortaleza moral inherente como Adán. Entonces, ¿Qué era lo que Jesús no tenía? Cristo nunca adoptó las

propensiones pecaminosas del hombre. En lo que se refiere al deseo o la tendencia al mal, Jesús poseía la naturaleza absoluta, perfecta, y sin pecado de Adán, antes que este cayera. Algunos teólogos, se enzarzan en interminables debates acerca del tema, porque nunca definen sus términos. Quizá nos ayude la siguiente comparación. De qué modo la humanidad de Cristo era semejante a la de Adán:

Antes de la caída:

Ninguna contaminación de pecado en su naturaleza, esto es, nunca había cedido al pecado en la práctica.

Ningún hábito pecaminoso, ningún impulso hacia el pecado proveniente de errores pasados.

Capaz de ser tentado, capaz de caer.

Tenía la inocencia que proviene de una conciencia limpia.

Nunca había sido tentado a continuar en el pecado.

Por fe había mantenido un contacto ininterrumpido con el Padre (Sometimiento y dependencia).

Después de la caída:

Poseía un organismo debilitado físicamente, haciendo de este modo, que la dependencia fuese más esencial todavía.

Sujeto al cansancio y al hambre.

Separado de la presencia física del Padre.

Rodeado de un ambiente corrupto, que continuamente invitaba a la tentación.

No tan inteligente como Adán.

Sujeto a incesantes tentaciones.

Su fuerza de voluntad era mucho mayor que la de Adán para producir moralidad o justicia exterior.

Nunca debemos definir el pecado y la tentación, primariamente en términos de conducta. El problema no consiste en hacer lo correcto y no hacer lo incorrecto, en cambio, es asunto de relación. ¿Estoy dispuesto a someterme a Dios, y a depender de Él, o insisto en vivir en forma independiente de Dios? Eso es todo. Es lo que comenzó el pecado, en primer lugar con Lucifer en el cielo, y en el Jardín del Edén.

Si eso es cierto, entonces Jesús como mi ejemplo, no necesita ser un Salvador en cuya naturaleza se manifiesten propensiones pecaminosas hacia el mal.

Por cuanto el punto principal de la tentación es vivir confiando en nuestra propia fortaleza, ¿Para quién será mayor la tentación de vivir así? ¿Para el que nunca ha pecado, que tiene un registro perfecto tras él, o para el que ha fallado miserablemente, cayendo muchas veces? ¿Quién siente la mayor tentación de dormirse en sus laureles? ¿El que los posee, o el que no? ¿Y quién siente la mayor tentación a ser independiente, a vivir solo, apartado de Dios? ¿El que tiene poder interior, el que por naturaleza divina podría ser inherentemente autosuficiente, o el que nació inherentemente pecaminoso?

En 1956, mi hermano se obsesionó por los vehículos importados. Estaba tan entusiasmado que me contagió. "Rendimiento excelente, deja atrás cualquier cosa en el camino, suave como un Cadillac", y así sucesivamente. Terminé comprando un Volkswagen, y lo lamenté, hasta que poco a poco, me fui acostumbrando.

No mucho después de haber comprado el Volkswagen, con sus 36 caballos de fuerza, me encontraba frente a un semáforo que estaba por cambiar a verde. De

pronto, uno de esos tipos locales de la escuela secundaria, se paró junto a mí, en su automóvil especialmente preparado, con 400 caballos de fuerza.

Aceleramos nuestros motores, la luz cambió a verde, y nos lanzamos a cruzar la intersección. Para cuando terminé de hacerlo, el otro estaba deteniéndose en el semáforo siguiente. Desde entonces, nunca sentí el deseo de repetir el experimento, porque sabía que perdería. Únicamente cuando nuestro vehículo tiene la potencia necesaria, entonces nos sentimos tentados a usarla.

¿Y cuán lamentable comedia representamos, cuando con nuestro pequeño motor de 36 caballos, continuamente pensamos que lo podemos usar, y depender de él, y continuar presumiendo que Dios aceptará de nosotros el deseo, en lugar de la acción, porque no tenemos tiempo de someternos o rendirnos a Él? No hay tiempo para la comunión, ni para permitir que Dios controle nuestras vidas, y obre en nosotros tanto el querer como el hacer. De este modo, vivimos y actuamos en forma independiente, confiando en nuestro propio motor de 36 caballos, mientras que Jesús, que nació como Dios, vivió su vida entera, sin usar en ningún momento su poder divino personal.

Una vez más, ¿Cuál fue la mayor tentación que Jesús debió arrostrar? No consistía en hacer cosas malas, sino en hacer lo que fuese, es decir, milagros, curaciones y predicación, por medio de su propia capacidad inherente. Y esa es también nuestra mayor debilidad, aquella en la cual caemos, en la cual fracasamos todo el tiempo.

Esta es la razón por la cual, nuestra relación personal con Dios es el comienzo, el fin, el centro, el total, en fin, la base de nuestra vida cristiana. La vida devocional del cristiano individual, tal como lo era para Jesús la suya, es la "clave vital". Es el método por el cual diariamente nos sometemos, nos rendimos y llegamos a estar bajo el control del poder del amor, permitiendo que Dios obre así, el querer como el hacer en nosotros. Según Elena de White, **"la santificación significa una comunión habitual con Dios"**. (RH 15 de marzo de 1906). Si no mantenemos una comunicación personal, individual, con Dios, cada día, no podemos mantenernos en contacto con el amor y el poder que tiene para ofrecernos.

Para Jesús, su mayor poder no le significó ventaja alguna, porque mientras mayor es el poder, más fuerte es la tentación de usarlo. Elena de White comenta, que **"era una tarea difícil para el Príncipe de la Vida, llevar a cabo el**

plan que había emprendido para la salvación del hombre, revistiendo de humanidad su divinidad. En las cortes celestiales, había recibido honor, y estaba familiarizado con el poder absoluto. Era tan difícil que se mantuviera al nivel de la humanidad, como lo es para los hombres elevarse por encima del bajo nivel de sus naturalezas depravadas, y ser participantes de la naturaleza divina". (RH 1 de abril de 1875). Jesús nunca tuvo que experimentar la lucha del pecador, que procura decidir entre convertirse en un cristiano, o continuar en el pecado, pero tuvo que enfrentar otra igualmente difícil. Desde luego, la razón fundamental por la que no gozó de ventajas es porque el asunto se resuelve en términos de relación, y no de conducta.

¿No es maravilloso, el que un ser que es Dios actúe como ser humano? Continuamente, los meros mortales procuran actuar como Dios. Cristo estaba familiarizado con el poder absoluto, y le era por lo menos tan difícil abstenerse de usarlo, como es para nosotros vencer nuestras naturalezas depravadas. ¿Quién puede comprender, lo que significa renunciar al poder absoluto?

¿Existen diferencias entre la vida de Cristo y la nuestra? Sí. Pero ¿Le confirieron alguna ventaja sobre nosotros? No. Entonces, es correcto concluir que Jesús constituye el

mayor ejemplo posible de obediencia por fe, de entrega y sumisión, del uso de la voluntad para colocarse bajo el control del amor.

El aspecto más maravilloso de la vida de Cristo, lo constituyen las cosas que Él no hizo, a pesar de tener el poder de lograrlas. “Mantener velada su gloria, en su calidad de hijo de una raza caída, era la disciplina más severa, a la cual el Príncipe de la vida podía someterse”. (5CBA 1081). “Las seducciones que Cristo resistió... le fueron infligidas en un grado tanto mayor, cuanto más elevado es su carácter que el nuestro”. (DTG 91).

“Cristo podría haberles impartido a los hombres, conocimientos que habrían sobrepasado cualesquiera revelaciones anteriores, y relegado a segundo término, cualquier otro descubrimiento... Pero no quiso desviarse, ni un momento, de la tarea de enseñar el conocimiento de la ciencia de la salvación... Él había venido a buscar lo que se había perdido, y nada lo desviaría de su único objetivo. No permitió que nada lo hiciera cambiar de propósito”. (8TPI 309 y 310).

“Oh”, diremos. “Jesús era diferente. Su tarea especial era buscar y salvar a los perdidos. Por eso, no se dedicó a revelar otras clases de conocimiento”. ¡Pero la misión de

Jesús es también la nuestra! Quizás yo tengo la capacidad de analizar, disecar, teorizar y filosofar, y es posible que sienta que me es necesario demostrar mi capacidad mental. ¿Pero es de veras necesario hacerlo? Si me siento así por la presión de quienes me rodean, ¿Acaso el control de Cristo no me libra de eso? ¿Por qué tendría aun que preocuparme de lo que otros piensen de mi intelecto? Y cuan maravilloso sería, si en todos los departamentos de nuestras instituciones, pudiésemos tener cristianos dedicados y piadosos, que decidieran: "Cualquiera que sea mi posición, me dedicaré exclusivamente a una cosa, a buscar y salvar a los perdidos, y no permitiré que nada desvíe mi mente de ese propósito".

Siempre que se le presentó a Jesús la tentación de divulgar conocimiento, sólo para satisfacer la curiosidad ajena, así como la de disecar y analizar trivialidades, nunca permitió que lo desviasen de su único objetivo.

"Cristo impartió, únicamente, conocimientos que pudiesen ser utilizados. Su instrucción al pueblo estaba confinada a las necesidades de su propia condición en la vida práctica... A los que se mostraban ansiosos de comer del árbol del conocimiento, les ofrecía el fruto del árbol de la vida. Encontraron todas las avenidas cerradas, excepto

el camino angosto que lleva a Dios. Todas las fuentes estaban selladas, excepto por la fuente de la vida eterna". (8TPI 310).

¿Qué sucedería en una universidad, en la cual todos los miembros se comprometieran a luchar por ese blanco? Lo he visto suceder en el caso de algunos, y sé que es posible, ya se trate de biología o física, de historia o filosofía, enfocar todos los poderes de la mente, hacia el conocimiento del plan de la salvación, y su aplicación en las vidas de quienes nos rodean. Me interesa conocer la edad de la materia, pero me interesa mucho más, asegurarme de que cuando Jesús venga, todos nosotros dejemos atrás la materia, y ascendamos con los santos a encontrarnos con Jesús. Y no me interesa tanto el análisis científico de las cenizas de un hombre quemado en la hoguera, como me interesa tener la esperanza de surgir de la tumba, en la resurrección de los justos.

Me siento ansioso de lograr que Cristo, llegue a ser primero en todo lo que hacemos, y quisiera rogar a educadores y profesionales, a padres e hijos, y también a mis colegas predicadores, a todos ustedes, no importa qué sea lo que hacen, ni quiénes sean, ni donde se encuentren,

que le demos a Cristo el primer lugar en nuestras vidas y enseñanza.

¿Cómo mantuvo Jesús su vida de sumisión, al control de su Padre? ¿Cómo permaneció en una relación de constante dependencia de Dios? El libro "La Educación", nos dice que "Jesús recibió sabiduría y poder, durante su vida terrenal, en las horas de oración solitaria" (Ed 252).

"Asaltado diariamente por la tentación, y teniendo que arrostrar la oposición constante de los dirigentes del pueblo, Cristo sabía que necesitaba fortalecer su humanidad por la oración... De este modo, les mostró a sus discípulos dónde radicaba su fortaleza". (Counsels to Parents, Teachers, and Students, página 323).

"De las horas pasadas en comunión con Dios, Él volvía mañana tras mañana, para traer la luz del cielo a los hombres". (PVGGM 105).

Toda nuestra teología relativa a la salvación por la fe apunta a la importancia que tiene nuestro tiempo devocional que pasamos con Dios, nuestra comunicación cotidiana con Él. Y cuando estudiamos la vida de Jesús, podemos ver las cosas por las cuales tuvo que pasar, y de lo que debió despojarse para convertirse en nuestro ejemplo perfecto.

Cuando era niño, me tocó sacar malezas del huerto que había en casa. No sé por qué tuvimos que plantar un huerto tan grande, en nuestro hogar de Modesto, California. Y a mí me tocaba quitarle las malezas. Mi padre, que era predicador, se iba a trabajar en su obra evangelista, y me daba la tarea de limpiar todas las malezas antes que regresara.

Cuando me hallaba trabajando allí, bajo el fuerte sol de Modesto, rodeado de una perenne nube de mosquitos, la experiencia me convencía, sin dificultad, de la verdad que encierra la declaración que Jesús hizo, acerca de las malezas: **“Un enemigo ha hecho esto”**. (Mateo 13:28).

Pero la tarea dejaba de parecerme agotadora, cuando mi padre estaba en casa, y me ayudaba a realizarla. Desde entonces, me he cobrado de lo que me hacía mi padre, mandando a mis propios hijos a desmalezar nuestro jardín. Pero he visto cómo se iluminan sus ojos, y cuán felices se ponen, cuando me uno a ellos en realizar la tarea. En vez de dejarme solo en este mundo lleno de malezas, condenado a arrancarlas sin esperanza, Jesús hizo un largo viaje, no solo para morir por mí, sino también para mostrarme cómo se arrancan las malezas, encargándose Él

mismo de quitarlas en mi lugar, e impedirles que vuelvan a crecer, colocando mi confianza en su poder divino.

CAPÍTULO 7: ¿CÓMO VENCER LA TENTACIÓN?

A menudo, cuando he procurado explicar cuál es el uso correcto de la voluntad, en la vida del cristiano, se me ha dirigido la siguiente pregunta. “Comprendo que no debo luchar contra mis propios problemas, y que en teoría, si me entrego a Jesús, entonces puedo ganar la victoria sobre el pecado. Pero ¿Qué hago si una tentación me asalta, aun después de haberle dedicado tiempo a Dios en la mañana?”. Y no te creas que esta inquietud, está confinada a los niños y a los adolescentes. He conocido muchas abuelitas de cabello blanco, y otras personas de diversas edades, que admiten que dicho sentimiento es todavía pertinente en sus vidas.

¿Cuál es la legítima función de la voluntad, en la lucha contra los pecados, los problemas y la tentación? En primer lugar, permítaseme recordar, que si nosotros mismos procuramos vencer las tentaciones, apartados de Dios, no lograremos nada. Si procuramos vencerlas usando nuestras propias técnicas, métodos o artimañas, perderemos la batalla. Además, antes de que llegemos a comprender el uso correcto de la voluntad, la cantidad de

fuerza de voluntad de que dispongamos, o de que carezcamos, probablemente influirá sobre nuestra elección del método que usaremos, para enfrentar la tentación. En verdad, el tema de cómo enfrentar las tentaciones, es un mosaico, una amalgama de todas las facetas de la salvación por la fe, exclusivamente en Cristo. Es la aplicación personal, de la teoría del uso correcto de la voluntad, en las crisis individuales.

Ahora bien, yo no creo que el mero acto de orar cuando vienen las tentaciones me dará la victoria sobre ellas. Lo he probado, y no resulta. Tampoco dan resultado los versículos bíblicos o cantar himnos. Sin embargo, siempre hay quien sugiere estos métodos, y algunos los prueban. Lo único que logran, es verse sumidos en la frustración y el desánimo, que producen el fracaso y la derrota. ¿Por qué? Porque están peleando la batalla en el lugar equivocado, donde no está el enemigo.

Al comenzar nuestro estudio de este tema, quisiera recordarte, que el pecado no se halla confinado a nuestra conducta, es decir, a nuestras acciones malas. Según **Romanos 14:23**, **“todo lo que no proviene de fe, es pecado”**. Por esta razón, el mayor de todos los pecados, es decir, el que causa los otros, y el punto central en lo

referente a la tentación, es hacer cualquier cosa, buena o mala, al margen de nuestra relación de fe con Cristo. Una vez que nos ponemos a vivir apartados de Él, abandonando nuestra dependencia de Él, en nuestra vida surge, inmediatamente como resultado, el pecado, las malas acciones. Si bien mi problema parece consistir en los pecados, mi verdadera dificultad se arraiga en un interrogante fundamental. ¿Estoy viviendo una vida de fe, o procuro vivir confiando en mi propia fuerza? La Sagrada Escritura, sin embargo, nos anima a buscar la victoria total, al revelarnos que Jesús comprende nuestros problemas, y nuestras luchas.

“Por tanto, teniendo un gran Sumo Sacerdote, que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos entonces, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro”. (Hebreos 4:14-16)

Este pasaje, declara que tenemos un gran Sumo Sacerdote en el cielo, una Persona verdadera, en forma humana. ¿En qué se ocupa? En recordar cómo es el tener

que vivir en nuestro mundo de pecado, y lo que significa compadecerse de nuestras debilidades. A su paso por este mundo, fue tentado tal como lo somos nosotros hoy. Claro que no tuvo necesidad de resistir la tentación, de mirar televisión a altas horas de la noche. Pero cuando la Biblia dice que Jesús fue tentado “en todo”, no se refiere a cada pequeño detalle de las tentaciones que nos persiguen hoy. Hay cierta evolución, en términos de los pecados y las tentaciones, y de las cosas que claman por nuestra atención, en diferentes épocas. La persona que procura determinar, de qué modo o en qué sentido, Jesús podría haber resistido todas las tentaciones que debemos sufrir hoy, en cada uno de sus rasgos, está simplemente yendo demasiado lejos. Basta con saber que nuestro Salvador, fue tentado en la plena medida en que nosotros somos tentados, y aun mucho más allá de lo que jamás nos tocará experimentar.

La clave que nos permite comprender, cómo usar debidamente la voluntad para resistir la tentación, aparece en Hebreos 4:16. Antes de avanzar en esa dirección, notemos lo que Jesús dijo a sus discípulos en cuanto a la tentación, en el Getsemaní, momentos antes de que lo arrestaran para juzgarlo. Los discípulos tenían dificultad para mantenerse despiertos. Jesús les dijo: **“Oren para que**

no entren en tentación... ¿Por qué duermen? Levántense, y oren, para que no entren en tentación". (Lucas 22:40-46). Notemos el orden de los factores. Hay que orar ahora, antes que la tentación venga más tarde.

Mateo describe la misma escena, en palabras ligeramente distintas. "Velen y oren, para que no entren en tentación, el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil". (Mateo 26:41). Algunos dirán: "¡Este es el secreto! Debo vigilar para ver venir la tentación, y a la primera señal de peligro, oraré y ganaré la victoria". No creo que ésa sea la actitud correcta. El orden debido es orar, antes que la tentación se asome siquiera al horizonte.

¿Qué quería decir Jesús en realidad? "Velen y oren", ahora, "para que no entren en tentación", más tarde. Debemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia, ahora, para obtener ayuda para cuando nos encontremos en necesidad, más adelante. Creo, que una razón por la cual somos derrotados, en nuestros intentos de vivir la vida cristiana, es que frente a una crisis, procuramos usar una reserva de poder que simplemente no poseemos.

Nos olvidamos de que no se escriben cheques si no se tienen suficientes fondos en el banco para cubrirlos. Si a

pesar de no tener dinero en nuestra cuenta, giramos de todos modos un cheque, éste será rechazado.

La Biblia describe la manera como debemos enfrentar la tentación. **“Sabe el Señor librar de tentación, a los piadosos”.** (2 Pedro 2:9). Pero para que nos pueda librar, debemos contarnos primero entre los piadosos. Permíteme recordarte, que ser piadoso implica algo más que ser miembro de la iglesia. A estas alturas, debiéramos tener esto claro. Judas era un miembro de la iglesia, de hecho, era el tesorero. Ananías y Safira eran miembros. La piedad, va más allá de la moralidad externa momentánea. Necesariamente, abarca más que el mero pago de los diezmos, y la obediencia estricta a la reforma pro-salud. No es posible ser piadoso, si no se conoce a Dios y se comparte cada día su piedad.

¿Estará bien decir, que el Señor no puede librar de tentación a los impíos? ¿Por qué? Hay quienes dicen que Dios puede hacer cualquier cosa, pero yo no lo creo. Dios no puede cambiar mi vida, a menos que yo responda a su llamado. En lo que a eso se refiere, su poder es decididamente limitado.

Recordemos que Dios, nunca nos impone su presencia o su poder. Somos nosotros los que debemos colocarnos

bajo el control de su amor. Y si no decidimos confiar en Dios, no puede ayudarnos a resistir la tentación.

Tan sólo una vez que le hemos permitido enseñarnos la experiencia de ser espirituales, en vez de simplemente religiosos, entonces nos puede librar de las tentaciones. El gran Dios que controla el sol, la luna, las estrellas, y todos los planetas, y los mantiene sin que se choquen entre sí, el Dios que puede enviar a nuestro mundo, en su viaje anual alrededor del sol, sin que su ritmo varíe ni siquiera una fracción de segundo, el Dios que puede colgar un planeta en el vacío, ese mismo Dios, no puede hacer nada por transformar mi vida, si yo no se lo permito.

A menudo, en nuestro estudio de la Biblia, encontramos promesas cuyo cumplimiento pareciéramos poder reclamar, sin tomar en cuenta las condiciones que gobiernan su cumplimiento. **Uno de esos pasajes es el de 1 Corintios 10:13. "No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana, pero fiel es Dios, que no los dejará ser tentados, más de lo que pueden resistir, sino que dará también juntamente con la tentación, la salida, para que puedan soportar"**. Aquí, Pablo se dirige a cristianos piadosos. Bueno, es posible que haya mostrado una benevolencia un poquito exagerada, para con los

creyentes de la iglesia de Corinto. Da por sentado, que sus lectores sabían lo que significaba ser espiritual, ser piadoso, y mantener una relación de fe, a pesar de ser evidente que algunos de los corintios no lo sabían. No creo que la promesa, se pueda aplicar a un individuo que vive apartado de una relación tal. En sus relaciones con los seres humanos, Dios debe trabajar dentro del marco de una relación personal.

Hay dos puntos que debemos recordar siempre. Primero, el punto básico del pecado y la tentación implica dependencia de nosotros mismos. Segundo, si estoy dependiendo de mí mismo, terminaré recurriendo a ciertos artificios y maniobras, para librarme de la crisis de tentación en la cual me encuentre, y aun si logro mi propósito, la victoria es únicamente externa. El plan que Dios tiene para nosotros consiste en resistir la dificultad básica del pecado y la tentación, peleando la batalla de la fe, es decir, aprendiendo qué significa depender de Dios. Entonces, cuando vienen las tentaciones, Dios se encarga de ellas, en vez de hacerlo nosotros.

El problema es, sin embargo, que la persona que es capaz de dominar exteriormente las tentaciones, sin mantener una relación de dependencia con Dios, sólo se

está engañando a sí misma. Pero recordemos que el pecado y la tentación, son más poderosos que la fuerza de voluntad más firme, y que si creo que tengo suficiente fortaleza para vencer la tentación por mí mismo, estoy simplemente engañándome a mí mismo. Lo único que puedo lograr por mi cuenta, es parecer victorioso por fuera. Pero en mi interior, ya he perdido la batalla. La verdadera victoria siempre se obtiene interiormente, antes que la crisis me alcance. No viene en el momento de la crisis.

“Bueno”, dice alguien. “Jesús citaba la Escritura, y así era como triunfaba sobre el diablo”. No, no era así como Cristo lograba la victoria. Pero es cierto que citaba la Escritura. Es interesante leer la descripción de la tentación en el desierto. **“Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo”.** (Mateo 4:1).

Y eso nos puede animar, cuando sentimos que vamos por un camino semejante. Nos ayudan también las palabras que leemos más adelante, en el mismo capítulo. **“El diablo entonces le dejó”.** (Mateo 4:11). Me alegro de que a ratos, el diablo me deje tranquilo. Lástima que justo cuando empiezo a gozar de mi tranquilidad, vuelve a presentarse. Pero es cierto que el diablo tiene suficiente

sentido común, como para darse cuenta de que no puede mantener un bombardeo constante. Si lo hace, perderá terreno.

Como decíamos, Jesús citó la Escritura: "Escrito está...". Hemos usado este incidente, para apoyar la idea de que con el fin de salir de una dificultad, debemos aprendernos pasajes bíblicos de memoria. Pero ¿Acaso Jesús dependió de citas bíblicas para obtener la victoria? ¡No!

¿Nos hemos hallado, alguna vez, en una situación en la cual hemos debido enfrentar alguna tentación, sintiendo que si citábamos un texto bíblico, nos ayudaría a resistir, pero luego hemos decidido no hacerlo, porque en ese momento no teníamos deseos de recibir ayuda? Sabemos que si oramos, podríamos recibir fortaleza para resistir, de modo que guardamos la oración para más tarde, para cuando pidamos perdón. Como es natural, tememos que Dios logre impedirnos llevar a cabo nuestros propósitos. Y conste que digo esto por experiencia personal.

Además, hay una clase de tentación, en la cual no tenemos tiempo de orar, ni de citar versículos. Algunas tentaciones requieren planeamiento cuidadoso, pensamiento y premeditación de nuestra parte. Constituyen la versión amplia de la tentación. Pero la

versión abreviada, es más rápida. Tú me golpeas el rostro, yo te devuelvo inmediatamente el golpe. No hay tiempo para citar versículos bíblicos, no hay tiempo para orar, ni para cantar himnos. Y si alguna vez vamos a obtener ayuda, para enfrentar las versiones abreviadas y fulminantes de la tentación, deberemos tener una reserva disponible en el banco espiritual, antes de que alguien nos propine un puñetazo.

¿Por qué citó Jesús las Escrituras? Porque ya conocía su uso desde mucho antes, lo había aprendido sobre sus rodillas en oración secreta, y sabía en qué consistía experimentar en su vida, el poder de Dios. El acto de citar la Escritura vino como una respuesta espontánea ante la crisis del momento. Para obtener la victoria, Jesús no dependió de la repetición de fórmulas mágicas. En vez de ello, para obtener el triunfo, confiaba en la presencia interior permanente de Dios, la cual resultaba de su comunión personal y cotidiana con el Padre. Frente a la tentación, un individuo puede orar, si está en contacto con el Padre, y puede citar la Escritura, así como puede cantar, pero eso no es lo que le da el poder para triunfar.

Es cierto que Jesús nos mandó velar y orar. Pero al hacerlo, no se refería primariamente al acto de velar, es

decir, a vigilar contra diversas tentaciones, en cuanto a puntos específicos. Más bien, **debemos mantenernos en guardia**, para impedir que nada nos separe, o nos aleje de Dios, de la dependencia y la relación diaria con Él. (Véase “El Camino a Cristo”, página 72).

Notemos qué parte necesitamos hacer nosotros, y cual hará Jesús por nosotros. “Cristo cambia el corazón, y habita en el tuyo por la fe. Debes mantener esta comunión con Cristo por la fe, y la sumisión continua de tú voluntad a Él. Mientras lo hagas, Él obrara en ti, para que quieras y hagas conforme a su beneplácito... De modo que si Cristo obra en ti, manifestarás el mismo espíritu, y harás las mismas obras que Él, es decir, obras de justicia y obediencia”. (CC 63).

Si fuésemos a leer Hebreos 4:16, de modo que concordara con la forma en que tantas veces hemos procurado resistir la tentación por nosotros mismos, diría: “Acerquémonos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, cuando necesitemos recibir oportuno socorro, para alcanzar misericordia”. Pero ¿Es eso lo que dice? No. Lo que dice es: “Acerquémonos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Nos hemos referido a un banco, del cual podemos retirar reservas de poder. Las incalculables riquezas de la gracia de Dios, y la gracia de nuestro Señor Jesucristo, hacen que el más rico multimillonario de este mundo parezca un mendigo. Si conocemos lo que significa mantenerse en contacto con el gran Banquero celestial, entonces cuando viene la crisis, el poder está disponible para nosotros. El Espíritu de Dios levantará bandera contra el enemigo. (Isaías 59:19).

Quizá alguien protestará diciendo: "Entonces, lo que estás diciendo, es que Dios puede librar de tentación únicamente a los piadosos". Sí, así es. "¿Quiere decir que si caigo en tentación, es porque no soy piadoso?" En cierto sentido, así es. En ese momento, no estabas confiando en Dios. El Señor sabe cómo librarnos de tentaciones, en las ocasiones en que confiamos en Él, antes que en nosotros mismos, aun durante el proceso de aprender qué significa confiar en Él, o ser "piadoso" constantemente. El solo hecho de caer en cierta tentación, no quiere decir que ya no pertenecemos a Dios. Lo que sí indica, es que en cierto sentido, debido a mi inmadurez, no confié en su fortaleza, sino en mí mismo, y en mis propias maniobras, para superar la crisis. Sin embargo, si continué buscándolo, a pesar de mis fracasos en mi lucha contra la tentación, Él me

sostendrá y guiará, hasta que logre el triunfo completo y definitivo.

Este es el significado del pasaje de 1 Juan 3:6, que dice: **“Todo aquel que permanece en Él, no peca, todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”**. He oído a algunos decir, que esto significa que no pecaremos habitualmente.

¿Cuál es el verdadero significado de 1 Juan 3:6? En lo que se refiere al pecado, ¿Cuál es el problema central? Es no permanecer en Dios. Así entonces, si permanezco en Él, no peco. El versículo 9 del mismo capítulo, dice: **“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en Él, y no puede pecar, porque es nacido de Dios”** (1 Juan 3:9). ¿Cuál es la semilla? Jesús, la Palabra de Dios. Si he nacido de nuevo, ya no deseo vivir aferrado a mi propia independencia. Deseo ser hallado digno de permanecer en Cristo, y estar bajo el control de su amor. En esto consiste el problema básico del pecado, y de cualquier tentación, esto es, en hacer cualquier cosa, por motivos ajenos a mi dependencia de Dios.

Recordemos, que nunca fue la voluntad de Dios, que nos sintiéramos obsesionados por nuestros pecados,

nuestros errores, o nuestros problemas. ¿Nos ha sucedido alguna vez, que ponemos tanto empeño en dormirnos por la noche, que terminamos desvelándonos? Es posible luchar con tanta vehemencia contra el diablo, que uno termina pareciéndose más a él. Dios tiene un plan mejor. Consiste en enseñarnos a fijar nuestra vista en Él, y conocerlo en una relación de amor, y dependencia personal y cotidiana.

“Durante mucho tiempo, procuré ganar la victoria sobre el pecado”, escribió W. W. Prescott, “pero fracasé completamente. Desde entonces, he llegado a comprender la razón. En lugar de hacer la parte que Dios esperaba que yo hiciera, la cual puedo hacer, y que Él no puede realizar por mí, me hallé procurando hacer la parte de Dios, la cual Él nunca esperó que yo hiciera, y que, a la verdad, no me es posible llevar a cabo, la cual, además, Él prometió realizar por mí. Primariamente, mi parte no consiste en ganar la victoria, sino en recibir la victoria, que ya fue ganada en mi nombre por Jesucristo”.

Pero el lector se preguntará, “¿No se refiere la Biblia a soldados, a una guerra y una lucha?”. Sí, es muy cierto. “¿Y no se nos dice que debemos esforzarnos por entrar?”. Seguro que sí. “Y entonces, ¿En qué quedamos?”.

Quedamos en que necesitamos estar seguros, de que sabemos en procura de qué luchamos, y nos esforzamos.

“Cristo, en su encarnación, peleó la batalla de la vida, y venció. En su calidad de representante personal mío, Él ganó esta victoria por mí, por lo cual me dice “Ten ánimo. Yo he vencido al mundo”. Por lo tanto, yo puedo decir con profunda gratitud, “Gracias sean dadas a Dios, que nos ha dado la victoria, por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Mi dificultad se debía, a que no le di importancia al hecho, de que la victoria es un don, algo ya logrado, y listo para serle concedido a todo aquel que se dispone a recibirlo. Yo asumí la responsabilidad, de tratar de obtener lo que Jesús ya había ganado para mí. Esto me llevó al fracaso”.

“Esta victoria es inseparable de la persona de Cristo, y cuando aprendí como recibir a Cristo como mi victoria, a través de la unión con Él, comencé a gozar de una nueva experiencia. No quiero decir con esto, que no haya tenido más conflictos, y que ya no he vuelto a cometer errores. Todo lo contrario. Pero los conflictos me han sobrevenido, cuando me he visto sometido a influencias, que me han inducido a perder mi confianza en Cristo como mi Salvador personal, y a separarme de Él. Mis errores los he cometido, cuando he permitido que algo se interponga entre

nosotros, y me impida contemplar con los ojos de la fe, su bendita faz. Cuando fijo la mirada en el enemigo, o en las dificultades, o en mí mismo y mis fracasos pasados, me desanimo y dejo de recibir la victoria. Por lo tanto, mi lema es 'Mirando a Jesús'".

"La lucha en que debo empeñarme, es "la buena batalla de la fe", pero las armas de esta guerra no son las de la carne. No creo en mí mismo, por lo tanto, no tengo confianza alguna en mi propio poder para vencer el mal. Escucho su voz, la de Jesús, que me dice: "Mi poder se perfecciona en la debilidad", por lo cual entrego mi ser entero, para que esté bajo su control, permitiéndole que obre en mí, "tanto el querer como el hacer" ... Cristo no me decepciona. Al vivir en mí, su vida victoriosa, me concede la victoria". (La victoria en Cristo, páginas 25-27).

Deseo apelarte, para que aprendas qué significa acercarse a Dios antes que venga la presión, antes que se levante la crisis, cuando el diablo no está poniéndonos enfrente una tentación. **Eso es lo que hizo Jesús, sin falta pasó las horas tempranas y quietas de la mañana con Dios, buscando fortaleza para enfrentar el día. (Véase PVGM 105).**

CAPÍTULO 8: UNA COSA ES NECESARIA

“Y aconteció, que yendo ellos, entró Él en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Y ésta, tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se distraía en muchos servicios, y vino a Él, diciendo: Señor, ¿No tienes cuidado que mi hermana me deja servir sola? Dile entonces, que me ayude. Y respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, estás afanada y turbada con muchas cosas. Pero una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”. (Lucas 10:38-42)

¿Cuál era la parte vital que María había escogido? ¿Necesitamos nosotros hoy, eso mismo? Procuremos percibir una aplicación espiritual contemporánea del Evangelio, algo más de lo que sucedió hace casi dos mil años, algo que trasciende el ruido de las ollas y sartenes en la cocina. ¿Cuál era la lección espiritual que Jesús deseaba enseñarle a Marta? María se sentó a los pies de Jesús. Marta no lo hizo. María prefirió ante todo escuchar a Jesús. Las tareas seculares agobiaban a Marta.

Alguien dirá: “María era el tipo espiritual de persona. Sin duda, a ella por naturaleza le interesaba más la religión

que a Marta". ¿Es eso verdad? Volvamos al comienzo de la historia. Si unimos todos los fragmentos y partes de la vida de María, Marta, Lázaro y Simón, hallados en "El Deseado de Todas las Gentes", y en los Evangelios, como lo hizo el pastor Guillermo Fagal, en cierta ocasión durante un congreso, formamos una historia, que es mejor que cualquier novela que jamás se haya escrito, porque contiene intriga y drama, y sin embargo, no termina en un callejón sin salida.

Las dos jóvenes, María y Marta, vivían con su hermano Lázaro, en el pueblo de Betania. Evidentemente, dependían de él, para su sostenimiento como familia. Sus padres, sin duda habían muerto, o se habían ido. Las dos muchachas eran bien conocidas, pero una de ellas, María, era más gregaria, y probablemente más atractiva que la otra. Era muy sociable y amigable con todos. Todos querían a María. Y cada vez que tenían un evento social en la iglesia, un picnic, o hasta un banquete, siempre la invitaban.

Por su parte, Marta tenía una personalidad menos artística. María era, probablemente, una de esas personas que necesitaban que las cosas anduvieran tal como ella deseaba, para poder sentirse bien, pero Marta, era

consecuente, siempre constante, trabajadora y de confianza. Probablemente, no era tan hermosa como María, pero era muy buena cocinera. Le encantaba pasar su tiempo en la cocina, probando nuevas recetas. Y sin duda, hasta debe haberle enseñado a María, algunas de las cosas que ésta llegó a saber. Marta era una buena chica. Nunca hizo nada malo. Probablemente, su mayor pecado debe haber sido morderse las uñas cuando la batidora no funcionaba. Era una persona religiosa, como la mayoría de los habitantes de Betania. Asistía fielmente a los servicios de la sinagoga, mientras que María se quedaba en casa si no sentía deseos de asistir. Marta era religiosa, pero no espiritual.

Un fariseo del pueblo, llamado Simón, que era uno de los dirigentes de la iglesia, frecuentaba la sinagoga. Y aquí la cosa se complica, ya que Simón, comenzó a mirar a María con mucho interés durante uno de los picnics, y decidió conocerla mejor. Nunca debería haber comenzado a recorrer ese camino, pero decidió seguir adelante. Evidentemente, al principio María no sospechó nada, ya que ella era amigable con todos, y todos la querían. Poco a poco las cosas avanzaron, hasta que llegó el día en que Simón, el dirigente de la iglesia, hizo caer a María en pecado.

Ahora bien, cuando un dirigente de la iglesia hace algo así, la persona agraviada, por lo general, le dice al resto de la congregación que se guarden su religión, y no vuelvan a molestarla. Y hay muchos que han dejado la iglesia por razones menores que ésta. A pesar de eso, Simón evidentemente logró ejercer suficiente presión psicológica o influencia, como para obligar a María a que no dijera nada de esas relaciones ilícitas. Y él terminó libre de culpa a los ojos de la sociedad, mientras que la experiencia se ahondaba dentro de María, la cual, con su personalidad y conociendo su pasado, llegó al punto en que ya no pudo resistir.

Una de las trampas de Satanás es usar nuestras culpas, como armas para hacernos caer en cosas peores. Probablemente, María creía que era la voluntad de Dios que fuera castigada por sus pecados. Y por supuesto, la mejor forma de castigarse por algún pecado secreto es volviéndolo a hacer, porque cuando el sentido de culpabilidad aumenta, uno se siente peor.

Creyendo que Dios desea que suframos por el primer pecado, lo repetimos vez tras vez. Esta es una forma conveniente de castigo propio, y es algo que muchos de nosotros hemos usado. El diablo se aprovecha de nuestra

culpa y de nuestro conocimiento de la ley, y si se lo permitimos, nos lanza al pecado de tal modo, que nos deja una sola alternativa, esta es, saltar del puente, y cuando nos disponemos a hacerlo, allí está incitándonos a saltar.

Pronto, se empezó a comentar por todo el pueblo, que María se estaba volviendo una mujer fácil. Las mujeres hablaban en esta forma de ella: “¿Has oído lo de María? ¡Ten cuidado! No dejes que tus muchachos se relacionen con ella”. Finalmente, las cosas se pusieron tan mal, que María decidió irse. Viajó colina abajo hacia la aldea de Magdala, por lo que con el tiempo, se la conoció como María Magdalena.

Sin duda, al principio trató de conseguir un trabajo decente. La puedo ver caminando por las calles, visitando las agencias locales de trabajo. La lavandería no la necesitaba, ni el mercadito de la esquina. Los supermercados no tenían vacantes. Quizás hasta preguntó en los restaurantes, con la esperanza de poner en práctica algo de lo que Marta le había enseñado, pero tampoco allí necesitaban ayuda. María empezó a sentir hambre.

Un día, una idea le surgió en la mente. “Bueno, después de todo, ya estoy metida en el asunto. ¿Qué más

da, que siga consiguiendo dinero en forma fácil? Cuando ya tenga suficiente, dejaré de hacerlo”.

A la larga, las cosas no eran muy fáciles, pero encontró gente que estaba dispuesta a pagar su precio, y hasta disfrutó de cierto grado de aceptación y amistad. Esa vida continuó por un tiempo, hasta que María hubo acumulado una considerable suma de dinero. Pero en esos días, no era seguro tener mucho dinero en efectivo, ya que no había bancos donde guardarlo. Por lo regular, la gente enterraba sus tesoros en los campos, o en sus patios. María no tenía donde enterrarlo en su departamento, y le preocupaba la posibilidad de perderlo. Cuando andaba padeciendo hambre, pensaba que sus problemas terminarían en cuanto tuviera suficiente dinero, pero ahora que había acumulado alguna riqueza, se hallaba constantemente preocupada, por el temor de perder lo que poseía. Eso sucede cuando creemos que las cosas materiales nos ofrecen seguridad. Con razón, Jesús nos aconseja que busquemos los valores eternos.

Cierto día, María vio una caravana de camellos que se dirigían al pueblo, cargados de costosos perfumes y aceites. “¿Por qué no invertir mi dinero, en perfume valioso?”, pensó. Quizás, sería más seguro guardarlo en esa

forma. De modo que con una gran cantidad de dinero, compró uno de los artículos más caros, una caja de alabastro con perfume de nardo, la cual se llevó a su departamento, y guardó en su cofre.

Pasaron los días. Ganaba más dinero, comía bien, y tenía "amigos", pero le faltaba la paz mental. He hablado con muchas personas que han estado tratando de vivir vidas desordenadas, solo para descubrir, que tal como todos les habían dicho, tarde o temprano las cosas resultan mal.

María no era feliz. Por cuanto nadie la respetaba, el concepto que tenía de sí misma, no podía haber sido peor. Los dirigentes religiosos la condenaban, y no podía librarse del sentimiento de culpabilidad que la torturaba, y le causaba insomnio por las noches.

Un buen día, cierto predicador itinerante llegó al pueblo. Millares de personas salieron a escucharlo, porque habían oído que hacía grandes milagros. María se encontró en la periferia de la multitud, escuchando palabras extrañamente conmovedoras. "Vengan a mí, todos los que están cansados y afligidos, que yo los haré descansar", "al que a mí viene, no le echo fuera".

La pobre mujer no podía creer lo que oía, porque los dirigentes religiosos, aceptaban solo a los buenos, a los que asistían a la iglesia y tenían normas elevadas, no a los pecadores, las prostitutas, y los ladrones. De hecho, había oído que este predicador ambulante, había tenido problemas con las autoridades de la iglesia, porque se relacionaba con los pecadores, los ladrones, los cobradores, y los usureros. Pero Él, los aceptaba tal como eran. Esto era algo que María no podía resistir. Sin poder creerlo, se abrió paso entre la multitud, para presenciar el servicio al aire libre, y allí mismo, bajo el ancho cielo, entregó su corazón a Jesús, y le contó sus cargas. ¿Recordamos la misión de Jesús, es decir, sanar a los quebrantados de corazón, y librar a los cautivos? Jesús se arrodilló y oró por ella, buscando la presencia de su Padre, en su favor. Y María fue convertida en ese mismo momento. Su carga de pecado y culpa se desvaneció.

Muchas personas tienen la idea de que la conversión es un cambio de vida inmediato, completo, absoluto y final, es decir, que desde entonces en adelante, no se experimentarán más problemas. Pero cuando los problemas se levantan, entonces la persona cree que su conversión no fue genuina. Pero recordemos, que la conversión es una obra sobrenatural del Espíritu Santo en

el corazón humano, la cual produce un cambio de actitud hacia Dios. En vez de ser sus enemigos, ahora somos sus amigos. La conversión crea en la persona, una nueva capacidad para conocer y amar a Dios. Es el punto en el cual cambiamos de posición o de orientación, pero es sólo el comienzo. Y se nos dice que necesitamos ser convertidos, cada día, y no una sola vez para siempre. La conversión también es un don del Espíritu Santo. Nadie puede elaborarla por sí mismo.

Muchos han fracasado en su empeño de conocer y amar a Dios, porque les faltaba la capacidad, que proviene de la experiencia inicial del nuevo nacimiento, dado por Dios.

Por primera vez en su vida, María vio el verdadero carácter de Dios, el amor que se revelaba en Jesús, y se dio cuenta, de que ya no necesitaba seguirse castigando a sí misma. Ya no necesitaba huir de un Dios al cual temía.

Me gustaría decir que el relato se termina aquí, y que María siguió viviendo muy feliz. Pero la verdad es que María fracasó, sin duda poco después que Jesús se fue de allí. Algunos dirían que apostató, pero no estoy seguro de que haya sido así.

Cuando después del bautismo, perdimos la paciencia, ¿Decidimos que por eso éramos apostatas? “Bueno, es que perder la paciencia no es la misma cosa!”. ¿Qué no lo es? María resbaló. Fracasó. Pero por alguna razón no puedo llamarla una apóstata, porque en ella se había operado ese cambio de actitud hacia Dios, y su capacidad para conocer a su Salvador, todavía permanecía en su corazón.

La siguiente vez que Jesús visitó la ciudad, María le contó sus problemas. Nuevamente, Jesús se arrodilló para rogar por ella, y una vez más, echó de ella los demonios. Jesús siguió su camino, pero María permaneció allí.

Cuando Jesús no estaba en el pueblo, a María le costaba preservar la paz que había encontrado al escuchar las palabras del Salvador, y al gozar de su compañía. Quisiera poder decir que después que Jesús la sanó por segunda vez, María vivió feliz para siempre, pero el hecho es que cayó en repetidas ocasiones. La Biblia registra, por lo menos, siete ocasiones en que Jesús debió echar fuera de ella los demonios. Pero el Salvador siempre la aceptaba, y su actitud de aceptación amorosa, quebrantaba nuevamente su corazón. Siempre que Jesús pasaba por la ciudad, María acudía para escuchar sus palabras, y para hablar con Él.

Finalmente, cierto día, esta mujer aprendió el secreto de la salvación por la fe. Era la experiencia que su compañía producía. El acto de sentarse a sus pies, aunque no estuviese en la ciudad.

Cuando María aprendió eso, comenzó a buscar comunión diaria con el Padre, cultivando por medio de la oración, una relación creciente con Él. Las cosas comenzaron a mejorar. ¿Por qué? Porque cuando Jesús entra, echa fuera el pecado. No hay razón de procurar hacerlo nosotros. Sucede sólo cuando Jesús entra, porque entonces, su poder se sobrepone a nuestras debilidades. Es por esa razón, que Jesús acepta a la gente tal como es. Sólo Él, puede hacer los cambios.

Por demasiado tiempo, se nos ha estado diciendo que debemos luchar contra nuestros pecados. ¿Recordamos el principio que dice: "Por la contemplación somos transformados"? ¿Qué es lo que debemos contemplar? ¿Nuestros pecados? Si fijamos nuestra vista en ellos, nos vamos a parecer más y más a ellos, pero si contemplamos a Cristo, lo reflejaremos a Él, y nuestros pecados, finalmente desaparecerán. María aprendió, que en vez de preocuparse de sus pecados y fracasos, debía concentrarse en el amor de Dios. De hecho, las cosas mejoraron tanto

en la vida de María, que comenzó a cultivar, nuevamente, la esperanza de poder volver a su hogar. Quizás ahora la aceptarían nuevamente en Betania. Tenía muchos deseos de volver a ver a Marta y Lázaro. Empaquetó sus cosas, incluyendo el cofre que contenía el perfume valioso, y se dirigió montaña arriba hacia Betania.

Su corazón comenzó a latir más rápido, cuando empezó a reconocer los rasgos familiares del paisaje. Pero cerca de los muros de la ciudad, comenzó a escuchar un triste lamento, común en esos días.

En la época de Cristo, había muchos leprosos, los cuales debían anunciar su calamidad, de modo que no pusieran a otros, en peligro de contagio. Siempre que se acercaba un caminante, debían gritar: “¡Inmundo! ¡Inmundo!”. La sociedad judía, requería que todos los leprosos, se mantuvieran fuera de los muros de la ciudad, no importa si se trataba de algún magistrado de la ciudad, o un dirigente de la iglesia, de un pobre, o un mendigo desconocido. También los borraban de la iglesia, porque consideraban que los leprosos eran víctimas del castigo divino. Por eso, los leprosos debían pasar el resto de sus días, sentados junto al camino, vestidos de harapos, mendigando por un bocado o una moneda, hasta que la

descomposición les produjera la muerte. María conocía esos gritos. Estremecida, continuó su camino. Pero a medida que se acercaba a la puerta de la ciudad, creyó distinguir en los lamentos, un tono o inflexión familiar. Miró al leproso, y lo reconoció. Era Simón, el miserable dirigente de la iglesia que la había conducido al pecado. María se ajustó más su manto, y se apresuró a entrar a Betania. Al ver que se acercaba a su hogar, procuró recobrar la calma. La reunión entre María, Marta y Lázaro fue muy conmovedora. Pero los habitantes de la ciudad eran la misma clase de individuos, que estaban allí antes que ella se fuera. Algunos dijeron: "¡Qué bueno! María ha vuelto". Pero fue mayor el número de los que dijeron: "¡Cuidado con María! Es una mujer de la calle".

- ¡Pero ha cambiado! Dicen que se encontró con Jesús.
- Ese cambio no ha de durar. Cuidado con ella.

Era difícil vivir con esa reputación, pero María estaba determinada a quedarse, y poco a poco, comenzó a sentirse más en casa en Betania.

¿Cómo logró María evitar desanimarse por los chismes? ¿Cómo logró mantener su paz mental? Jesús le había enseñado el secreto, que la comunicación con Dios, le traería, cada día, poder para enfrentar sus problemas y

sus preocupaciones. ¿Cómo podría comunicarse ella con Dios, si Jesús no estaba en el pueblo? Dedicando una cantidad significativa de tiempo, al estudio de la Biblia, y la oración, el acto de hablar con Dios, y escuchar lo que tiene que decirnos. También, aprendió el secreto de la testificación cristiana. Cuando le preguntaban acerca de los cambios que habían ocurrido en su vida, o siempre que tenía la oportunidad de hacerlo, María simplemente relataba en sus propias palabras, las cosas maravillosas que Jesús había hecho por ella. En eso consiste la verdadera testificación cristiana, en compartir con los demás, lo que Jesús ha hecho por nosotros. Los que la escuchaban, se interesaron en ver a Jesús y en llegar a conocerle.

Cierto día, Jesús y sus discípulos llegaron a Betania, después de haber completado el largo camino desde Jericó. Marta pensó que sería buena idea invitarlos a comer, porque así todos tendrían la oportunidad de conocerse mejor los unos a los otros. Y en este punto es que comenzamos este capítulo. Cuando Marta le pidió a Jesús que hiciera que María ayudara en la cocina, el propósito de Marta era causar una buena impresión en Jesús. Pero el Salvador replicó: "Solo una cosa es necesaria".

Con esta declaración, Jesús reveló la suma y la sustancia, el comienzo, el punto medio y el fin, todo lo que concernía al Evangelio de la salvación. Sólo una cosa es necesaria en la vida cristiana, y es justamente lo que muchos de nosotros todavía no hemos probado. Por eso, la vida cristiana significa tan poco, para tantos que la han probado y fracasado, no han descubierto el secreto que María había aprendido. ¿Y qué fue lo que escogió María? Era sentarse a los pies de Jesús. Siempre que Jesús estaba en Betania, nada ni nadie lograba apartar a María de ese lugar, a los pies del Salvador. Allí se sentaba, aprendiendo más y más de Dios, porque se acordaba de sus experiencias pasadas, y de cuán importante era Jesús en su vida. Sentarnos a los pies de Jesús, es lo mismo que necesitamos hoy.

Hay numerosas expresiones intangibles, que usamos para describir la vida cristiana. Ir a Cristo, contemplar su presencia, sentarnos a los pies de Jesús, entregarnos a Él, darle nuestro corazón o nuestra voluntad, invitarle a controlar nuestra vida. Si queremos hacerlas tangibles, hay tres cosas que podemos hacer. ¿Cómo llegamos a conocernos mejor, los unos a los otros?

Comunicándonos, y compartiendo diversas actividades. Lo mismo es válido, en el proceso de llegar a conocer a Dios. Debemos comunicarnos con Él, al comienzo de cada día, por medio del estudio de la Biblia y la oración.

Estudiamos acerca de la vida de Jesús, como aparece descrita en la Sagrada Escritura, especialmente en los Evangelios, y la aplicamos a nuestra vida, a nuestras propias experiencias, a nuestros propios deseos y necesidades, y luego conversamos con Dios, acerca de lo que hemos aprendido. El tercer método es compartir con nuestros amigos, lo que hemos recibido en nuestros encuentros personales con Dios, y decirles lo que Jesús ha hecho por nosotros, para que en ellos también se despierte el deseo de buscarlo por sí mismos.

¿Quiere decir esto, que la vida cristiana no requiere nada más que sentarnos a los pies de Jesús? Alguno podría preguntar: "¿Entonces no vamos a hacer nada más que leer la Biblia y orar?". ¡Por supuesto que hay otras cosas que hacer! El cristiano tiene mucho que hacer y apoyar. Buenas obras, obediencia, normas elevadas, doctrinas de la iglesia. Pero todo esto, brotará espontáneamente de la presencia interior de nuestro Señor.

Entonces, haremos más de lo que jamás nos pudimos imaginar, y alcanzaremos un nivel de consagración más elevado, que lo que hubiéramos imaginado posible. Todo esto surgirá a partir de un hecho vital, a saber, sentarnos a los pies de Jesús. Este debe ser el foco central, la base y la médula de todo lo demás, la causa de toda experiencia cristiana, la manera como respondemos a Dios. Y muchos de nosotros todavía no nos damos cuenta de esto. No creemos que el Evangelio pueda ser tan simple. Pero María escogió esa "buena parte", como declaró Jesús, la cual no le sería quitada.

¿Y qué diremos de Marta? ¿Hizo mal en preocuparse de las cosas de la vida cotidiana? Sin duda, que a ninguno de nosotros nos gustaría ser invitados a cenar en un hogar, donde la dueña de casa no tuviera aunque fuese un poquito del espíritu de Marta en ella. Existe un campo muy amplio para los cristianos del tipo de Marta, llenos de entusiasmo por el trabajo activo. Marta era buena y religiosa. Hasta encontró piedad en su trabajo activo, y pronto le resultó más fácil involucrarse en las actividades de la iglesia, y en diversos proyectos, antes que tomar el tiempo para buscar a Dios cada día. Pero Jesús le demostró, que primero necesitaba sentarse a sus pies, que también ella necesitaba aprender la lección de la salvación

por la fe. ¿Significa esto, que desde entonces Marta no mostró ningún interés en la cocina? Recordemos que el control de Dios nunca elimina nuestra personalidad e individualidad. Lo que Marta aprendió fue a buscar a Dios primero, y luego invitarlo a la cocina, para que la acompañara entre las ollas y sartenes. A medida que Dios se hizo primordial en todo lo que ella hacía, comenzó también a conocerlo mejor.

¿Y qué diremos de Lázaro? “El Deseado de Todas las Gentes”, página 482, nos dice que desde la primera ocasión en que se encontraron, Lázaro había desarrollado una fe firme en Cristo. Se convirtió en uno de los más constantes discípulos del Señor. Los tres hermanos, María, Marta y Lázaro desarrollaron una estrecha amistad con Jesús, y siempre que el Salvador iba a Betania, los visitaba porque se sentía a gusto en casa con ellos. Estaban unidos con un vínculo de amistad y amor.

- “¡Un momento!”, dirá alguien. “Yo creía que Jesús amaba a todos. ¿No estás diciendo aquí que mostró favoritismo?”

Jesús tenía favoritos, y probablemente todavía los tiene. Siempre pensé que se sentía más a gusto con Pedro, Santiago y Juan, que con los otros, pero recordemos una

cosa importante acerca de las relaciones de Jesús. La mayor intimidad de que gozaba con algunos de ellos no era por su propia iniciativa, sino por la de ellos. No fue Jesús el que escogió ser parcial para con ellos, ellos lo escogieron, y entre ambas cosas hay una gran diferencia.

Notemos también, que Jesús responde a toda clase de gente. No ama solamente a los dirigentes de la iglesia, y a los miembros "buenos". También ama a los pecadores. Todo aquel que así lo desee, puede ir a Él, en cualquier momento. Jesús puede aceptar a cualquiera, dondequiera que esté, no importa lo que haya hecho o dejado de hacer en el pasado.

Jesús siguió su camino. El Salvador viajaba mucho, y cuando Lázaro se enfermó, Él no estaba en Judea, que es la región donde está situada Betania. Desde el mismo comienzo, la enfermedad tuvo mal aspecto. Lázaro cayó víctima de una fiebre elevada, la cual continuó aumentando: 39 grados, 40, 41. El enfermo estaba casi inconsciente. María y Marta enviaron mensajeros a Jesús. "El que amas está enfermo". Sin duda, Jesús, que los amaba tanto, volvería en seguida para sanar a Lázaro. Pero Jesús les envió el siguiente mensaje: "Esta enfermedad no es de muerte". Las hermanas corrieron al dormitorio de Lázaro.

- ¡Lázaro! ¿Puedes oírnos?

- Sí.

- No te preocupes, Lázaro. No te vas a morir.

- ¿De verdad?

- ¡Así es!

- ¿Quién dice eso?

- ¡Jesús! ¡Acaba de mandarnos a decir que no vas a morir!

Pero la temperatura del enfermo siguió subiendo. Sufría terribles dolores, y justo antes que pasara a la inconsciencia, le repitieron:

- No te preocupes, Lázaro.

- ¿Todo bien?

- Sí, Jesús dice que no vas a morir.

- Me siento morir, pero confiaré en su palabra.

Y el enfermo falleció.

¡Cuán difícil debe haber sido la situación para las hermanas! Los que no se sientan a los pies de Jesús, invariablemente terminan enojados con Dios, acusándolo de permitir todos sus problemas. Pero para los que

realmente conocen a Jesús, la situación es diferente. A pesar de la conmoción y la aflicción que deben haber sufrido, la fe de María y Marta no se tambaleó. No culparon a Jesús por la muerte de Lázaro.

Tras una espera de dos días, Jesús dijo a sus discípulos: “Ahora vamos a volver a Betania. Lázaro está dormido”.

“¿Dormido? Bueno, entonces no hay para qué ir a molestarlo. Cuando una persona está enferma, necesita todo el descanso que pueda obtener. No vayamos allá”.

Los discípulos tenían otra razón además de su preocupación por Lázaro. Habían oído rumores de un plan para matar a Jesús, y temían que los enemigos del Señor intentaran hacerles algún daño a ellos también.

Jesús replicó: “No, necesito volver a Betania, para despertar a Lázaro de su sueño”.

“No lo despiertes. Necesita dormir”.

Finalmente, Jesús expresó la realidad, en un lenguaje que pudieron comprender: “Lázaro ha muerto, pero voy para despertarlo”.

Todos nosotros hemos sufrido esa sensación de pérdida, que produce la muerte de un ser querido. Muchos de nuestros amados, han dormido en Cristo en los últimos

años, y muchos más, probablemente lo harán antes que Jesús vuelva. Pero se trata sólo de un sueño. Y no es tan malo, debido a la mañana que amanecerá cuando Jesús vuelva. Se trata de sólo una separación temporal, no eterna, y todos nosotros podemos esperar que algún día sucederá la gran reunión con ellos.

Jesús volvió a Betania, y María y Marta se encontraron con Él. A pesar de la pérdida que habían sufrido, su fe permanecía intacta. Conocemos el resto de la historia. Quitaron la piedra, Jesús despertó a Lázaro, y la gente le prodigó sus alabanzas, listos para coronarlo como rey. Entre todos los seres humanos no había otro como Él, y querían adorarlo, pero no por las razones correctas. De modo que Jesús desapareció de entre la multitud, porque así era su naturaleza.

Mientras tanto, otra cosa sucedió que yo no puedo explicar, ni comprender desde el punto de vista humano. Jesús es un Amigo perdonador y amante para con todos, aun para con los que no son dignos de amor. Cierta día, se acercaba a Betania, probablemente por la misma ruta que había tomado María. Cuando se acercó a las puertas, escuchó el mismo grito que decía: "¡Inmundo! ¡Inmundo!". Debido a su gran amor, no podía pasar de largo junto a

esa clase de personas, no le era posible ignorarlas. Se acercó al intocable, y lo tocó. El mismo poder que echó fuera los demonios que anidaban en el corazón de María, y que resucitó a Lázaro, limpió ahora al leproso, el miserable Simón, de su lepra.

Por cuanto en mi opinión, Simón no merecía ser sanado, yo lo habría dejado podrirse junto al camino. Pero lo que es aún más extraño, es que Jesús lo sanó, aún antes que Simón lo aceptara siquiera como el Mesías, como su Señor y Salvador, o como cualquier otra cosa. En el pasado, yo creía que Jesús, sanaba solo a la gente que estaba prácticamente lista para ser trasladada al cielo. Pero durante mis años de ministerio, me ha asombrado descubrir gente a la cual yo estaba seguro de que Dios nunca sanaría, pero que recibieron la sanidad, mientras que otros que yo estaba seguro de que serían sanados, no lo fueron. Esa es la decisión de Dios, y Él es más sabio que nosotros. Pero me pareció increíble, que el miserable que hizo caer a María en pecado, recibiera ahora la sanación, aún antes que hubiese aceptado a Cristo, antes que hubiera dado señal alguna de un arrepentimiento genuino.

El milagro de Cristo significó un verdadero problema para Simón, porque los fariseos se ganan sus bendiciones.

Trabajan para merecer sus recompensas. Pero Jesús dejó caer sus bendiciones en su vida, antes que tuviera la posibilidad de ganárselas. ¡Qué golpe para su orgullo! Ahora, se sintió obligado a hacer una obra buena en pago, y aun si fuera posible, hacer que fuera más espectacular que la de Jesús.

Me lo puedo imaginar después que logró entrar a la ciudad, despierto por la noche, preguntándose qué hacer. No soportaba la incertidumbre, porque todavía era un fariseo, un hombre de obras.

Quizás en medio de la noche, se le ocurrió una idea brillante. "Voy a celebrar un gran banquete en honor a Jesús. Él será el huésped de honor, y eso le servirá de pago por lo que hizo". De modo que Simón planeó hacer una gran fiesta en su casa, en honor a Jesús.

Desde luego, siempre que había fiesta en Betania, había que obtener los servicios de cierta persona específica, para que se encargara de la comida, y esa persona era Marta. Pero cuando Simón llamo por teléfono a Marta, Lázaro contestó, y otra idea nació en su mente. El que quiera tener una fiesta realmente diferente en Betania, invite a alguien que haya resucitado de los muertos. ¡Esa sí que sería una sensación! La fama de Simón sería

perdurable, ya que la gente nunca se olvidaría de la fiesta, en que tanto Jesús como Lázaro, fueron huéspedes principales. De modo que invitó a Lázaro, como su segundo huésped de honor, inferior en importancia solo a Jesús. Pero adivinemos a quién no invitó...

Llegó la noche de la fiesta. Casi todo el pueblo estaba en casa de Simón. Pero podemos imaginarnos a la hermosa, sociable y amigable María sola en casa, mirando a las paredes. ¡No lo puede soportar! Pero no se trata únicamente de que no recibió una invitación. Su corazón está quebrantado, porque ha oído a Jesús hablar de ir a Jerusalén, donde hombres malos lo enviarán a la muerte. No soporta pensar en eso, porque Jesús es su mejor amigo. Como no le gustaba la costumbre sintética de enviar flores después que los seres queridos han muerto, ella prefería regalar flores, mientras nuestros amados están todavía con nosotros.

Entonces, se le ocurre una idea. Es necesario que vea a Jesús, antes que se vaya a Jerusalén, una última vez antes de su muerte. No la invitaron, pero entrará a la fiesta de todos modos. Si se porta discretamente, nadie se va a dar cuenta.

Se dirige rápidamente al dormitorio. Allí abre su cofre, saca el vaso de alabastro que contenía su precioso perfume de nardo, y recorre apresurada las calles de Betania, que la llevan a la casa de Simón, procurando, mientras corre, organizar sus pensamientos para formar alguna clase de plan. Cuando entra a la casa de la fiesta, por una puerta trasera que da a la cocina, donde Marta está muy ocupada trabajando, Marta procura detenerla, pero nadie puede detener a María. Se asoma a la puerta del salón del banquete, y adentro está oscuro. Sólo hay encendidas unas cuantas pequeñas lámparas de aceite de oliva, y toda la gente está vuelta hacia el centro de la habitación.

Ahora María tiene un plan. Aprovechando la oscuridad, se acercará suavemente y muy agachada, hasta llegar a los pies de Jesús. En silencio le ungirá sus pies, y nadie lo va a saber. Luego, con todo sigilo, volverá a salir por la cocina.

Es en este punto, cuando su plan comienza a salirle mal. Abrir un frasco de perfume de nardo, es como lanzar un grito. De pronto, el cuarto entero se llena con el penetrante aroma. Todos los ojos se vuelven hacia donde ella está. Escucha los murmullos de los huéspedes que la

han reconocido, y se pone muy nerviosa y comienza a temblar.

Manipulando torpemente el frasco de unguento, termina derramándolo sobre los pies de Jesús y en el suelo. Entonces, descubre que también se le ha olvidado algo más. No tiene consigo ninguna toalla, ni otra cosa que le pueda servir. Ahora bien, en esos días, las mujeres respetables se peinaban con el cabello hacia arriba. Sólo una mujer de la calle podría dejar que su pelo largo y sedoso le colgara suelto, pero a María nada le importa. Rápidamente, deshace su peinado, y con el cabello suelto procura limpiar el unguento derramado. Todos le clavan la mirada y cuchichean entre sí, y allá en la otra punta de la mesa, Simón piensa: "Si este hombre, Jesús, sabe qué clase de mujer es esta, y aun así le permite que lo toque, no debe ser un profeta". No sé cómo una persona con el pasado de Simón podría haber pensado así, pero lo hizo.

En ese momento, Jesús se volvió a Simón y comentó: "Simón, tengo algo que decirte". A Simón se le encogió el estómago, y de las palmas de sus manos comenzó a brotar el sudor. Había oído acerca de cómo su invitado podía leer los pensamientos de la gente. Simón se puso rígido, esperando que en cualquier momento, le arrancaran la

máscara de su rostro. Se imaginó humillado en su hogar, en su fiesta, frente a todos. Ya podía oír en su imaginación, los chismes que recorrerían la ciudad al día siguiente. Cuando el dolor y la vergüenza se comenzaban a enseñorear de su alma, Jesús, de manera tierna y bondadosa, simplemente le contó una historia que sólo Simón podía comprender. Traspasó su exterior sintético, y se hinchó profundamente en su corazón.

Por primera vez, Simón se vio a sí mismo como realmente era. Un rebelde, un pecador, un miserable, un hombre inmundo por dentro y por fuera, dado a juzgar a sus semejantes. Y al verse en presencia de Uno que sabía cómo era en realidad, pero que a pesar de todo lo amaba, y que había mostrado bondad y ternura al abstenerse de desenmascararlo públicamente, su corazón se quebrantó, y el fariseo se convirtió allí mismo. Se entregó a Jesús, lo aceptó como su Salvador, y lo reconoció como el Mesías. Así, Jesús también salvó a Simón.

Las historias de María, Marta, Lázaro, y Simón, me enseñan que Dios está interesado en cada uno de nosotros, no sólo en “los de corazón sincero”, sino también en los deshonestos.

Empeñado en lograr la salvación de todos, Jesús no se rinde, no abandona a los que parecen no ofrecer esperanza. Ama a los pecadores, los engañadores, los mentirosos, los adúlteros, las prostitutas, los fariseos, los legalistas, y a los criticones que se fijan en pequeñeces. Cristo ama a las personas buenas, que nunca hacen nada malo excepto mantenerse separadas de Él, a los que confían en su propia justicia, a los que no ven su necesidad de Jesús, los que dicen: "Estoy muy bien, Señor. Gracias por tu preocupación, pero no te necesito. Anda y ayúdales a los que realmente te necesitan". Ama a los creyentes que se enferman, y cierran los ojos con el sueño de la muerte, porque Él ha hecho provisión para despertarlos nuevamente, con el fin de que tengan vida eterna. Si eso es verdadero, y si Él ama a toda esa gente, entonces en nuestros días también debe amar a todos.

¿Hemos conocido el amor de Dios en nuestra vida? Dios nos ama, y no se da por vencido. Está determinado a ganarnos para su reino. Pero nunca procura que lo aceptemos por la fuerza, nunca nos obliga a aceptar su control. Somos nosotros los que debemos escoger dejarlo entrar, pero Él sigue golpeando a nuestra puerta. Si le permitimos encargarse de nuestra vida, ¿Qué sucede?

“No hay nada, al parecer tan débil, y no obstante tan invencible, como el alma que siente su insignificancia, y confía por completo en los méritos del Salvador. Mediante la oración, el estudio de su Palabra y el creer que su presencia mora en el corazón, el más débil ser humano puede vincularse con el Cristo vivo, quien lo tendrá de la mano y nunca lo soltará” (MC 136 y 137).

Al concluir esta obra, mi esperanza es que todos decidan concentrarse en la “una cosa” que “es necesaria”. ¿No decidirás, descubrir por experiencia propia, lo que significa pasar esa hora de meditación, solo con Él, al comienzo de cada día? Luego de hacer esto, mantengamos la puerta abierta y permitámosle entrar en nuestra vida sin restricciones. Mantengámonos sentados a sus pies, de modo que pueda completar la obra que comenzó, o que desea comenzar en nuestra vida. Si sabemos lo que significa sentarse a sus pies, nada nos quitará nuestra paz. Esto no significa que no tendremos problemas, sino que éstos no nos podrán aplastar.

Lo que otros nos han hecho, no nos turbará el ánimo, y no necesitaremos perder sueño preocupándonos acerca del futuro, y de los acontecimientos de los últimos días. La enfermedad, el dolor y la congoja no nos destruirán,

porque tendremos un Amigo que caminará con nosotros, a través de todas nuestras pruebas.

“Si buscamos al Señor y somos convertidos cada día, si por nuestra propia elección espiritual decidimos vivir libres y gozosos en Dios, si con alegre consentimiento del corazón a su llamado de misericordia, venimos llevando el yugo de Cristo, el yugo de obediencia y servicio, todas nuestras murmuraciones serán acalladas, todas nuestras dificultades serán quitadas, todos los problemas y perplejidades que ahora nos confrontan, serán resueltos”. (DMJ 101).